



Gustavo Adolfo Bécker

Revistas contemporáneas

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Gustavo Adolfo Bécker

Revistas contemporáneas

Se compara por algunos la vida a una larga cadena cuyos eslabones de diversos metales son los años.

Admitida la exactitud de la comparación, natural es que nos preocupe la duda de si el que vamos a añadirle será de hierro o de oro.

Si la Providencia al determinar el curso de los sucesos siguiese la regla heráldica que prohíbe poner un metal sobre otro de la misma clase, ya tendríamos un dato para nuestras investigaciones. La calidad del año que nace podría colegirse por la del que muere. Pero en cuestión de años, viene observándose de muy antiguo que buenos y malos suelen darse por rachas como los colores en el Juego.

En esta incertidumbre cada cual consulta el barómetro que cree más seguro para calcular el tiempo que nos aguarda.

Los que opinan que el jefe del vecino imperio tiene aun en sus manos los destinos de Europa y la paz o la guerra del mundo, esperaban impacientes para fijar su criterio, la gran recepción de primero de año. La recepción ha tenido lugar; la esfinge de las Tullerías ha hablado al fin: sólo falta un Edipo que descifre su enigma.

Napoleón cree en la paz: al menos así lo ha dicho. Al oírle es seguro que más de una mefistofélica sonrisa habrá vagado por los finos labios de sus diplomáticos oyentes.

Las seguridades del César francés han hecho, no obstante, en algunos el efecto de un Iris tendido sobre el nebuloso cielo de la política. Verdad es que otros niegan la exactitud de los pronósticos imperiales y aseguran haber oído en lo alto del Vaticano palabras temerosas que predicen grandes y próximos cataclismos. ¿Quiénes estarán en lo cierto? Al tiempo, gran maestro de verdades, dejamos el encargo de despejar la incógnita.

Entre tanto, y siguiendo el deseo natural en el que recoge una herencia, tratemos de ver si es buena o mala la que al morir nos ha legado el año de 1865.

Si tendemos la vista por Europa, encontramos que casi todos los países se hallan preocupados en la resolución de algunos de esos importantes problemas que afectan directamente a la vitalidad de las naciones.

La Francia imperialista siente que se bambolean sus obras, aflojándose los lazos con que ha querido hacerlas solidarias de su

fortuna: la silueta de Grant comienza a dibujarse amenazadora para el trono de Méjico en el porvenir de los Estados Unidos, a cuya jefatura parece llamado, y el rey, galantuomo se encuentra impotente ante los conflictos que a cada paso le crea el partido de acción, el cual se olvida de Solferino para no acordarse más que de Aspromonte.

En Inglaterra el fenianismo por un lado, y la insurrección de la Jamaica por otro, han dejado tan profunda huella en el espíritu público, agitándolo, en diversos sentidos, que los radicales, dueños al fin del poder, tras una larga lucha parlamentaria, dudan y no se atreven a plantar la más pequeña de las importantes reformas que prometieron en la oposición.

Y lo que decimos de estas dos grandes naciones, que por la actitud en que se encuentran y los medios que poseen, se han llamado con razón los dos platos de la balanza política del mundo, se hace extensivo en mayor o menor escala a las demás potencias importantes. Por fortuna, el espíritu de incesante actividad que anima a los pueblos y que puede decirse que es el secreto de su conservación, ni se desalienta ni se asusta, y a pesar de la general inquietud, y de los funestos vaticinios, rompe la atmósfera de preocupaciones que lo envuelve y tornasola con un rayo de esperanza y vida las tempestuosas nubes que se amontonan en su horizonte. ¡Gloria, al genio del siglo, que al través de las convulsiones, los trastornos y el pánico de la sociedad, marcha con paso seguro y sin apartar los ojos de la meta a que se dirige a la conquista de las grandes verdades y a la realización del triunfo de la inteligencia!

A él se debe el grandioso proyecto de la próxima Exposición Universal, donde compitiendo en lucha gigantesca las artes y la industria del mundo, al par que se ofrece el magnífico espectáculo de la más hermosa fiesta de la civilización, podrán abrirse nuevos veneros a la riqueza y al tráfico, estrechando las relaciones de los pueblos.

A él se debe la perforación del istmo de Suez, problema insoluble hasta que ha venido a resolverlo la generación actual, que según las últimas noticias verá dentro de un brevísimo término, confundidas las aguas de dos mares, y abierto al comercio de Europa ese camino de Oriente tanto tiempo soñado por nuestros navegantes.

A él se debe, en fin, el generoso impulso a que obedecen los soberanos, convocando en Constantinopla las Conferencias sanitarias, verdadero acontecimiento científico que derramará la luz sobre esa enfermedad terrible y misteriosa que guarda aún el secreto de su deletéreo influjo.

Esta misma lucha entre el espíritu de actividad y vida, y el marasmo y el temor que engendran las preocupaciones de la doble crisis política y financiera por que atraviesa Europa, podemos observarla en España.

El estado de la Hacienda, las luchas de los partidos, la paralización y el luto que ha dejado en pos de sí el cólera, contribuyeron por un instante a detener el natural movimiento, dando pie a los augures de desdichas para trazar cuadros lamentables del porvenir que nos aguarda. No obstante el país despierta poco a poco de su letargo. Al patriótico llamamiento del comercio de Madrid, que en una Memoria luminosa expone a grandes rasgos los motivos de su momentánea decadencia, e indica los medios de remediarla se han apresurado a responder, adhiriéndose al

pensamiento, primero el Círculo Mercantil de Barcelona, y después los de todas las ciudades más importantes de España. En los centros industriales y artísticos también se nota una actividad desusada debida a la reciente circular de la comisión nombrada para disponer el envío de nuestros productos a la exposición universal de París.

Los teatros, que bajo tan malos auspicios comenzaron sus tareas, se ven ya concurridos por un público numeroso. El Real, a fuerza de ir pasando ante los ojos de los espectadores una interminable serie de cantantes de segundo orden como figuras que cruzan por el lente de una linterna mágica, ha conseguido sacar a sayo una tiple. Pero no contento todavía con este éxito el señor Caballero, sigue impávido el itinerario del que podríamos llamar Viaje alrededor de un cantante de punta.

En el Circo, la lindísima comedia del señor Rubí titulada Física experimental, continúa llamando la atención del público, y mientras el Príncipe, que teniendo en cuenta la aristocrática sociedad que concurre a sus localidades, podremos llamar la sucursal del regio coliseo, sin abandonar los preparativos para las anunciadas representaciones del César y el Hernán Cortés, saca a luz las gloriosas obras de nuestros inmortales poetas antiguos, la Zarzuela, ansiosa de ofrecer alguna novedad, contrata la compañía de cuadros plásticos de Mr. Farriol, que con tanta aceptación ha recorrido las primeras capitales de nuestras provincias.

Por último aún no se han desvanecido los rumores de las pasadas fiestas; aun suenan en el oído los ecos del tambor que acompaña los cantos populares, cuando ya comienza a percibirse la alegre algarabía del Carnaval, que se acerca a nosotros agitando su cetro de cascabeles y llamando con su voz destemplada y chillona a los adoradores de Terpsícore.

Lástima grande será que los lamentables sucesos que han venido de improviso a turbar el orden público, detengan el desenvolvimiento de tantos intereses y la realización de tantas esperanzas, saliéndonos a recibir en el dintel del nuevo año con su enojoso cortejo de inquietudes, preocupaciones y temores.

Por su parte El Museo Universal que con este primer número entra en el décimo año de su publicación, ajeno en un todo a las luchas y a las pasiones políticas, procurará seguir ese movimiento de adelanto que nota a su alrededor difundiendo el gusto hacia el estudio de las ciencias y las artes, delicadas flores del ingenio humano, cuyo cultivo inclina a los hombres al amor de la paz y de los saludables progresos.

A fin de conseguirlo, continuaremos en el discurso del año que comienza trabajando con la misma fe que en los precedentes dándonos por muy satisfechos si merced a la variedad de los asuntos, al interés de los artículos especiales y la perfección de las ilustraciones, logramos que como hasta aquí, ocupe un lugar distinguido en la consideración del público.

ORA fijemos los ojos en el espectáculo que ofrece nuestro actual estado de cosas, ora los volvamos fuera hacia lo que sucede en otros

países, de todos modos se nos antoja empresa bastante ardua escribir una revista que interese a la generalidad de sus lectores.

Como presentíamos, la complicación de los lamentables sucesos que se iniciaron en la última semana ha venido a desviar la atención pública de los asuntos de nuestro dominio, propios por su carácter de un periódico de la índole de El Museo que aun en circunstancias normales, apenas toca al pasar ligeramente por cima de ellas las ardientes cuestiones de nuestra política interior.

¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué se dice? ¿Sabe usted algo? De aquí las únicas palabras que se han oído durante los últimos días; la fórmula usual de salutación en todos los círculos; el prólogo y el epílogo de todas las conversaciones. Mientras ha durado lo que pudiéramos llamar el período álgido de la gran cuestión del momento, cada ciudadano español ha sido una interrogación ambulante.

Acontecimientos análogos a éste han producido en otras épocas una honda sensación acompañada de temores, de esperanzas, de afectos graves, en fin, que han agitado el espíritu público de una manera seria y profunda; el presente, más bien que otra cosa, puede asegurarse que ha obtenido un éxito de curiosidad sin ejemplo. ¡Húndase el mundo, parecían decir los curiosos, pero, sepamos de qué modo se hunde y estaremos tranquilos! Como en la representación de una de esas comedias de enredo, en que el autor se complace en burlar la perspicacia de los espectadores, ocultando los resortes a que obedecen sus personajes, el público sólo se ha manifestado impaciente por conocer el desenlace de la fábula.

En esta situación anormal, la hoja volante de un periódico de noticias, el extraordinario de La Correspondencia o el suplemento de la Gaceta con los últimos partes recibidos por el telégrafo, consiguen que se echen a un lado, como cosa de escasa importancia y poco momento, el libro más interesante, el semanario más instructivo, la lectura más deleitosa. Al oír los discordes gritos con que la turba de chicuelos que se derrama como un río que sale de madre por las calles de la coronada villa, anuncia la última novedad, el erudito levanta la vista del empolvado infolio que hojeaba, tratando de indagar los secretos de otras edades para saber lo que pasa en la suya; el sabio abandona el telescopio con que medía las profundidades del cielo para inquirir lo que sucede en la tierra; el artista desciende un momento del mundo ideal a la poesía para entrar en el de la prosa, y todos a una voz preguntan, saliendo del retiro de su gabinete: ¿Qué hay?

El Museo, que no frecuenta los círculos oficiales ni los de los novelistas políticos; El Museo, cuyas prensas no aguardan impacientes la última fila para servirla palpitante aún a los consumidores, poco o nada podrá decir a los que, amantes de ese género de actualidades, le salgan al paso con la pregunta estereotipada en todos los labios. ¿Les extractaremos, por ventura, los partes telegráficos del órgano oficial del Gobierno? ¿Quién no los ha leído ya? ¿Quién lo ignora? ¿Les hilvanaremos en la forma más dramática posible las mil y mil absurdas noticias que circulan, producto de la fantasía de los noveleros de oficio que en estas ocasiones se despachan a su gusto? Tanto vale abrir el libro de Las mil y una noches o el más moderno de Las mil y una barbaridades y leer cualquiera de sus capítulos.

Lo repetimos: para satisfacer a ciertos curiosos, las publicaciones como la nuestra son las más abonadas. Sin embargo, hay algunos a quienes, como a nosotros, aflige el espectáculo de estas pequeñas miserias de la vida interior de todos los países; personas que siguen con interés el movimiento general de la política del mundo, por cuanto ofrece un provechoso estudio y una saludable enseñanza, pero que no es gusta fijarse en estos enojosos pormenores; personas, en fin, que, abstraídas en la contemplación de las cosas grandes, de los problemas sociales y científicos que la humanidad trata de resolver, viven en una atmósfera más serena y no desvían un momento su atención del asunto que les preocupa para ver el motín que pasa por debajo de sus balcones. Pocas son estas personas, pero para ellas escribimos, repitiendo, al comenzar nuestra tarea la famosa divisa: ¡Qui m'aime me suive!

Y para apartar más por completo la atención de lo que pasa a nuestro alrededor, trasladémonos de un salto del lado de allá de los mares para venimos aproximando poco a poco al punto de donde partimos.

En Chile la cuestión española se mantiene in statu quo: han tenido lugar algunas ligeras escaramuzas entre las tripulaciones de varios botes de los buques de nuestra escuadra y las de otros de los chilenos; pero las hostilidades no se han roto en forma, por más que se ha echado a volar por algunos esta noticia; antes por el contrario, si hemos de dar crédito a la carta escrita por Mr. Bright al presidente de la Asociación de fundidores de cobre de Birmingham, en Inglaterra, se espera con gran confianza un próximo arreglo del conflicto. Ciertamente es que el partido demagógico hace esfuerzos increíbles para impedirlo, y hasta amenaza con una guerra civil; pero el Gobierno de Chile, no encontrando apoyo en el Brasil, Buenos Aires, Montevideo y Nueva Granada, que, por el contrario, le aconsejan la paz, tendrá que optar por este último extremo. La cuestión queda, pues, en el mismo estado de expectativa en que se encontraba, estado especial, en que ha entrado, igualmente la del Paraguay con la aceptación por ambas partes, beligerantes de un armisticio de dos meses.

En Méjico, por el contrario, a juzgar por los rumores que circulan a última hora, se encuentran en el principio del fin, el cual no tardará mucho si sale cierta la noticia de haber estallado una sublevación en la capital del imperio. Napoleón, preocupado en la actualidad con el estado de alarma en que se encuentran los hombres de negocios de Francia, a los cuales no satisface la reciente Memoria de Mr. Fould, que en vano procura ocultar con flores los bordes del precipicio, tendrá que atender a esta nueva complicación política, complicación en la que no dejarán de tomar parte, desempeñando un principal papel, los Estados Unidos, donde las ideas vertidas por Grant en sus discursos se acogen con verdadero entusiasmo.

París, el cerebro del mundo inteligente, como le llaman sus admiradores, se preocupa también de esta cuestión; pero, a pesar de todo, no le falta tiempo para discutir cosas más fútiles, y aún no se ha extinguido el eco de las acaloradas polémicas a que dieron lugar las representaciones de Enriqueta Marechal, cuando he aquí que sale a la palestra un nuevo asunto de controversias. Verdi trató de escribir una ópera con el mismo argumento del famoso drama de Schiller titulado Don Carlos.

Ocupándose de la comedia de los hermanos Goncourt, ha dicho Kar, cerrando el debate con su lacónica sentencia: «Admito la fotografía en el teatro. Enriqueta Marechal es una prueba acabada del nuevo género; pero ya que sois fotógrafos no os deis tono de artistas.»

Un distinguido crítico francés, a semejanza del reputado novelista, ha concluido la cuestión que se agitaba en torno a la futura ópera de Verdi con estas frases: «El Don Carlos de Schiller, el Don Carlos de la leyenda no existe. La crítica y los recientes estudios históricos lo han matado. Su resurrección sería un contrasentido hasta en el teatro de la Ópera.»

He aquí lo que más inmediatamente ocupa la atención de ciertos círculos, mientras en otros consultan llenos de sobresalto el horizonte de la política.

Afortunadamente, en este continuo vaivén de los sucesos, cuando el horizonte se nubla en un punto, la tormenta que parecía próxima a estallar en otro se desvanece como por ensalmo.

La situación de Italia ofrece un ejemplo palpable. Mientras en Florencia se complican los asuntos, merced a la doble oposición de la Cámara a la cual no satisface de ningún modo el Gabinete con tanto trabajo constituido después de la última crisis, en Roma la aceptación por parte de Pío IX de los recursos con que el Gobierno de Víctor Manuel se brinda a levantar en una razonable proporción la abrumadora carga de la deuda pontificia, ha abierto nuevos horizontes a la esperanza de algunos, que confían ver armonizados en un término más o menos próximo los intereses de la Iglesia y del nuevo reino italiano.

En Nápoles, al menos, debe tenerse fe en un desenlace feliz de la cuestión magna, cuando sus hombres más eminentes se ocupan en primer término de la organización definitiva de la Academia de ciencias morales y políticas creada últimamente en aquella ciudad, promete ser una de las más notables de la península itálica, y a la cual el ministro de Estado ha pedido la dirección científica para un viaje de circunnavegación que va emprenderse por cuenta del Gobierno.

Hasta qué punto se realizarán estas esperanzas, no nos atrevemos a pronosticarlo, por más que en política nuestra divisa sea el conocido Nihil admirare.

Y en verdad que pocas cosas podrán ya parecernos imposibles en este terreno, cuando vemos que se habla como de asunto corriente en Turquía de sacar a la venta pública bienes de las mezquitas; esto es, de llevar a cabo en uno de los países más fanáticos del mundo una medida económica semejante a nuestra desamortización eclesiástica, y cuando desvanecidos, al parecer, los insuperables obstáculos que a ellos se oponían, vemos la nacionalidad húngara renacer vigorosa, armonizándose con la política de Austria, cuyos emperadores van a ser solemnemente coronados en Pesth.

En presencia de estos acontecimientos inexplicables, esperemos, a pesar de todo, que tanto fuera como dentro de nuestro país las cosas tomen un camino diferente del que anuncian las fatídicas señales con que se ha inaugurado el año; esperemos que la apertura de los elegantes salones de la sociedad madrileña la animación de los teatros, la aparición de las obras literarias que se disponen y el movimiento y la vida propios de la corte en la época que atravesamos, vendrán a hacer más fácil nuestra

tarea, ofreciéndonos alguna novedad agradable.

Hoy, con decir a nuestros lectores que en algunos puntos se han constituido ya las Juntas provinciales que han de disponer cuanto concierne al envío de los productos españoles a la exposición universal de París, que en otros se organizan bajo nuevas bases las Comisiones encargadas de la conservación de los monumentos artísticos, y que en Madrid la escasa atención que el público presta a cuanto no atañe a la política, se divide entre la Harris, que cada noche alcanza un nuevo triunfo en la Sonámbula y la compañía de los cuadros plásticos de Mr. Farriols, que ha conseguido ser recibida con aplauso en la Zarzuela, podemos poner punto al catálogo de las novedades de esta semana, una de las más llenas de emociones y acontecimientos, y, sin embargo, la más estéril para nuestra revista.

HAY un adagio muy conocido que dice que no hay mal que por bien no venga. Lo que respecto a la cuestión de Chile y el apresamiento de La Covadonga sucede, viene, en cierto modo, a justificar el adagio. Que el triste suceso que ha llenado de indignación todas las almas verdaderamente españolas ha sido un mal, no hay para qué afanarse en probarlo: tratemos de averiguar ahora los bienes que a consecuencia de este mal nos han venido. Por lo pronto, el interés que esta cuestión tiene en sí misma; avivado por tan notable incidente contribuye de una manera eficaz a que se fijen los ojos en aquellos apartados países, desviándolos un punto de las pequeñeces y las miserias de nuestras luchas políticas. Si a esto se añade que, merced a la traidora agresión de los chilenos, se han roto como por encanto las redes diplomáticas en que los representantes de las potencias mediadoras tenían envuelto el asunto, devolviéndonos, sin ningún género de responsabilidades, toda nuestra libertad de acción, fuerza será confesar que se inclina de nuestro lado la balanza. El encontrarnos para obrar de aquí en adelante en un terreno tan franco y despejado bien vale cualquier sacrificio.

La unanimidad de opinión que se observa en todos los partidos respecto a la conducta que ha de observarse con Chile para vengar con usura el agravio hecho a las armas españolas y el sentimiento íntimo de nuestra superioridad sobre un país que sólo por medio de la alevosía ha podido conseguir un pequeño y fácil triunfo, afirman en nuestro ánimo el convencimiento de que por nuestra parte ha de tener la cuestión un desenlace honroso.

No debe suceder así a los chilenos, los cuales se apresuran a gozar de su victoria con todo género de ridículas demostraciones, previendo que no ha de durarles mucho la alegría.

La explosión de cómico entusiasmo que en aquella república ha producido la inesperada captura de La Covadonga raya en lo inverosímil. Chile, y permítasenos lo vulgar de la comparación, se encuentra con esta pequeña ventaja como niño con zapatos nuevos; la lectura de sus periódicos, que pregonan la nueva en estilo rimbombante y describen los

transportes de júbilo a que el país se ha entregado, causa a un mismo tiempo indignación y risa. Ha habido fiestas e iluminaciones, Te Deum y repique de campanas, salvas de artillería y arcos de triunfo. El Senado se ha reunido para votar solemnemente una recompensa nacional en favor de Mr. Villians, del extranjero a quien debe su reciente gloria, especie de Otelo rubio que combate por cuenta de Chile, como el amante de Desdémona por la de la república veneciana. En el teatro de la capital se ha hecho una función patriótica de cuadros vivos, en que la Esmeralda aparecía como el terror de los mares y el león de España humillado a los pies de sus enemigos: cuadros que, si bien son un inocente desahogo, tienen la falta de conocerse a tiro de ballesta que es chileno el pintor. Por último, como trofeo glorioso, han colocado en la Catedral la bandera de nuestro buque. Si todo esto se hace a propósito de la captura de una goleta, ¿cómo creen en Chile que deberán significar su júbilo las naciones cuando reciben nuevas de una victoria como la de Lepanto? Por nuestra parte, el día que sepamos que la escuadra española ha bombardeado a Valparaíso, ha echado a pique la Esmeralda y rescatado La Covadonga, ha lavado, en fin, en sangre el agravio que nos han inferido, nos limitaremos a leer la noticia en el periódico oficial o en la Correspondencia, diciendo: «Cuestión concluida»; y no haremos tantos extremos ni daremos a las cosas la importancia que no tienen.

Y este desenlace único que podrá satisfacer las generales aspiraciones del país, no tardará mucho. Bien puede, pues, Chile apresurarse a realizar todo el programa de sus estrepitosas demostraciones, antes de que los sucesos se precipiten en su daño, porque los vientos que corren y el horizonte que sobre sus negocios se descubre nada bueno anuncian. Se dice que las potencias mediadoras, juzgando que en las nuevas circunstancias que han surgido nada tienen que hacer, tratan de significárselo a ambas partes beligerantes. Se dice así mismo que Inglaterra, sabedora de la estratagema indigna del capitán Willans, trata de pedir explicaciones a los que tan escandalosamente han abusado de la confianza que inspiraba su pabellón. Se añade, por último, que, excepto el Perú, todas las demás repúblicas de América han repetido su declaración de estricta neutralidad, en respuesta a las reiteradas instancias de Chile, que por segunda vez pugna en balde para formar contra nosotros una poderosa liga.

Las noticias que acerca de los movimientos de nuestra escuadra se reciben por diferentes conductos, no presentan tampoco la cuestión bajo un aspecto muy favorable para la causa de nuestros contrarios. Primeramente, un periódico francés habló de un reñidísimo combate entre La Resolución y varios buques chilenos, combate en el que nuestros marinos llevaron lo mejor de la jornada. Después, y con referencia a cartas del Callao, recibidas en nuestros puertos por algunos particulares, se ha asegurado que la fragata de hélice Blanca, que sostenía el bloqueo de Caldera, fue atacada por tres vapores chilenos y cuarenta lanchas y chalupas bajo el mando del capitán Willians. Según las correspondencias de donde tomamos estas noticias, la Blanca, después de una empeñada lucha, obtuvo el más brillante triunfo, echando a pique dos buques de los que le atacaron y dispersando a los demás con grandes averías. Los buques que atacaron a nuestra fragata con tan poco éxito, parece que han sido La Esmeralda, La

Covadonga, al mando de Tonipson, y el Antonio Vargas, vapor de cuatro cañones de poderoso calibre recientemente construídos en Inglaterra.

Ignoramos si las noticias recibidas por el periódico francés y las que por otro conducto se han tenido, en España se refieren a dos encuentros diferentes, o, como estamos más inclinados a creer, a uno mismo, aunque aparezcan trocados los nombres del buque que lo ha sostenido. De cualquier modo que sea, si se confirma oficialmente podemos darnos por satisfechos del principio de la segunda parte de esta cuestión, que promete ser más rápida, más animada y gloriosa que la primera.

Entre tanto, la política extranjera se desenvuelve lentamente en el exterior, manteniéndose casi todas las cuestiones en el mismo estado en que se hallaban cuando tratamos de ellas en nuestra última revista. El discurso del emperador Napoleón al abrir las Cámaras francesas, aunque ha tocado diferentes e importantes asuntos, sólo respecto a Méjico, ha hecho nuevas declaraciones. Después de repetir que espera que la paz del mundo no ha de turbarse por ahora, promete que en un término próximo saldrán las tropas francesas del territorio mejicano, para lo cual tomará medidas eficaces que aseguren los intereses de la Francia en aquellos países.

Alguna más animación que en los que se ocupan exclusivamente de la política se nota en los círculos científicos. En una conferencia pública celebrada en Nueva York, Mr. Collin, director del telégrafo ruso americano, ha dado algunos pormenores interesantes sobre esta gigantesca empresa, que, venciendo todo género de obstáculos, marcha rápidamente a su término. El hilo telegráfico, merced al cual la palabra del hombre, llevada en alas de la electricidad, podrá dar instantáneamente la vuelta al mundo, ha de partir de Nueva York, y, atravesando todo el Oeste de los Estados Unidos, el estrecho de Beringh, la Rusia asiática y la Europa, vendrá a terminar en San Petersburgo. Cuando Mr. Collin hubo concluido de desenvolver a grandes rasgos la historia de los trabajos más principales de esta colosal empresa, para dar una idea del inmenso territorio que la de recorrer el telégrafo ruso americano, dijo que el sol brillaría sobre la línea veintiuna horas y doce minutos diarios.

En Londres se agita la idea de organizar para la primavera próxima una exposición de horticultura, que, saliendo de los estrechos límites que suelen darse a estas exposiciones, admita a la concurrencia de los premios a todos los países. Al mismo tiempo deberá reunirse un Congreso botánico en el cual se discutan las cuestiones que han de surgir de la comparación de los productos de climas y métodos diferentes. Esta exposición, cuya empresa patrocinan la reina y el príncipe de gales, aspira a perpetuarse celebrando sucesivamente en Londres, París y San Petersburgo un concurso anual. Falta hace que se realice este pensamiento, y que nuestros expositores, que en los diversos ramos de las artes y la industria no pueden luchar con otros países, lleven sus productos a una exposición en que lograrían obtener más lisonjero éxito.

Entre nosotros, los fantasistas políticos y los inventores con diploma, de patrañas de grueso calibre, están de pésame. Como suele decirse, muerto el perro se acabó la rabia. Terminados los sucesos que daban pábulo a sus diarias novelas, y restablecida la tranquilidad en los ánimos, concluyó su misión. Madrid ha vuelto a coger el hilo de sus interrumpidas tareas. Los diletantis vuelven a preocuparse de la próxima

llegada de Tamberlik, y discuten acerca de si hará su debut con el Guglielmo o los Hugonotes. Los literatos acogen con avidez los rumores que nuevamente circulan sobre la representación del César, de Ventura de la Vega, asuntos cuyas altas y bajas comienzan a hacerse célebres.

Infinitos son, pues, los cálculos que se hacen y las esperanzas que se fundan sobre el porvenir, tanto respecto al movimiento artístico e industrial, como a novedades literarias. Mientras la época de la realización de estos vaticinios se aproxima, fuerza será contentarnos con lo poco que da el presente.

La Zarzuela, que ha sido la primera en lanzarse en el camino de la novedad, nos ha ofrecido dos en un acto, titulada una El rábano por las hojas y la otra, Gibraltar en 1890. Ambas son producciones ligeras y de escasas pretensiones, y en tal concepto las recibió con agrado el público. El rábano por las hojas adolece, no obstante, de un gran defecto: su autor, que en otras obras ha demostrado que sabe tener gracia sin apelar a chistes de cierta clase, tomando, en ésta una cosa por otra, aunque sin apercibirse, ha cogido también por las hojas el rábano en cuestión. Respecto al juguete titulado Gibraltar en 1890, nos parece poco lisonjero para España, que sólo en sueños pueda suponerse posible la recuperación de aquella plaza, y eso por los medios sobrenaturales que emplea el protagonista de la zarzuela.

A última hora, el nacimiento de un nuevo infante anunciado a la población con las salvas de ordenanza ha contribuido a que la opinión pública torne a ocuparse de la política interior, en la cual, una vez restablecida su majestad la Reina, los noticieros aguardan significativas variaciones.

MERCED a una semana de días serenos y luminosos que se han adelantado a la estación de las flores como un lisonjero programa de la primavera, el Carnaval, que se aproxima seguido de su cortejo de bailes, bromas y placeres, ha conseguido variar de una a otra revista la fisonomía de la carte.

Verdad es que en este espacio de tiempo las cuestiones políticas más interesantes se han mantenido en el mismo ser y estado en que las dejamos, y aquí, como en todas partes, para conservar vivo el interés que al iniciarse inspiran, es necesario que un asunto ofrezca a cada momento combinaciones más nuevas y extrañas que las del kaleidoscopos. La política general sigue su curso, concentrándose todo su interés en los debates del Senado, donde la oposición ha presentado la batalla al Ministerio en la cuestión de Italia. La cuestión de Italia, o mejor dicho, la cuestión del pontificado, a la que tan estrechamente se encuentra unida, es, sin duda, una de las más arduas y graves de las que nuestra época parece llamada a resolver; y, sin embargo, la opinión pública no se muestra tan preocupada de la discusión que a propósito de ella se ha empeñado como la magnitud del asunto requiere. Esta aparente contradicción se explica. Al lado de esa inmensa cuestión que se desarrolla con lentitud, cuya profundidad no

es dado mesurar a todos, cuya historia es ya muy larga y cuyo desenlace no es fácil prever, ha surgido otra de momento, más viva, más palpitante, más comprensible, una cuestión de honra y de intereses de actualidad: la cuestión de Chile, en fin, que con sus inesperados accidentes y los contradictorios juicios a que da lugar, tiene el privilegio de ocupar en primer término la atención de todos los círculos sociales. A cada cual le llega su hora. Primero el interés de negocios tan graves como los de América palideció y se puso en olvido al lado de los trastornos políticos interiores. Después nuestras diferencias con Chile y el Perú han venido a desviar la atención de cuestiones tan vitales como la de Italia, la de Hacienda y de orden público. Mañana no sabemos cuál será el punto culminante en que el país fijará sus ojos, pues como indicamos al comenzar nuestra revista, la falta de nuevos acontecimientos tiene en la actualidad al público como en suspenso, y con predisposición para ocuparse con más ahínco del carnaval, que llama a nuestras puertas, que de los buques chilenos armados en corso y de las futuras proezas de nuestra marina. Pasará el carnaval, vendrá el miércoles de ceniza, y con el memento homo la memoria de nuestra situación nada lisonjera: entonces con el pico del dominó nos enjugaremos una lágrima y volveremos a preocuparnos de la política analizando y tratando de escudriñar en su obscuro porvenir. Y rueda la bola.

Entretanto en la semana que concluye hemos podido oír en boca del señor ministro de la Gobernación la noticia oficial de la salida de varios buques corsarios. Los que todo lo ven color de rosa afectan no darle importancia al suceso y limitan el número de estos buques a dos o tres, mal equipados y de peores condiciones marineras. Los que por el contrario se complacen en levantar en el aire y sobre cualquier asunto un maravilloso castillo de suposiciones, pintan todos los mares del globo cuajados de fragatas acorazadas, blindadas y con espolones, de las cuales cada una tiene ochenta o más bocas de fuego, amen de una no pequeña cantidad de torpedos y máquinas infernales que han de reducir a pavesas nuestra escuadra, nuestros buques y nuestros puertos. En un justo medio dicen que consiste la virtud y en éste precisamente es en el que debemos colocarnos para juzgar con tino de las contradictorias opiniones que circulan. Desde luego la llegada a Madrid de nuestro representante en el Perú y del cónsul del Callao nada bueno augura: pero sea la que quiera la causa del viaje de nuestros agentes diplomático y consular en aquellas regiones, causa sobre la cual el gobierno ha creído necesario usar de una prudente reserva, sean los que fueren los medios a que las dos repúblicas americanas hoy unidas recurran para combatirnos, nosotros tenemos gran fe en el patriotismo de nuestra nación y en los grandes recursos de que en un caso extremo puede disponer para sacar a salvo su dignidad y su honra.

La conducta de la provincia de Málaga que por medio de sus representantes se ha ofrecido espontáneamente a ayudar al gobierno con recursos extraordinarios para la guerra, estamos seguros que a ser preciso, la seguirían todas las demás provincias de España.

Del extranjero seguimos careciendo de noticias de verdadera importancia. El único acontecimiento que ha logrado fijar un tanto la atención fuera de nuestro país ha sido la retirada del representante de Rusia de la corte de Roma. El emperador Alejandro, disponiendo que el

barón de Meyendorff vuelva a San Petersburgo para ser sustituido por otro personaje cerca del Pontífice, ha querido dar una pública satisfacción al jefe de la Iglesia Católica, que tanto en este concepto como en su calidad de soberano, merecía más respeto que el que le demostró en su última y ya célebre conferencia el diplomático ruso.

En París se decía que como sello a la reconciliación del emperador con su augusto primo volvería éste a encargarse de la presidencia de la próxima exposición universal; pero a última hora se ha asegurado que la reconciliación no es tan completa, o al menos importa aparentarlo así, que permita este arreglo. Algunos periódicos franceses anuncian que este importante cargo se conferirá a nuestra ilustre compatriota la emperatriz Eugenia. El tino y la discreción que la esclarecida dama española demostró en el desempeño de los negocios políticos durante la regencia interina, la hacen acreedora a esta muestra de especial confianza. En una exposición universal, que en suma no es sino una gran fiesta a la que se invita a todos los países, parece natural que la señora de la casa haga los honores a los convidados.

Al mismo tiempo que de este incidente que ha surgido a propósito de la exposición universal, exposición que como hemos dicho en otras ocasiones preocupa mucho a los franceses por creer que a ella va unido un pensamiento político, se discute anticipadamente en los círculos literarios de París acerca de dos obras, las cuales, aun cuando todavía no se han dado a la luz, ya interesan al público y son objeto de grandes controversias. Una es el nuevo libro de Renan la Vida de los apóstoles: la otra el segundo tomo de las Meditaciones religiosas de Guizot. La primera está ya impresa y sin embargo no se publica, según algunos por miedo a un tropiezo semejante al del editor de Los evangelios anotados de Proudhon: la segunda se halla en prensa y se aguardan con ansiedad los primeros ejemplares. Ambas y cada cual bajo su punto de vista, están llamadas a preocupar por largo tiempo el mundo religioso, literario y científico.

También entre nosotros, y aunque en más modesta y reducida órbita, han causado sensación y se han ocupado con elogio los periódicos de dos nuevos libros. Las Inspiraciones del conocido y popular poeta don Ventura Ruiz Aguilera y las Horas crepusculares de la señorita doña Isabel Villamartín, cada cual en la línea que le corresponde, son dos obras dignas de las alabanzas que se le tributan. Aquélla es el fruto de una inteligencia y de un sentimiento exquisitos en su más brillante período: es la realidad. Esta es el primer ensayo de una imaginación ardiente y de un corazón joven: es la promesa. De las dos diríamos alguna palabra más en nuestra revista, si en este mismo número de El Museo no se ocupara ya otro de hacerlo respecto a la del señor Aguilera y si por nuestra parte no pensáramos tratar aparte la de la señorita Villamartín.

El teatro asimismo nos ha ofrecido una novedad que si bien de escasa importancia bajo el punto de vista literario pues los trabajos de este género no aspiran a conseguirla, no carece de cierto interés, como espectáculo entretenido y agradable. Aludimos a la Revista de un muerto, del señor Alba, representada en el coliseo de la Plazuela del Rey.

El éxito de esta obra, aunque bueno, ha sido inferior al de la que con parecida idea se hizo en el año de 1865, y la verdad es que el asunto no se ha presentado con tanta novedad e interés.

En el Príncipe la representación de Sùllivan a beneficio de Romea ha tenido por espectadores a cuanto de más distinguido encierra Madrid en damas elegantes y personas inteligentes. El actor favorito del público consiguió un nuevo triunfo en esta obra, donde a tan grande altura se levanta en el desempeño de una de sus más hermosas y características creaciones. Nosotros damos el parabién al gran actor y nos le damos a nosotros mismos al ver que, a despecho de los crueles sufrimientos que le han aquejado, aún puede dar muchos días de gloria a la escena española, cuyo porvenir se presenta tan obscuro para el momento en que le falten los pocos buenos actores que todavía mantienen su brillo.

Los diletanti, con el debut de la señora Galletti tienen por ahora en qué entretener sus ocios, disputando acerca del mayor o menor mérito de esta cantante, mientras llega el tan anunciado, deseado y suspirado Tamberlik. La Galletti ha debutado en Norma. Cualquiera creerá que esta es la ópera que mejor canta, que es lo que suele llamarse su caballo de batalla, puesto que con ella se estrena. Pues nada menos que eso. Nosotros creemos que ni a la tesitura de su voz ni a sus condiciones conviene. De estos errores se ven muchos entre los artistas. No obstante, el público la ha aplaudido en algunos momentos y la ha aceptado con placer. Con este puntal ya puede mantenerse por algunos días el ruidoso teatro de Oriente.

UNA revista de Carnaval parece indispensable que salga disfrazada de modo que no la conozcan sus habituales lectores. No teniendo a mano un dominó y una careta que ponerle a estas líneas invertimos el orden de los asuntos, y así como siempre comenzamos por lo más serio para concluir con lo más alegre, hoy daremos principio a nuestro resumen semanal por lo más fútil haciendo punto en lo más grave. Y algo es algo.

En la anterior revista dijimos que la perspectiva del Carnaval y la hermosura del tiempo habían cambiado por completo la fisonomía de la corte. A última hora el tiempo hizo fiasco: el cielo, antes sereno y limpio, se cubrió de nubes; al aire perfumado y tibio, propio de primavera, substituyó el cierzo frío y delgado como la hoja de un puñal de Albacete: pero el impulso estaba dado, y el Carnaval no ha sido por eso menos alegre y ruidoso que de costumbre.

Rompió la marcha inaugurando por decirlo así el período carnavalesco, el baile dado en el Conservatorio por la asociación de damas de la Beneficencia. Los salones del Conservatorio han estado bastante concurridos, y la reunión fue tan escogida como cabe en lo posible cuando se trata de una sociedad en la cual no se exigen más requisitos para ser presentado que tener ganas de gastar 40 reales. Entre muchas elegantes damas, a quienes a pesar de su disfraz conocimos, circulaban por lo tanto alguna que otra muestra de ese demi monde, o quart de monde, que en Madrid se introduce en todos los círculos apenas ve la puerta entreabierta. Pero el Carnaval tiene algo de fácil y tolerante respecto a las costumbres; la careta autoriza ciertas derogaciones por parte de las gentes más rígidas; y luego... se presentan tan pocas ocasiones de hacer una obra de caridad

bailando un schottis-polka que no tan sólo no extrañamos la boga de estas o parecidas fiestas, sino que por el contrario, las aplaudimos. No todos comprenden la caridad de un mismo modo, no a todos es dado practicarla en lo que tiene de más enojoso y áspero: bueno es, pues, allanar el camino armonizándola con otro placer que el que las almas privilegiadas encuentran en el fondo de la caridad misma.

Al baile del Conservatorio han seguido los del Real, la Zarzuela y Capellanes. No hay para qué decir que en todos se han notado animación y concurrencia. En el segundo o tercer baile podrán las sociedades encargadas de esta clase de especulaciones ganar o perder según el humor de las gentes y las circunstancias del momento: pero en el primero ¿cuál es tan torpe que no tiene a mano un par de docenas de ninfas alquiladas y de jóvenes de más humor que dinero que hagan bulto, merced a algunos billetes gratis? Sabido el secreto de los primeros bailes de la temporada, no nos ha extrañado, pues, encontrar en ellos el personal conocido. En el teatro de la ópera, al compás de su magnífica orquesta, dirigida por Bonetti, hemos visto walsar, amén de todo el escuadrón femenino de entre bastidores, bailarinas, coristas, y figurantas, una multitud de esas beldades de clasificación dudosa: vanguardia encubierta de un género de damas popularizadas por la pluma de Dumas hijo y la música de Verdi, que hacen esfuerzos increíbles para aclimatarse en nuestro país por más que las rechacen nuestro carácter y nuestras costumbres.

Algún que otro dominó de seda, por cuyos anchos y flotantes pliegues asoma una mano aristocrática y pequeña calzada de un guante perfumado y finísimo, dejaba, sin embargo, adivinar la presencia en los salones de el Real de una reducida parte del sexo bello verdaderamente elegante y distinguido de la corte.

Estas discretas tapadas, de las cuales podríamos decir en confianza y al oído de un amigo el nombre de algunas, y varias personas conocidas, que formaban corro entre los individuos del sexo feo que se agrupan en el centro del salón, han impreso este año como en los pasados su sello especial y característico a los bailes del teatro de la plaza de Oriente.

Jovellanos manteniendo su tradición respecto a máscaras, se ha mostrado asimismo alegre, ruidoso y todo lo expansivo que permiten el disfraz y la careta. Sobre el indispensable fondo de personajes equívocos pertenecientes a ambos sexos, ha ofrecido su risueña galería de figuras propias de estos bailes de medio carácter. Sentadas alrededor de la sala han podido, pues, verse muchas viudas de intendentes (requisito forzoso de toda pupilera), acompañadas de sus tiernos pimpollos; y circulando en grupos, muchos estudiantes de todo género de derechos y carreras, incluso la más célebre de la corte. De Jovellanos a Capellanes la decoración varía y han variado igualmente los actores. Desde la modistilla a las nocturnas paseantas de la con tanta razón, llamada calle de Peligros: desde los abonados a los Andaluces a los toreros que se estacionan en las cuatro esquinas, lo más florido de la gente del bronce, de la perpetua diversión, de la eterna jarana y del escándalo eterno, ha tenido representación en el local que reúne el raro privilegio de dar a un tiempo acogida a todo género de personas. En efecto, lo más característico del teatro de Oriente y la Zarzuela los que acaso salen de un salón aristocrático o han pasado la tarde en el Canal, han venido en esta ocasión, como vienen siempre, a

pagar el tributo de un momento de la noche a Capellanes.

En el Prado, y durante los primeros días del Carnaval, la multitud ha sido inmensa y la animación y el bullicio tan grandes como si en nada tuviéramos por el momento en que pensar más que en disfrazarnos y divertirnos. El pueblo es como los niños: con la misma facilidad llora que se consuela, mostrando a veces juntas las lágrimas y la risa. En los días en que la terrible epidemia azotaba a Madrid, parecía imposible que el tiempo pudiera borrar las hondas huellas que habla dejada cuando más tarde los trastornos políticos preocuparon hondamente la atención pública, era de esperar que por muchos meses todos se ocuparían de la probable resolución de un oscuro problema planteado y no resuelto. Más tarde, el descalabro sufrido en Chile, llenó de santa y patriótica indignación las almas y debía creerse que nadie apartaría los ojos de este asunto hasta ver su desenlace. Sin embargo, llega el Carnaval, los lutos se esconden, las preocupaciones se disipan, los proyectos bélicos se aplazan y el país transformado de la noche a la mañana de grave y preocupado en alegre y bullicioso, puede exclamar a su vez: Europa, ¿me conoces?

El miércoles de Ceniza, ayudado del diluvio de agua que han arrojado las nubes, ha venido a cerrar el período de locura, trayéndonos el enfadoso bagaje de nuestras antiguas preocupaciones al ponernos la ceniza en la frente. -Polvo eres y en polvo te has de convertir! Este lúgubre estribillo con que termina la Iglesia la canción báquica comenzada por el Carnaval, viene a concluir con un imponente acorde de Miserere la atronadora sinfonía de los placeres mundanales.

Después de los excesos y los gastos extraordinarios que inevitablemente traen consigo todas estas grandes fiestas, la primera idea sería que se ocurre es la de reparar por medio de la economía el desequilibrio del bolsillo; y esta preocupación, particular a cada individuo, trasciende a la pública opinión y forma una atmósfera. Nada más natural, por lo tanto, que la primera cuestión puesta sobre el tapete en materias políticas sea la cuestión de Hacienda, pronunciándose todos en favor de las economías en el presupuesto. En el Senado las oposiciones presentaron el combate al ministerio en los asuntos de Italia, en las Cortes se trata de hostilizarle en una larga serie de encuentros y escaramuzas a propósito de las tantas veces anunciadas economías. El Gabinete asegura que se encuentra animado de los mejores deseos respecto a este particular: nosotros lo creemos; pero ha debido sucederle lo que a aquel grande de España, que, conociendo su ruinoso situación, y después de decidirse a tomar una medida radical reduciendo el total de sus gastos al de los ingresos, dio una vuelta por su casa y no encontró que suprimir más que una ensalada en la comida y un farol en el patio. Las economías realizadas en el presupuesto hasta ahora no equivalen a más. Y cuidado que por nuestra parte no creemos que las economías, que son el a b c de la ciencia, bastan por sí solas a salvar una situación. Podrán a lo sumo, servir para atravesar más fácilmente un período dado, para resolver un conflicto de momento, pero no para prosperar y desenvolverse un país.

Del Pacífico se han recibido noticias por la Mala inglesa las cuales se reducen a decir que nada ocurre de particular. Esto mismo debiéramos repetir en nuestra revista; pero la verdad es que el no haber ocurrido nada, en el terreno en que ya se encuentra la cuestión, no deja de ser

bastante. También se ha hablado en los círculos políticos de una nota que el general Lamármora ha enviado al Gobierno de España, protestando en nombre del de Víctor Manuel contra el espíritu de ciertos documentos relativos al reconocimiento de Italia, publicados con motivo de la discusión del discurso de la corona. La trascendencia de esta cuestión es bastante grande, toda vez que al complicarse podrá hacer que resulte inútil un paso diplomático que ha dado margen a muchas discusiones, y en el que algunos partidos fundaban lisonjeras esperanzas.

Estos asuntos y algunas que otras noticias contradictorias, acerca de los corsarios, ocupan por el momento la atención de los círculos políticos, mientras los aficionados a otro género de novedades hablan de las próximas reuniones particulares, que se anuncian para la Cuaresma, y del nuevo drama Doña Leonor de Pimentel, estrenado en el teatro de Variedades por la Civil. Después del beneficio de Valero, en el que este eminente actor consiguió un nuevo y ruidoso triunfo con La carcajada, la representación de la obra del señor Valcárcel ha sido, sin duda alguna, el suceso más notable que en la última semana han ofrecido los teatros. Doña Leonor de Pimentel dista mucho todavía de ser una obra perfecta en su género. Fáltale a su autor experiencia de la escena y el conocimiento profundo del carácter de la época que trata de resucitar, condición la segunda que cada día se hace más indispensable en los dramas históricos. No obstante, algunos rasgos felices diseminados en la obra, la galanura del estilo y la pasión con que están escritas ciertas escenas, contribuyen a que se califique esta producción de un feliz ensayo que deja presentir grandes triunfos al joven poeta que lo ha acometido. La ejecución de la obra por parte de la Civil justifica los aplausos que le prodiga el público, haciendo olvidar en parte la desigualdad del cuadro de actores que la acompaña y la escasez de recursos y de aparato escénico del teatro en que actúa.

Últimamente, la Facultad de Medicina de la Real Cámara ha puesto en conocimiento de la presidencia del Consejo de ministros la enfermedad y la muerte del infante don Francisco de Asís y Leopoldo, cuyo cadáver, después de haber sido expuesto al público en una de las salas del Palacio, será conducido con la pompa y ceremonias de costumbre al panteón de El Escorial.

EL invierno se resiste a abandonarnos. En balde la primavera, con el calendario en la mano, aduce sus derechos a la presente estación; el frío, refugiándose en las últimas trincheras, despliega todo su aparato de nieves y granizos de lluvias y vientos, y quema los tempranos retoños de los árboles y arroja al suelo a sus adelantadas flores. La Cuaresma, ya bastante triste de por sí misma, con este aditamento de nubes y temporales nos tiene metido el corazón en un puño. Por fortuna, los teatros por un lado, y las reuniones particulares por otro, ofrecen un refugio a la buena sociedad madrileña, que se ve privada de asistir a sus paseos favoritos. La vida activa de la corte se ha reconcentrado en el interior de sus

círculos especiales.

Tratemos de penetrar en algunos para trazar en un par de rasgos nuestra periódica revista.

Entre las fiestas musicales celebradas o los salones que tienen hoy el privilegio de reunir a lo más fassionable del gran mundo, debemos colocar desde luego la que ha tenido lugar últimamente en casa de la señora condesa de Montijo. El Stabat Mater, de Rossini, una de las más espontáneas y melódicas inspiraciones del célebre maestro italiano ha sido interpretado en la reunión del domingo de un modo tan correcto y con una unidad y un buen gusto tales, que han sobrepujado a la ventajosa idea que los concurrentes tenían formada de antemano de esta soirée musical, juzgando por el nombre de las conocidas y elegantes aficionadas que tomaron parte en ella.

Las letras han tenido asimismo en la pasada semana ocasión de ser objeto de plácemes entre el círculo de sus apasionados. La Real Academia Española ha reforzado sus filas con un nombre célebre en nuestras discusiones parlamentarias, y que ha brillado y brilla aún, en el foro como una de sus glorias. Aludimos al señor don Antonio Aparisi, elegido por voto unánime de los individuos de aquella respetable corporación para ocupar el sitio que ha dejado vacante, a su muerte, el ilustre marqués de Pidal. Sean las que fueran las ideas políticas del señor Aparisi, nosotros felicitamos con toda sinceridad a la Academia por haber hecho recaer su elección en un hombre de corazón sano, de convicciones arraigadas y profundas, y cuyos méritos y extraordinarios talentos no pueden ponerse en duda.

La reunión literaria que ha tenido lugar en el gabinete de medallas de la Biblioteca Nacional para hacer entrega del premio otorgado en el último concurso no ha sido menos satisfactoria para cuantos tuvimos el gusto de concurrir a ella. Presidía el acto el señor ministro de Fomento, asistiendo, a más del señor Silvela, director de Instrucción pública, y de algunas otras personas notables por su posición oficial, otras muchas conocidas por sus obras en la república de las letras. No hemos leído aún el libro del señor Alenda Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España; pero, a juzgar por el asunto, y creyendo que para merecer la distinción que ha merecido, deberá reunir las condiciones que un trabajo de esta índole exige, no dudamos que su lectura abrirá un ancho campo y ofrecerá datos preciosos para los estudios de trajes, usos y costumbres de nuestro país, así como de las artes y la literatura, que tanto han contribuido siempre al mayor lucimiento de tales fiestas. En esta misma reunión, y después que el señor Harzenbusch dio cuenta en una luminosa memoria de los trabajos llevados a cabo en el ramo de bibliotecas y archivos, don Cayetano Rossall dio a conocer algunas de las cartas inéditas de don Leandro Fernández de Moratín cuya colección se ha mandado publicar por el ministerio de Fomento. Cuantos admiran la gracia, las dotes de observador profundo y la pureza de lenguaje que adornan al clásico autor de El sí de las niñas y El Café, están de enhorabuena con la publicación de estas epístolas, en las cuales Moratín trata los más variados asuntos con el estilo ameno, ligero y cómico que tan bien sienta a este género especial de literatura y que es seguramente el que con más facilidad manejaba.

Respecto a política también se nota alguna animación, y podemos decir como la criada de El marqués de Caravaca, de Ventura de la Vega, ¡Se charla, se charla, se charla! En efecto, se charla en las Cámaras, se charla en los salones de conferencias, se charla en los casinos y en los cafés y en las esquinas, y mientras en estos corros y corrillos cada cual arregla el país a su modo y deja en pañales al mismo Nostradamus. Respecto a profecías, los acontecimientos siguen su curso. Qué curso siguen estos acontecimientos es lo que no nos atreveremos a decir. El Museo, quizás cometiendo una indiscreción, se ha aventurado alguna vez a alargar el cuello y a meter un poco la cabeza por la entreabierta puerta de la política. Después de haberle dado repetidas veces, como vulgarmente se dice, con la puerta en los hocicos, ha decidido la enmienda, sentándose en el dintel para descansar un momento, y, una vez descansado, tomando el rumbo para otra parte.

El caso es que la semana anterior la política extranjera, única en que por un exceso de longanimidad se nos permite echar de vez en cuando un cuarto, a espadas ha ofrecido tan poco asunto para nuestra revista, que será preciso hablar a nuestros lectores de otra cosa.

En París, por ejemplo, tanto o más que de los discursos de la Cámara, se habla en la actualidad de la llegada del abate Litz, el cual ha ido a dirigir personalmente el ensayo de su magnífica misa.

En Roma, después de haberse celebrado la tradicional ceremonia de la bendición de La Rosa de Oro, todo el mundo se deshace en conjeturas acerca del destino que se dará este año al simbólico presente con que Su Santidad obsequia al soberano que más se ha distinguido en la defensa de los intereses católicos.

Desde el curioso asunto jurídico que llama la atención en Londres, entablado por una señora particular que, fundándose en títulos valederos trata de que se la reconozca como miembro de la misma familia real inglesa, hasta el extravagante fenómeno ocurrido en un punto de América, donde otra individua ha dado a luz en un solo parto a tres hijos varones, cada cual de una raza y de un color distinto, raro es el país que no ha ofrecido alguna cosa notable.

Sin embargo, la más notable es, y seguirá siéndolo aún muchos días, la coincidencia geológica que ha podido observarse últimamente por los que se dedican a este género de estudios. Al mismo tiempo que un movimiento volcánico ha hecho aparecer un nuevo islote en las costas de Grecia, el capitán de un buque que navega en los mares de Australia da cuenta de la desaparición de uno de los puntos señalados en la carta marina de aquellas regiones.

Unas veces con los sacudimientos de tierra, coincidiendo con la erupción de un volcán, en puntos lejanos entre sí; otras con estas inmersiones y apariciones que ofrecen cierta analogía en el fenómeno que las produce, nunca faltan a la ciencia arduos y difíciles problemas que resolver. De Francia, y por orden de su Gobierno, ha salido una comisión de hombres eminentes, con rumbo a Grecia, para estudiar esta cuestión. Veremos qué sacan en limpio.

Ahora, y trasladándonos a nuestro país desde la región objeto de esos estudios, diremos según costumbre, algunas palabras sobre teatros para terminar la revista.

En el Real sigue Tamberlik recogiendo aplausos en La Africana; el nombre de César continúa apareciendo en los carteles del Príncipe; el teatro de Jovellanos es el único que acaba de ofrecer una novedad, si novedad puede llamarse al arreglo de una bufonada escénica que ya hemos visto antes de ahora representada en Madrid por una compañía de actores franceses.

Titúlase este arreglo Los cómicos de la legua, y como puede inferirse del asunto, mucho más sabiendo que toman parte en él Caltañazor y Arderius, creemos excusado decir que es perfectamente a propósito para reír un rato.

Cuando en todos los terrenos se encuentran tantos motivos para afligirse, no nos parece completamente inoportuna la aparición de una obra que sólo aspira a regocijar el ánimo, aunque sea a fuerza de disparates. Los disparates tienen también su mérito. No todo el que quiere disparata con gracia, por más que muchos prueben a hacerlo. Testigo el pobre Olona, que en su género, bueno o malo, pero indudablemente divertido, sigue siendo inimitable.

SIGUE el termómetro en pugna con el calendario. La primavera llega y el invierno no desaparece: de aquí resulta una anarquía estacional tan incómoda como insalubre.

De vez en cuando el sol rasga las nubes, la tierra, estremecida de placer bajo la impresión de sus besos de luz, se dispone a revestirse con sus más espléndidas galas; los árboles se cubren con sus primeras y transparentes hojas; los insectos, de oro y de colores, revolotean zumbando en torno a la flor de los tempranos almendros, y los habitantes de la coronada villa salen a disfrutar de las delicias primaverales a la Castellana o al Retiro; pero de pronto cambia la decoración: las nubes se amontonan, el viento Norte se desencadena y lo que comenzó en idilio acaba en catarro. El almanaque, inflexible como el destino, sigue su marcha al través de estas bruscas variaciones y marcando impávido las estaciones y las solemnidades con la exactitud de un cronómetro nos lleva insensiblemente del Carnaval a la Cuaresma, de la Cuaresma a la Pascua, hasta llegar el día de San Silvestre, en que deja el puesto a otro año y a otro cicerone que con la misma imperturbabilidad continúa la tarea.

Siguiendo su itinerario nos encontramos hoy en la Semana de Dolores, que puede llamarse propiamente el dintel de la Semana Santa.

A medida que se aproxima la época en que la Iglesia conmemora los augustos misterios de nuestra redención, nótase una especie de recogimiento gradual, que de día en día va haciéndole más perceptible. La concurrencia a los teatros disminuye; el interés de los negocios públicos se debilita; hasta la actividad y el movimiento individual parece que se disponen a entrar en un período de quietud y de reposo. La meditación es hija de la calma y el silencio. ¿Y quién habrá tan incrédulo o tan

indiferente que, como cristiano y como filósofo, no se sienta embargado, aun a su pesar, por las graves ideas que en estos días solemnes asaltan la imaginación? Los rumores de la vida política, la inquietud febril de la lucha de los intereses terrenales y el ruidoso tráfago de la actividad humana, como las olas que vienen a morir en la orilla del mar, vienen en estos instantes a morir y a apagarse a las puertas del templo, que despliega todas sus pompas para cautivar y absorber el ánimo de los fieles. Una de las más grandes misiones del arte ha sido en todas las épocas levantar el espíritu por medio de sus obras a regiones elevadas, predisponiéndole a la concepción de cierto género de ideas. El catolicismo se ha valido de él como de un poderoso intérprete para llegar hasta el fondo del alma por medio de los sentidos.

En estos días más que nunca puede apreciarse hasta dónde contribuyen a la majestad y a la imponente belleza del culto las sublimes creaciones del arte cristiano. Considerada bajo este punto, de vista, la Semana Santa de la corte no es la que ofrece más poderosos atractivos; pero la facilidad de las comunicaciones va generalizando tanto la costumbre de asistir a esta solemnidad en otros puntos célebres por el esplendor y la grandiosidad de sus ceremonias religiosas, que la mayor parte de la buena sociedad madrileña se divide entre Toledo y Sevilla, que con algunas capitales de provincia importantes justifican la fama que gozan en este concepto.

Las circunstancias que dejemos apuntadas han contribuido a que en la semana última encontremos pocas novedades de qué ocuparnos.

La cuestión de Chile ha ofrecido, no obstante, algún entretenimiento a la curiosidad pública. Según las últimas noticias recibidas de las repúblicas del Ecuador habían hecho un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los enemigos de España. En cambio de este suceso, que después de todo carece de importancia verdadera, pues el Ecuador sólo puede ofrecer a sus nuevos aliados estériles simpatías, la Mala del Pacífico nos ha traído una nueva favorable a nuestros intereses. La fragata peruana Amazonas y el vapor Loa han naufragado. Ignóranse aún los pormenores de este siniestro, del que, sin embargo, no puede dudarse, habiéndose recibido la noticia por diferentes conductos: sólo sabemos que el Gobierno peruano ha hecho prender a los capitanes de estos buques para abrir una información facultativa. No siempre la fatalidad ha de prestar ayuda a nuestros enemigos. El desastre de la Amazonas y el Loa viene a compensar en cierto modo la desgracia que nos hizo perder uno de nuestros más hermosos buques enfrente de las islas Chinchas. Respecto a pérdidas casuales, puede decirse que estamos en paz y jugando. En la cuestión que honra algo se ha hecho, entregando a las llamas las embarcaciones mercantes apresadas; pero todavía esperamos que nuestra marina hará todo lo que exigen de ella sus gloriosos antecedentes y la esperanza que el país entero funda en su valor y heroísmo.

Los asuntos de política extranjera, que afectan más directamente a otras naciones, aunque a paso de tortuga, también van adelantando algo en su desenvolvimiento. Ya tenemos en campana un candidato para el trono de los Principados, vacante por la forzosa abdicación del príncipe Couza. El emperador de Rusia propone para esta prebenda al duque de Leuchtemberg, que en la actualidad se encuentra en Italia. Los representantes de los

diversos países que han tomado parte en las conferencias celebradas en París para arreglar este complicado negocio, no creemos que acordarán todos sus simpatías al candidato ruso, pues en pormenores de mucha menos entidad no han podido aún ponerse de acuerdo. Y lo que acontece en París respecto de la cuestión de los Principados del Danubio en la conferencia política, se reproduce en Constantinopla con motivo del itinerario de las caravanas de la India en el Congreso sanitario. Si sólo hubieran asistido médicos a esta reunión salvadora, todavía juzgaríamos muy difícil que la ciencia, aun siendo ciencia, lograra ponerse de acuerdo consigo misma por medio de sus representantes; pero habiendo interpelado los diplomáticos con los doctores, el resultado de todo será seguramente el contenido del libro que leía Hamlet: ¡Palabras, palabras, palabras!

En efecto: el Congreso sanitario discute aún acaloradamente sobre la marcha de las caravanas y los medios de precaución convenientes, y ya los peregrinos del Ganges comienzan a ponerse en movimiento y el cólera se cierne sobre algunos puntos del litoral del Mediterráneo. Mientras los médicos entran en acaloradas polémicas sobre el principio morboso generador del terrible azote, los diplomáticos han tenido tiempo de deslizarse en medio de la discusión algunas frases alusivas a intereses políticos de este o aquel país, ocultas bajo el manto de la filantropía, y he aquí lo bastante para que las conferencias científicas, de las cuales tanto esperaba la humanidad, terminen, según la gráfica expresión del vulgo como merienda de negros.

El bill de reforma electoral presentado a las Cámaras británicas promete asimismo ser objeto de largas y acaloradas controversias por parte de los representantes del país. Desde luego, el proyecto de reforma sólo hace aplicación de los nuevos derechos a Inglaterra, excluyendo la Escocia y la Irlanda. Estas restricciones, a más de aumentar la exasperación de los países a que se refieren, son acogidas con evidente disgusto entre los radicales, a quienes no impone la obligación de callar el interés del Gobierno. Por su parte los conservadores han celebrado un meeting con asistencia de todas las notabilidades del partido en el cual se acordó presentar la batalla al Gabinete en ambas Cámaras. Acerca del resultado de la campaña parlamentaria que se inaugura con el bill de reforma, se hacen muchos comentarios, no faltando quien se anticipe a predecir la derrota del Gabinete.

Estas levantadas y luminosas discusiones del Parlamento inglés y las que actualmente tienen lugar en la Cámara francesa a propósito del debate sobre libertades públicas, ocuparán en primer término y durante algunas semanas la atención de los que siguen con interés el curso de la política extranjera.

Dejando nosotros este terreno por ahora, y volviendo los ojos a nuestro país para terminar la revista ocupándonos de algo menos árido y enojoso que los asuntos políticos, vamos a decir dos palabras acerca de las novedades literarias y científicas de que hemos tenido conocimiento durante la semana última.

Pocas son estas novedades, aunque algunas de ellas de verdadero interés. La Junta de Archivos y Bibliotecas ha acordado la formación de un museo arqueológico donde se reúnan y custodien los tesoros que poseemos de este género, casi abandonados y esparcidos sin orden en diferentes

establecimientos públicos. La importancia de esta determinación creemos inútil encarecerla, pues aunque nos parece que viene un poco tarde, y cuando ya los traficantes y especuladores han hecho desaparecer los objetos dignos de estima, así en muebles, armas y medallas, como en pinturas, códices y trajes de que tan rico era hace pocos años nuestro país, todavía reuniendo lo que se conserva y haciendo adquisiciones por medio de personas inteligentes, podrá formarse un museo de grande utilidad para el estudio de escritores y artistas. Y ahora que de museos hablamos, parécenos ocasión oportuna de dar, por último, cuenta a nuestros lectores de la aparición del Catálogo provisional historial y razonado del Museo Nacional de Pinturas, formado por don Gregorio Cruzada Villaamil. Sólo teniendo conocimiento de la falta de datos y noticias acerca del origen y procedencia de estos cuadros, falta con que ha tenido que tropezar desde luego el señor Cruzada al emprender su tarea, puede apreciarse debidamente la diligencia exquisita, la perseverancia y el buen acierto con que la ha llevado a cabo. El Catálogo del Museo Nacional, por el orden con que en él se encuentran clasificadas las producciones de las diferentes escuelas que lo componen, por las noticias biográficas de los autores que contiene, y el tino con que, aunque ligeramente, se juzgan sus principales obras, puede servir de materia importante para la historia de la pintura española, sobre la cual tan poco se ha escrito aún, a pesar de la merecida fama que goza entre nacionales y extranjeros.

EL velo de los altares se ha rasgado, las campanas voltean en las torres y celebran la Resurrección de Cristo entonando un himno de júbilo al vencedor de la muerte. En las puertas de abril, del mes favorito de la primavera, nos encontramos con la Pascua florida. De la tristeza, la quietud y el silencio hemos pasado como por encanto al regocijo, a la actividad y el ruido. Las campanas han dado la señal rompiendo el aire con su alegre armonía. En las ondas de luz, de sonidos y de perfumes que llegan en este momento hasta nosotros, debe haber algo de aquel encanto inexplicable e irresistible de que se siente poseído Fausto en una de las primeras escenas del poema de Goethe, al oír la misteriosa música de las campanas de la vetusta catedral gótica que saludan el alba el día de la Resurrección.

El tiempo, por su parte, no ha contribuido poco a completar los seductores detalles del cuadro. Compadecido de nosotros y para darnos a entender que no porque se entretenga a despedir cariñosamente al invierno pierde un día de jornada en el camino que le conduce al verano, se ha plantado de un salto en la primavera. Y henos aquí gozando de todas las delicias que proporciona la corte con sus mañanas frescas y alegres que llaman con un rayo de sol a la ventana de los perezosos convidándoles a ir al Retiro, donde ya florecen las primeras lilas, y con sus tardes serenas y templadas que reúnen en el Prado, en la Castellana y en Recoletos a lo más elegante y escogido de la sociedad madrileña.

Absortos en la presente felicidad sólo nos asalta de cuando en cuando

un temor. ¿Durará esto mucho? El tiempo que para hacer resaltar mejor la bondad de sus días hermosos viene agobiándonos a fuerza de contrastes ¿renunciará por completo a esos efectos teatrales cuando menos se espera hacen sufrir al termómetro un bajón de catorce o quince grados? Difícil nos parece, porque como dice el adagio, el que malas mañan ha, tarde o nunca las olvida. No obstante, la desconfianza que abrigamos respecto a este caprichoso árbitro de nuestra salud y nuestros placeres, no nos impedirá darle un voto de gracias por el interregno que nos ha concedido.

Merced a su benevolencia, los fieles han podido acudir como de costumbre a visitar los templos sin grave detrimento del vestuario de gala, y las procesiones y cofradías han salido a las calles sin temor de que un chubasco las desordene o desluzca. Respecto a Madrid aunque el temporal hubiese impedido esta última parte de la solemnidad religiosa, seguramente que no sería muy de lamentar la pérdida del espectáculo. Es cosa olvidada de sabida que en cuanto al mérito de las imágenes y el lujo y la pompa de cofradías y procesiones, la coronada villa apenas puede sostener la comparación con la última de las capitales de provincia de España.

No sucede lo mismo en lo que concierne al decorado y ornamentación de las iglesias pues si bien no se hallan monumentos tan majestuosos e imponentes por sus colosales proporciones como los de las catedrales de Toledo y Sevilla o el no menos artístico y grandioso de San Lorenzo del Escorial, el buen gusto y la acertada disposición de los que se ven en los templos de la corte suplen a la falta de magnitud y de grandeza, que no permite a veces la pequeñez del recinto en que se levantan.

Lo más notable y clásico de la Semana Santa de Madrid es, pues, la tarde del Jueves Santo en que la población en masa, cumpliendo uno de los preceptos de la solemnidad, visita los monumentos de las diferentes iglesias. En ese día las damas elegantes truecan las caprichosas toilettes, propias del Real, y el distinguido sombrero francés de rigor en la Castellana, por la sencilla y severa falda de glasé negro y la graciosa y tradicional mantilla española y colocadas a la puerta de los templos consiguen de sus admiradores que, siquiera por un momento, hagan de la Caridad fórmula de galantería.

La devoción en primer término y la curiosidad en segundo atraen un inmenso número de personas a las iglesias cuyo camino señala un cordón de gentes que van y vienen sin cesar. Como en los años anteriores la capilla del Obispo donde se admiran en esta época los apreciables lienzos de Villoldo, ha sido una de las más frecuentadas, llamando igualmente la atención la del Hospital general y la parroquia de San Ginés por los elegantes y artísticos monumentos que en ellas se han colocado nuevamente.

Pero como todo pasa en este mundo, la Semana Santa con sus esplendores religiosos, sus austeras penitencias y su silencioso recogimiento ha pasado también, volviendo las cosas a seguir su curso regular y ordinario. Como es natural, al fijar de nuevo la vista en los asuntos objeto de nuestra preferente atención, encontramos un sinnúmero de novedades de toda especie. De estas novedades unas las constituyen sucesos realizados, otras se componen de proyectos y planes para un cercano porvenir. En política sobre todo hay materia para escribir no una revista, sino algunos volúmenes. Y eso que no entra en nuestro ánimo ocuparnos de

lo que pasa de puertas adentro.

Por de pronto, según las últimas noticias que encontramos en correspondencias dignas de crédito y a juzgar por el carácter que presenta la tan debatida cuestión de los ducados alemanes, se hace inminente la guerra entre Prusia y Austria. Esto al menos dicen la mayor parte de los periódicos extranjeros, y del mismo modo opinan políticos experimentados y sagaces en esta clase de negocios. Sin embargo, a nosotros se nos antoja que esta vez como siempre las dos grandes potencias alemanas se limitarán a cambiar algunas diatribas en las hojas oficiales, a hacer algunos equilibrios diplomáticos, quitar el polvo a las armas de los parques, y como el valentón del famoso soneto de Cervantes mirarse de soslayo y marcharse sin hacer nada.

Algo más seria nos parece la agitación que se deja sentir en toda Italia a medida que se aproxima el plazo estipulado en el convenio de 15 de septiembre para el completo abandono de Roma por la guarnición francesa: agitación que se ha manifestado bien a las claras con pretexto de la anulación del acta de Mazini.

Elegido el célebre triunviro por uno de los distritos electorales de Italia, para ocupar un escaño en el Parlamento, la Cámara ha anulado el acta cerrándole las puertas de la representación nacional. El partido de acción conociendo que de día en día pierde terreno en las esferas oficiales, acusa al Gabinete de haber cedido en este asunto a la influencia de las Tullerías, y en un meeting celebrado en Florencia los oradores han ido tan lejos por este camino que hubo momentos en que se temió seriamente por la conservación del orden. Al meeting de Florencia parece que seguirán otros muchos en diversas localidades de la península, y los exaltados asociando los nombres de Garibaldi y Mazini y tremolando la bandera con el lema de Italia una y Roma la capital, no dudamos que darán mucho que hacer al Gobierno de su país y a los Gabinetes extranjeros, que ya comienzan a preocuparse de esta formidable cuestión.

En Inglaterra, por el contrario, los vientos soplan de diferentes cuadrantes. Por espacio de algunos años los radicales hicieron de la reforma un ariete poderoso para batir en brecha a los Gobiernos conservadores: en la Cámara, en la Prensa, en las reuniones públicas, se presentaba este paso como una necesidad para todos los intereses: pero he aquí que el jefe de la parcialidad que más alto proclamaba la conveniencia de la ampliación de ciertos derechos, sube al Poder y cuando intenta poner en práctica su idea, se encuentra con una oposición compuesta de partidarios tan decididos y numerosos como los que un día logré reunir en torno a su estandarte. ¿Era ficticia la atmósfera que se hizo en todo el país por los radicales al iniciar estas medidas? ¿Han cambiado de tal modo las circunstancias que lo que antes fue necesidad apremiante ahora podría calificarse de aventurado y atrevido? He aquí un problema que los periódicos ingleses se afanan inútilmente por resolver; pero entre tanto es un hecho que la reforma encuentra cada día mayores obstáculos en su camino y que los que más claro ven en la cuestión no dudas de que el Ministerio se encuentra como vulgarmente se dice entre la espada y la pared, esto es, en la alternativa de retirar el bill de la Cámara o retirarse él mismo de la gestión de los negocios públicos.

Mientras el Gabinete británico se decide por una u otra cosa

retirémonos nosotros del terreno de la política para apuntar dos noticias pertenecientes al círculo de las artes y la literatura.

La Real Academia de San Fernando ha nombrado su socio correspondiente al ilustrado canónigo lectoral de la catedral de Córdoba señor don Vicente Cándido López. Cuantos se interesen algo por el esplendor de las artes españolas y vean con gusto difundirse en todas las clases sociales el inteligente respeto y la piadosa veneración hacia los monumentos que no han dejado otros siglos como testimonio de su grandeza, no podrán menos de aplaudir elección tan acertada. En efecto, el señor don Vicente Cándido López, dando un ejemplo digno de imitarse ha emprendido la restauración de la célebre mezquita cordobesa, hoy convertida en templo cristiano, con un acierto y una inteligencia dignos de los mayores elogios. Merced a su ilustrada iniciativa y a su actividad incansable, los entusiastas de la arquitectura árabe podrán admirar en toda su pureza y esplendor una de sus más hermosas muestras en un templo que la ignorancia y la incuria habían afeado y deslucido hasta el punto de ser objeto constante de crítica y desdoro para nuestro país, del cual daba malísima idea a los extranjeros que de continuo lo visitan.

Así como la Academia de San Fernando se ha reunido para acordar esta acertada muestra de distinción a una persona que por tantos títulos la merece, la Sociedad de bibliófilos ha celebrado una importante sesión en la Biblioteca Nacional, bajo la presidencia del señor don Cayetano Rosell, en la cual se ha decidido dar a luz la colección completa de las obras del inmortal poeta de las flores y las ruinas, del clásico Roja. Esta colección, en la cual habrán de comprenderse todas sus producciones, así las publicadas como las que aún se conservan inéditas, ha de contribuir a hacer más popular el nombre del ilustre poeta sevillano, prestando al mismo tiempo, un verdadero servicio a las letras castellanas y a los muchos admiradores de tan celebrado autor. Para terminar nuestra tarea diríamos algunas palabras acerca de los teatros si en la última semana las fiestas religiosas no hubieran reducido a cero las novedades de este género. Afortunadamente proyectos para el porvenir no faltan y en las revistas próximas podremos desquitarnos.

EN dos sucesos culminantes se ha fijado la atención pública durante la última semana. La dimisión de Ríos Rosas y el combate de algunos de nuestros buques del Pacífico con los de la escuadra aliada de Chile y el Perú.

El primero de estos acontecimientos, aunque lenta y trabajosamente, ha llegado al fin a su desenlace, y los comentaristas de oficio han dicho sobre él su última palabra. Acerca de las noticias recibidas del teatro de la guerra, se han emitido muchos pareceres contradictorios hasta tanto que los partes oficiales del jefe de las fuerzas españolas han hecho luz en el asunto.

El encuentro, objeto de tan diversas opiniones, parece que tuvo lugar del siguiente modo: Las fragatas Blanca y Villa de Madrid, mandadas por

los capitanes de navío señores Topete y Alvar González, se destacaron de la escuadra en busca de víveres. Con este objeto, tocaron en algunos puntos donde esperaban encontrarlos en abundancia. De vuelta de su expedición, y después de haberse aprovisionado, tuvieron aviso los capitanes de ambos buques de que la mayor parte de las escuadras, chilena y peruana se hallaba en uno de los puertos de Chile, a donde se habían refugiado para ponerse al abrigo del ataque de nuestras fuerzas. Efectivamente, poniendo el rumbo al sitio que les habían indicado, hallaron en el puerto de Abatao a la fragata Apurimac, de cuarenta cañones; las corbetas Unión y América, de diez y seis; la Covadonga, de tres, y varios vapores y lanchas cañoneras. Estas fuerzas, protegidas por los bajos y escollos peligrosísimos que rodean el lugar en que estaban fondeadas, y por dos fuertes, en los cuales se habían artillado los cañones de la Amazonas y del Tumbes, presentaban un aspecto formidable. La Blanca y la Villa de Madrid, cuyos jefes han tenido ya lugar de distinguirse en otras ocasiones, y que en ésta han dado una nueva y brillante muestra de su decisión y energía, no dudaron un instante en empeñar la lucha. Despreciando el fuego, bastante vivo al comenzar el combate, se aproximaron cuanto les fue posible a la escuadra contraria, y asestándole sus cañones después de tres o cuatro horas de una empeñadísima lucha, teniendo que sufrir las andanadas de los fuertes que cruzaban sus fuegos a la embocadura del estrecho y de las piezas de los buques chilenos y peruanos, entre las cuales las había de gran calibre, lograron romper la línea enemiga, causándoles considerables destrozos. Terminada la lucha por haber sobrevenido la noche, y por haberse refugiado los buques contrarios al fondo del puerto, inaccesible por los bajos y escollos que le rodean, en los cuales se perdieron no ha mucho el Amazonas y un vapor chileno, las fragatas Blanca y Villa de Madrid, que sólo habían sufrido ligeras averías, viraron de bordo, haciendo rumbo a alta mar.

Tal es, según de la relación de los periódicos extranjeros y de las cartas confidenciales se desprende, la verdad de los sucesos ocurridos. Los partes oficiales de los periódicos de Chile confirman igualmente la exactitud del anterior relato, pues si bien exageran las cosas en su favor, en la frialdad con que están redactados, se conoce a tiro de ballesta que la impresión que el suceso ha producido no es la más satisfactoria.

No obstante el aire de verosimilitud que presta a esta noticia la conformidad de las diferentes relaciones que de ella se han recibido, el prolongado silencio de la Gaceta dio lugar a temores y tristes conjeturas que nosotros creímos siempre destituidos de todo fundamento. Si es verdad que el combate de Chile, a juzgar por lo que de él nos dice la Gaceta, no ha sido tan decisivo como fuera de esperar, siempre, por las condiciones desventajosas en que se hallaban nuestros buques, arrojando a un tiempo el fuego de los contrarios y los peligros que ofrecen aquellas costas, habrá de considerársele como una acción brillante en que los jefes de la Blanca y la Villa de Madrid, han demostrado el valor y los conocimientos facultativos tradicionales en la marina española.

Posteriormente se ha dicho que el señor Méndez Núñez ha dispuesto que la Blanca, la Resolución y la Numancia se dirijan a Chile para bloquear y destruir los buques que se albergan en el puerto de Abatao, mientras el

resto de la escuadra hace rumbo al Callao, donde se encuentran la Esmeralda con algunos otros buques peruanos y chilenos.

Si estas disposiciones son ciertas no dudamos que las primeras noticias que se reciban de aquellas remotas playas serán completamente satisfactorias.

No lo son tanto las que se reciben respecto a política extranjera, si hemos de tomar como moneda corriente el entusiasmo bélico de que se manifiestan poseídas las hojas alemanas. Nosotros hemos creído siempre y seguimos creyendo todavía, que las dos grandes potencias de la Confederación Germánica, objeto en la actualidad de la más honda preocupación en los círculos diplomáticos, se limitarán ahora como en otras ocasiones a desahogar su cólera en amenazas. No obstante, esta vez hacen el papel tan a lo vivo que de cuando en cuando aun a los más incrédulos nos asalta la duda, y no podemos menos de preguntarnos: ¿será posible la guerra entre Prusia y Austria? Una vez rotas las hostilidades entre estas dos poderosas naciones, seguramente el Gobierno de Víctor Manuel, empujado por el partido de acción, aprovecharía la coyuntura para distraer la atención de Roma encaminándola al Véneto. Enzarzada Italia, ¿a quién se oculta que Francia se vería arrastrada a mezclarse en el asunto? Y en cuanto a Inglaterra, ¿permanecería cruzada de brazos consintiendo voluntariamente en anularse a los ojos de Europa, ella que en otros tiempos ha llevado la batuta en el concierto de los intereses del mundo?

Al aceptar por un momento la posibilidad de esa guerra, la imaginación recorre rápidamente la línea de graves e inevitables conflictos y choques que serían su consecuencia, y el temor y la inquietud se apoderan del ánimo. Afortunadamente estas vacilaciones son pasajeras, y pronto volvemos a nuestra antigua opinión, que puede sintetizarse en esta frase, aunque vulgar por extremo gráfica: «No llegará la sangre al río». En efecto, los últimos despachos telegráficos anuncian que Austria ha enviado una nota a su antagonista, asegurándole que por su parte no se turbará la paz, y los Estados secundarios han dicho que entrarán en la lucha para combatir a aquella de las dos potencias de la cual parta la agresión.

Aunque todo ello no obsta para que prosigan los preparativos marciales, se fortifiquen las fronteras y hasta se designen los nombres de los generales que se han de poner a la cabeza de tales y cuales cuerpos de ejército en la campaña, bien podemos apartar la vista tranquilos de este asunto para fijarla en cosas de más entidad para nosotros, primero por tocarnos más de cerca, y segundo porque esperamos que serán más positivas.

Entre ellas debemos hablar en primer termino, de la inauguración de los trabajos para construir el edificio destinado a Biblioteca Nacional y Museo, a los cuales se dará principio muy en breve. Cuando se verifique la ceremonia de colocar la primera piedra, ceremonia que ha de llevarse a efecto con solemnidad desusada, tendremos ocasión de ocuparnos de un proyecto tan importante para el decoro de las letras y las artes españolas, albergadas ambas en la actualidad en edificios insuficientes e indignos de su riqueza y su mérito. Por hoy nos limitaremos a felicitarnos de que, a pesar de las preocupaciones políticas, que suelen distraer más de lo necesario el ánimo de los gobernantes, no se haya puesto en olvido un proyecto que muchos dudaban que llegara a realizarse, y que, aun

después de colocada la primera piedra, creemos que acerca de su terminación no faltarán incrédulos que repitan el ver para creer de Santo Tomás. ¡Se han colocado en España tantas primeras piedras, que todavía están aguardando la última, que la desconfianza en semejantes cuestiones suele ser compañera inseparable de la prudencia!

Y ahora que de arte nos ocupamos, a propósito del futuro Museo, parécenos igualmente ocasión de escribir algunas líneas acerca de una exposición especial para la que el señor ministro de Fomento ha concedido sitio a propósito. Un aficionado a antigüedades, que hace algunos años adquirió la propiedad del palacio fortaleza de Curiel, por compra hecha al señor duque de Osuna, posee varias curiosísimas pinturas en tabla, procedentes de aquella residencia real. Estas tablas, que representan la caza del león, del cocodrilo, del oso, del tigre y del jabalí, con otra porción de asuntos caprichosos y fantásticos, pueden servir de datos inestimables para la historia de la pintura, por remontarse a una grande antigüedad, ofreciendo al mismo tiempo ancho campo al estudio de las costumbres, los trajes y las armas de los siglos a que se refieren sus asuntos.

Las periódicos que se han ocupado de tan precioso hallazgo, hacen votos por que el Museo Nacional adquiriera estas obras de arte. Nosotros esperaremos a que su dueño, aprovechando la oferta del marqués de la Vega de Armijo, las exponga en el local que se le ha concedido para este objeto, y después de examinarlas y de dar a nuestros lectores una idea de ellas, uniremos nuestra voz a la de los demás periódicos, para que, si son dignas de estima, no vayan, como tantas otras han ido a enriquecer los museos de naciones extranjeras.

Por último, y entre las cosas notables de la pasada semana, hemos podido gozar del espectáculo de un eclipse total y visible de luna. -Un eclipse de luna dirán nuestros lectores, no es cosa nueva ni que merezca llamar seriamente la atención de los curiosos. El almanaque viene lleno de anuncios de la misma índole.- Sin embargo, al eclipse a que nos referimos han acompañado circunstancias tan extraordinarias, que bien merece el estudio particular con que le han observado los hombres científicos. Merced a la extraña revolución celeste que lo produjo, en el próximo mes pasado ha habido dos lunas llenas y en el presente habrá dos menguantes, cosa que según los cálculos astronómicos no ha sucedido tal vez desde la creación del mundo. Vean, pues, nuestros lectores, si el eclipse traía malicia y si merecía ser visto.

A los que por ignorancia o inadvertencia se les haya pasado la ocasión de observarlo les queda, sin embargo, un consuelo. Dentro de nueve mil y pico de años se repetirá la función, y de aquí a entonces tienen tiempo de sobra para estar prevenidos.

BARÓMETRO de la política llaman algunos a la Bolsa, y nunca más oportunamente que hoy se ha podido aplicar la frase. Ya en alza, ya en baja, ya vacilante, ya firme, sigue todas las oscilaciones de su

inseparable compañera, y en este momento, sin duda por imitarla, está, como vulgarmente suele decirse, a ver venir.

Las cuestiones políticas, así dentro como fuera de nuestro país, han entrado en un período de expectación fecundo sólo en cálculos y esperanzas. La misión secreta del general Quesada; la expedición del señor Méndez Núñez y el futuro Banco Nacional, son materia más que suficiente para mantener vivos el interés y la ansiedad de los que se ocupan con predilección de estos asuntos. Esperemos a que el tiempo se encargue de resolver los problemas que cada cual plantea a su modo, para consignar su resultado positivo, y mientras se mantienen en el nebuloso estado en que se encuentran, tratemos de buscar por otra parte asunto a nuestra periódica revista.

De la cuestión alemana, cuyo amenazador horizonte hizo temer por un momento a Europa que iba a estallar la tormenta, tampoco se tienen noticias que se puedan calificar de interesantes. Austria y Prusia han quitado la mano del pomo de sus espadas, llevándola al sombrero para saludarse cordialmente, por medio de algunos despachos diplomáticos, y la pompa de jabón se ha deshecho. En los demás países también se mantienen in statu quo los asuntos políticos: fuerza será que aprovechemos esta especie de tregua para echar una ojeada sobre algunas cuestiones artísticas y literarias que en la actualidad se agitan entre nosotros.

Entre estas cuestiones, comienza a ser objeto de encontrados pareceres la del local destinado a España en la próxima Exposición Universal de París. Esperamos que en breve, personas ilustradas y competentes en la materia que se debate, favorecerán las columnas de El Museo con meditadas observaciones, hijas de un estudio detenido de la cuestión, hecho sobre el mismo terreno; pero esto no obstará a que, sin entrar en todos sus detalles, digamos hoy algunas palabras acerca de ella. Bien porque la iniciativa oficial no ha sido suficientemente activa y poderosa, bien porque en la masa de nuestros artistas e industriales no ha penetrado lo bastante el convencimiento de su utilidad, es lo cierto que, en las exposiciones anteriores, España ha hecho un papel bastante desairado, por no decir ridículo. Si el estado de nuestras artes, nuestra agricultura y nuestra industria fuera tan lastimoso y decadente que hiciera inútiles todos los esfuerzos del país por conservarse a una altura digna, nosotros seríamos los primeros a sentir en silencio, deplorando, interiormente las causas de esa triste decadencia, a atenuar en lo posible el efecto producido en Europa por la exhibición de nuestro atraso, y aconsejar, por último, que se renunciase a figurar de ninguna manera al lado de las demás naciones, si no se podía hacer con cierto decoro.

Pero no es así: España, si no en la medida que los países que marchan a la cabeza de la civilización, tiene elementos bastantes para hacer ver que no permanece ajena del todo al movimiento de adelanto del siglo XIX: y su renaciente industria, sus artes, que en poco tiempo han tomado un vuelo prodigioso, unidas a los productos de su fecundo suelo, pueden figurar dignamente en el concurso universal, modificando la equivocada idea que de nuestro país se tiene en el mundo.

Para conseguir tan satisfactorio resultado, es necesario que, combinándose los esfuerzos particulares con los de la administración, allanen los obstáculos y las preocupaciones de todo género, que muy

especialmente se encuentran en un país que aún no ha adquirido la costumbre de vencerlos; es necesario que así en la elección como en la colocación de los objetos suplan el acierto y el buen gusto al número y la calidad; es necesario, en fin, que tratándose si no de competir, de colocarse al lado de naciones que, sobre la ventaja material que nos llevan, hacen un particular estudio del aparato teatral de la exhibición, y saben doblar el efecto de las cosas, colocándolas convenientemente, no vayamos a prescindir de estos requisitos tan importantes, cuando se ha de juzgar por la impresión, presentándonos como suele decirse a la pata la llana a formar un contraste lastimoso con las encantadoras coqueterías y las refinaciones de buen gusto de las artes y las industrias extranjeras.

La experiencia adquirida en otras exposiciones nos indujo a creer que algo había de remediarse en la que se prepara.

El movimiento y la animación que se hizo notar cuando se publicó la convocatoria parecía señal evidente de que poco a poco comenzaba a dársele a este asunto toda la importancia que merece; pero a medida que se acerca el plazo vemos ir apareciendo unas tras otras las mismas dificultades y reproducirse idénticas quejas.

La Administración se duele de que los particulares no secunden sus esfuerzos: los particulares, a su vez, dicen que la Administración se encoge de hombros a sus justas exigencias. En tanto el tiempo corre, el término se aproxima y mientras los otros países no descansan un punto en sus trabajos, rivalizando entre sí, en actividad y celo, aquí marchan las cosas con una lentitud desesperante. Y no es éste, después de todo, el mayor mal, sino que a las causas de desaliento y disgusto enumeradas ha venido a unirse últimamente la desconfianza de que el local que se nos destina sea bastante a satisfacer los deseos de los expositores españoles.

Noticias particulares recibidas de París dan por seguro que nuestra nación, peor representada o menos exigente que las otras naciones, sólo ha podido obtener un reducido espacio, en el que apenas cabrían amontonados, como en un almacén, todos los productos y objetos que trata de enviar. Ignoramos hasta qué punto un disculpable sentimiento de amor propio nacional herido por las preferencias y ventajas concedidas a otros países menos importantes podrá haber exagerado el fondo de verdad que hay en el asunto; de todos modos, creemos que el Gobierno español debe gestionar vivamente para que se subsane el daño, pues de no conseguirlo, se justificarían las prevenciones de los que se retraen, se malograrían los esfuerzos de los que tratan de exponer, y el resultado del concurso sería en último término ponernos una vez más en evidencia a los ojos de Europa.

Al mismo tiempo que de este asunto, que como es natural preocupa ahora en primer lugar a los que se encuentran más directamente interesados en él, se vuelve a hablar de la exposición de los objetos traídos por la Comisión científica del Pacífico, como de un acontecimiento próximo a realizarse. Al efecto parece que los trabajos emprendidos en el Jardín Botánico, donde ha de tener lugar, marchan rápidamente a su terminación, de modo que, habiendo llegado ya al puerto de Barcelona setenta y dos cajones que componen la última remesa de los objetos que han de exponerse, el acto de la inauguración podrá celebrarse dentro de los días que restan del mes de abril.

Antes que los jardines del Botánico abran sus puertas a los

inteligentes y curiosos atraídos por el interés de actualidad que inspira una exposición que parece que en cierto modo se relaciona con la guerra que España sostiene en estos momentos en América, habrán dejado de estar expuestas al público las interesantes tablas que, según dijimos en nuestra revista, llamaban mucho la atención de los arqueólogos y aficionados a este género de antigüedades.

Las pinturas de estas tablas, que ya hemos tenido ocasión de examinar, son, según presumíamos, más dignas de estima como documento curioso para la historia del arte, que obras de mérito positivo. Las muestras del período a que pertenecen no son, sin embargo, únicas, ni tan raras que antes de ahora no pudieran haberse estudiado. En Toledo, y en el friso del artesonado de estilo muzárabe de una de sus parroquias, hemos visto tableros con una ornamentación muy semejante en la forma, y realzada asimismo con imágenes de caballeros y animales fantásticos, toscamente diseñadas con una línea oscura sobre los vivos colores del fondo. Si, como nosotros creemos conveniente, al Museo Nacional de pinturas se le imprime un carácter histórico procurando reunir los bastantes cuadros españoles para dar una idea exacta de los principios, la marcha, el desenvolvimiento y las intermitencias de postración del arte en nuestro país, la adquisición de las tablas del castillo de Curiel, como recuerdo histórico y como página interesante de la época en que la pintura comenzaba tímidamente a ensayar sus primeros pasos, contribuyendo a la ornamentación de los artesonados del palacio de los muros del templo y de las márgenes del libro, nos parece que sería de grande utilidad y verdadero interés.

EN el momento en que el agio toma por su cuenta un asunto político, ya puede decirse que hay tela cortada. Poco importa que las hojas oficiales y los documentos diplomáticos se esfuerzen por hacer la luz sobre el negocio, presentándolo bajo su verdadero punto de vista; los especuladores del miedo, cuya imaginación supera en fecundidad e invectiva a la de los novelistas más famosos, forjan a cada paso una nueva fábula, y, trasformando lo posible en probable, y lo probable en cierto, cuando ven que una cuestión explotable languidece y concluye la toman por su cuenta, y, aderezándola a su capricho, cada día la hacen aparecer bajo una nueva forma; cada día, por decirlo así, nos la sirven en diversa salsa.

Algo que se relacionase con las breves reflexiones que dejamos apuntadas podríamos decir respecto a lo que sucede en la actualidad entre nosotros; pero como al revés de lo que aconseja el refrán, debemos ocuparnos más bien de la casa del vecino que de la propia, aplicaremos la observación a la política extranjera en general, y particularmente a la cuestión alemana ayer concluida, según el criterio de los periódicos y los personajes mejor informados, y hoy vuelta a sacar a la arena de la pública discusión bajo una forma inesperada, merced a los que tienen interés en que se prolongue por un tiempo indefinido. En una de nuestras revistas anteriores nos ocupamos de las notas cambiadas entre los Gabinetes de

Viena y Berlín, en virtud de las cuales Austria y Prusia, que por un momento amenazaron envolver a Europa en una guerra terrible, después de darse todo género de satisfacciones aparecían completamente de acuerdo para remitir a la Dieta la decisión de sus diferencias y el arreglo de sus encontrados intereses.

Mientras duró el estado de tirantez entre las dos grandes potencias alemanas la Bolsa seguía todas las oscilaciones, ya favorables a la paz, ya precursoras de la guerra, significándose este movimiento de un modo más o menos sensible según las relaciones financieras de cada país con los que iban a entrar en la lucha. A río revuelto, ganancia de pescadores, dice el adagio. A bolsa vacilante, provecho de agiotistas, podemos repetir nosotros, y sólo así tendremos la explicación de la avidez con que todas las noticias referentes al asunto eran discutidas, comentadas y aun adornadas y corregidas entre los hombres de negocio. Arreglada la cuestión, cesaban las ocasiones de jugar con ventaja, y esto precisamente era lo que había sucedido. Pero he aquí que de la noche a la mañana se presenta bajo un punto de vista al mismo tiempo más temible y más probable. Según las afirmaciones de un periódico belga que se adelanta hasta a publicar el texto, Prusia e Italia acaban de celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Mr. de Bismark ayudará al Gabinete de Víctor Manuel a apoderarse del Veneto, y el rey Galantuomo, en cambio, prestará a Prusia su cooperación para realizar los planes de unidad alemana en provecho exclusivo del Gabinete de Berlín. La cosa es grave. Por fortuna para responder de la veracidad de esta trascendental negociación no se tienen más datos que un tratado secreto, que a los cuatro días de celebrarse un periódico belga comunica, en secreto también, a todos los círculos políticos de Europa. La noticia, pues, no ha surtido todo el efecto que debiera, si exceptuamos el punto en que tal vez se tenía más interés de que lo surtiese. El dinero es medroso y de su miedo nace la credulidad. Los valores públicos han oscilado, pronunciándose por un momento en baja en casi todas las Bolsas europeas y a estas horas estará ya dado el golpe. Cumplida su misión, la pavorosa noticia se desvanecerá como el humo, la esperanza y la paz volverá a renacer y hasta otra. Esta es la historia eterna, de la cual cada día aparece una edición, y que el vulgo nunca acaba de aprender de memoria.

Respecto a nuestros asuntos de Chile y el Perú, tampoco han faltado nuevas inverosímiles durante la semana; pero en esta cuestión la experiencia parece que nos ha prevenido un poco, y los inventores, desconcertados con algunos chascos, se limitan a cálculos y conjeturas. No por eso faltan quienes afectan saber mejor acaso que el mismo general Quesada el qué y el cómo de su misión, relatando punto por punto sus instrucciones secretas, como si el Gobierno antes de ponerlas en manos del jefe de marina hubiese tenido la amabilidad de dárselas a leer a media docena de curiosos.

Lo cierto del caso es que, aunque algo se presume, nada se sabe, y si bien en uno de los correos próximos esperamos detalles del recibimiento que han hecho al Huascar y la Independencia los buques de nuestra escuadra que se habrán adelantado cortésmente a darles bienvenida; y acaso sé confirme también el brillante resultado de la expedición del señor Méndez Núñez a Chile, hasta que llegue la época sólo podemos confirmar las

noticias que hacían subir a dos el número de buques inutilizados, a los enemigos en el último combate, y que pintan con los colores más sombríos la situación financiera de Chile y el estado de sus plazas comerciales.

La política, pues, como ven nuestros lectores, sigue ofreciendo muy reducido campo a los que para apreciar su curso desean partir de bases seguras o lo que es lo mismo, de noticias ciertas. Trasladándonos a otro terreno, se encuentran más fácilmente asuntos de qué ocuparnos.

La preciosa comedia de costumbres del señor Rubí, de cuyo estreno hicimos mérito en el número próximo pasado al ofrecer a nuestros suscriptores el retrato del autor, sigue llamando la atención del público, que todas las noches acude al afortunado coliseo de la plaza del Rey, al mismo tiempo que merece las más lisonjeras apreciaciones por parte de los críticos que hasta ahora se han ocupado de ella.

El reducido espacio de que podemos disponer en una revista consagrada a tantos y tan diferentes asuntos, no nos permite hablar de esta notable producción con el detenimiento que reclama. No obstante, debemos consignar que, así por lo profundo del pensamiento del señor Rubí, que ha encontrado una fórmula sencilla para encarnarle, como por las bellezas literarias en que abunda, merece los unánimes aplausos que el público y la Prensa le tributan. ¡La sociedad marcha por un camino extraviado! He aquí el grito angustioso de los escritores moralistas en el libro y en la escena. Cada cual busca por su lado un vicio que estigmatizar, una costumbre perniciosa que corregir, una pasión poco noble que poner de relieve, una hipocresía a que arrancarle la careta. En la resolución del problema social que tenemos ante los ojos, la mayor parte se han limitado a atacar aisladamente algunos de los efectos, buscando el origen propio de la enfermedad especialísima que se proponían combatir en lo que más directamente tiene relación con ella.

El señor Rubí, buscando el principio morboso generador de tantos males, el germen primero y único que luego se desarrolla tomando formas tan diferentes, ha encontrado el verdadero punto vulnerable de la cuestión. La familia, el hogar doméstico es el núcleo de la sociedad, de la gran familia humana; del hogar doméstico irradian a fuera todas las virtudes o los vicios, cuyos gérmenes se pueden extirpar o fecundar más fácilmente en el primer período de su desarrollo. En la comedia del señor Rubí, sencilla en la forma, pero profunda en la idea, se aborda y se resuelve esta inmensa cuestión. La verdad de los caracteres de sus personajes es tal, y tan acabado el estudio que de la escena hace el autor, que a todos nos parece conocerlos, que no hay apenas una idea iniciada en el discurso de la obra, que si no tan brillante y con una fórmula tan bella, no nos haya asaltado alguna vez la imaginación. La comedia del señor Rubí realiza el ideal del género.

Es propiamente un espejo en el que se refleja el interior de una familia, cuyas buenas y malas cualidades son harto comunes. Al público le basta ver aquella fiel imagen para reconocerse.

El legítimo triunfo del autor de esta nueva comedia ha venido a hacer patente una vez más que tenemos autores dramáticos dignos sucesores de los que en otras épocas dieron tantos días de gloria al famoso teatro español. Fáltanos, sin embargo, elementos materiales para que la escena de nuestro país se coloque a la altura que le corresponde.

Entre estos elementos es uno, sin duda, la construcción de un edificio digno de albergar la musa dramática española. Los que la rinden culto se muestran estos días muy animados con el proyecto de un teatro nacional, que ha de levantarse en breve merced al esfuerzo de algunos particulares. La incansable y poderosa iniciativa de don Eduardo Asquerino ha vuelto a agitar este asunto. Son tantos los obstáculos que se oponen a una empresa de tanta magnitud, que no podemos menos de temer que en ésta, como en las anteriores tentativas, el proyecto de teatro Nacional no pase de la esfera de la ilusión. Sin embargo, hoy que todo se fía en el asunto al interés individual, acaso tenga mejor fin que cuando se apoyan en esas protecciones oficiales que todo lo entorpecen y esterilizan.

Como objeto de especulación, que no por eso dejaría de prestar un gran servicio al arte, posible será, pues, que el teatro Nacional llegue a construirse; pero aun después de construido, y contando con obras de verdadero mérito, queda un problema por resolver: ¿Y los actores?

Mientras éste y otros proyectos que han de dar mayor importancia a la escena dramática se realizan, la música, que de día en día cuenta con más numerosos adeptos, adelanta a grandes pasos en el camino del favor para con el público de la corte. Verdad es que con maestros tan inteligentes y activos como el señor Barbieri, y profesores tan admirables como los que secundan sus esfuerzos no es difícil propagar la afición por tan divino arte.

Sea cuestión de lujo o de moda, el espectáculo lírico ha echado tan profundas raíces entre nosotros, que su mantenimiento, es al presente una necesidad artística de primer orden. Gracias a la influencia de la ópera italiana, el oído del público se ha educado poco a poco, preparándose su inteligencia a entrar de lleno en el dominio de la música, sabia y profunda de los grandes maestros clásicos. Algunas fiestas musicales del Conservatorio y la sociedad de cuartetos, en sus deliciosas sesiones filarmónicas iban preparando la transición en un círculo privilegiado. Faltaba sólo dar un carácter más popular a estos conciertos, y he aquí lo que ha logrado el señor Barbieri en los que ha ofrecido en el Circo del Príncipe Alfonso.

SEGÚN anunciamos, la ceremonia para colocar la primera piedra del edificio destinado a Biblioteca y Museos Nacionales se ha llevado, a efecto con la brillantez y la animación que hacía presumir el general deseo de que se realizase pronto y de una manera digna un acto de tanta importancia para las artes y las letras españolas. En otro lugar de nuestro periódico, y acompañando al dibujo que la representa con todos sus detalles, damos noticias más circunstanciadas de esta ceremonia, que ha dejado un grato recuerdo en el ánimo de la multitud de personas notables en las círculos políticos, artísticos y literarios de la corte que acudieron a presenciarla.

Debiendo ocuparnos en la revista de otros asuntos, nos limitaremos a consignar aquí la satisfacción que este suceso ha producido en cuantos se

interesan por los adelantos y las mejoras de nuestro país, en el cual aunque luchando siempre con obstáculos difíciles de vencer, el espíritu de progreso ni se desanima ni se detiene, y, si bien, con lentitud en algunas ocasiones, sigue invariable el camino que ha de llevarnos a estado más próspero.

En medio de las preocupaciones políticas, de cada vez más hondas, cuando las cuestiones de Hacienda comúnmente circunscritas en la esfera de los grandes intereses son objeto hoy de la atención de todo el país, que aguarda verlas resueltas en una ansiosa expectativa, es verdaderamente maravilloso que no se apague el entusiasmo y la fe de los que esperan un porvenir más risueño y bonancible, y que no se echen al olvido los proyectos de reformas y mejoras cuya necesidad es tan generalmente sentida. Por más que la situación que atravesamos deba calificarse de difícil, naciones como la nuestra hallan en las mismas contrariedades motivo de redoblar sus esfuerzos y desplegar nueva energía, siendo a veces los obstáculos que detienen su marcha causas providenciales que las impulsan, a persistir en la demanda con más ardientes bríos.

Al mismo tiempo que se colocaba la primera piedra del edificio que ha de prestar decoroso albergue a las letras y las artes españolas, ha vuelto a hablarse de la construcción del nuevo teatro donde los escritores dramáticos encontrarán escena digna de sus producciones. Y no son estos proyectos los únicos de que en la actualidad se ocupan la Prensa y las personas más directamente interesadas en llevarlos a cabo. También se trata de abordar una de las reformas que más han de contribuir a dar a la capital de España el aspecto de cultura y adelanto, propio de una población moderna e importante. La construcción de un camposanto digno de Madrid, a que aludimos en las anteriores líneas, es, sin duda, una de las necesidades que más se sienten.

Después de haber visto los modelos de este género que ofrecen las demás capitales de Europa, en los cuales se esfuerza el arte, ayudado de la naturaleza, para realizar el ideal de esa última morada del hombre, llena de majestad imponente o de melancólica hermosura, causa verdadero disgusto traer a la memoria nuestros prosaicos y repugnantes cementerios, donde se empaquetan los cadáveres en nichos que recuerdan los cajones numerados del estante de una droguería.

Bueno es que, una vez puesta la primera piedra del cimiento se prosiga con actividad la obra del magnífico edificio destinado a las artes; bueno que se piense en la constitución de un nuevo teatro; que se trate del trazado de nuevos jardines, del mejoramiento de ciertas localidades, hasta de levantar una nueva plaza de toros; pero, al mismo tiempo, no debe olvidarse que el planteamiento de un campo santo, sujeto a las condiciones artísticas e higiénicas puestas en práctica en otros grandes centros, o la reforma radical de los que hoy existen; es una de las obras que Madrid reclama con mayor urgencia, por ser el asunto en que se interesan el decoro de toda la población y el sentimiento particular de cada uno de sus habitantes.

Como es natural, mientras se han agitado estas cuestiones y proyectos la política ha permanecido estacionada, o más bien dicho, porque la política no ha ofrecido novedad alguna, estos proyectos han llegado a preocupar y a servir de tema a las conversaciones. La cuestión de Chile

sigue en el mismo estado en que la dejamos en nuestra anterior revista. Las últimas noticias del Pacífico han dejado al público en esa ansiedad que deja el capítulo de un folletín interesante cuando se lee al pie: la continuación en el próximo número. De la exactitud con que se ha contado el desenlace de la expedición del brigadier Méndez Núñez, del cual hubo algunas vagas noticias, y del resultado de la empresa confiada a la pericia y discreción del general Quesada debemos igualmente decir a nuestros lectores: la continuación al próximo correo.

En cambio, el telégrafo y las correspondencias extranjeras han traído la noticia primero, y algunos detalles después, del atentado contra la vida del emperador de Rusia. La persona que se arrojó a un acto tan atrevido se cree que no estaba en el cabal uso de sus facultades. Es un propietario a quien el decreto de emancipación de los siervos había traído pérdidas bastante considerables. Para consumar el crimen se aproximó al carruaje del emperador, y cuando le tuvo a tres pasos de distancia le hizo fuego con un revólver. Sin duda hubiera conseguido su objeto, si un agente de Policía que se encontraba inmediato no se hubiese arrojado sobre el culpable, sujetándole el brazo, y desviando, por consiguiente, la dirección de la bala, que fue a elevarse en una pared próxima. Este suceso de que en la actualidad se ocupan todas las publicaciones extranjeras, ha dado lugar a que algunas se detengan en los comentarios de un contraste que desde luego salta a la vista. Dos actos señalan, por decirlo así, el reinado del actual emperador de Rusia. La durísima y cruel represión de Polonia y el decreto de emancipación de los siervos. El primero execrado por toda la Europa ha valido al emperador las más ardientes ovaciones de sus súbditos; el segundo, que no pudieron menos de aplaudir todos los países civilizados, le ha puesto a dos dedos de perecer a mano de uno de sus compatriotas. Indudablemente la Rusia no puede aún juzgarse con el criterio de las demás naciones.

Fuera de este suceso dramático, pero completamente ajeno a la política, poco o nada sabemos del exterior digno de ser referido. Como presumíamos, en el tira y afloja de la cuestión alemana volvemos a encontrarnos en un período de esperanza en la paz: mañana seguramente tornarán a reaparecer los rumores de guerra, y así seguirá prolongándose el juego hasta que los que la siguen atentamente se aburran de una cuestión que se presenta con tantos ribetes de farsa.

En París, desde luego, cada vez hacen menos efecto las contradictorias noticias que cada día se reciben de Austria y Prusia, y en la actualidad todo el interés se concentra en los preparativos de la Exposición y en las acaloradas polémicas que suscita el nuevo libro de Renan *La vida de los apóstoles*. En general la crítica encuentra la segunda parte de la obra del profesor de hebreo muy inferior en todos conceptos a la primera. Siempre se dudó que en *La vida de Jesús* hubiese completa buena fe por parte del autor; pero en la de los apóstoles es indudable que sólo se ha tratado de explotar el negocio editorial que resulta del ruido y del escándalo que producen ciertas arriesgadas teorías. Cualquiera que fuese el objeto que con ella se propuso Renan, *La vida de Jesús* se había hecho con más estudio; para producirla se había trabajado seriamente. La última producción es la segunda parte obligada de todas las obras que hacen fortuna y que, por lo tanto, le coge de medio a medio el dicho de

Cervantes de que nunca segundas partes fueron buenas.

Entre nosotros no tardará mucho en agitarse la cuestión de este libro, pues los campeones de la Iglesia, así en Francia como en casi todos los países católicos, se disponen a librar una segunda batalla contra las teorías del ya famoso profesor de hebreo.

Entretanto aquí los círculos literarios sólo se ocupan de la nueva obra del señor Larra, titulada *En brazos de la muerte*, que tan lisonjera acogida ha merecido del inteligente y numeroso público que frecuenta el teatro del Príncipe.

El drama del señor Larra, en cuya ejecución se han distinguido Teodora Lamadrid y Valero, está lleno de escenas interesantes y de rasgos de sentimiento que justifican los calurosos aplausos con que el público premia todas las noches a su autor llamándole repetidas veces a la escena.

De la crítica fría y severa del drama resultan algunas flaquezas de la fábula y falta de verdad en ciertos caracteres; pero el todo se encuentra revestido de una forma literaria tan poco vulgar y se trasluce en el discurso de la obra un conocimiento de los recursos de la escena, que no dudamos en colocarla al lado de las más populares que han brotado de la misma pluma a que se debe *La oración de la tarde* y otras no menos bellas producciones de nuestro teatro moderno.

PARA los poetas, la primavera es la estación de las flores y del amor: es la gioventu de l'anno si hemos de creer al Dante. El cielo se viste de azul, la tierra se cubre de verdura, el aire se llena de armonías, la cabeza de sueños, el corazón de deseos sin nombre: Da sospiros la duegna que non ha esposo, como observa Berceo. Todo germina, brota y se desenvuelve. Todo revela que la vitalidad toca de nuevo al misterioso, punto del círculo en que gira renovando al pasar por él sus inagotables fuerzas. Esto era antiguamente, pero los modernos, como el protagonista de *El médico a palos*, «hemos arreglado las cosas de otro modo». Para los jugadores de Bolsa, para los augures del siglo XIX, la primavera es la época de las grandes combinaciones políticas, de las guerras y los cataclismos, la época, en fin, en que los geógrafos coronados rectifican el mapa-mundi con la punta de su espada señalando con sangre a falta de otra pintura mejor la línea de los nuevos límites. Todo lo que la diplomacia incubaba en el fondo de sus notas reservadas durante el invierno, germina, brota y florece al dulce aflujo de los rayos de sol primaverales. No siempre la flor da fruto. No todo lo que se proyecta se realiza. Sin embargo, el almanaque político, sin temor de equivocarse puede dar de antemano para esta estación nubes oscuras, aires de tempestad, aparato de tormenta.

La primavera del 66 no había de ser menos que sus predecesoras, y al efecto nos ha dado el anual contingente de novedades con un serio conflicto en perspectiva. El prólogo de la función ha corrido de cuenta de las dos grandes potencias alemanas. El diálogo de Austria y Prusia comenzaba a hacerse pesado y a perder parte del interés; mas he aquí que

con la Italia sale un nuevo personaje a la escena y asunto se complica, viniendo como de molde aquello del marqués de Caravaca:

«Es de enredo el argumento;
un embrollo de otro nace.»

El prólogo, pues, ha concluido. Comienza el primer acto, sale Víctor Manuel en luces de bengala y dice:

Ya sabréis, vasallos míos,
que habrá tres años y medio
que a pesar del Cuadrilátero
le hago el amor al Veneto, etc.

He aquí en resumen lo que viene a significar la escena representada por Italia; he aquí en compendio a noticia que al comenzar la semana última ha caído de las nubes como una bomba en medio de los círculos Políticos, produciendo la estupefacción de los diplomáticos en agraz y una baja en los fondos públicos que juntarán la cabeza con los pies a más de un jugador optimista.

El caso no es para menos. El telégrafo al comunicar la nueva no se anduvo en perfiles. Nos acostamos tan tranquilos la víspera de la explosión, y al amanecer nos encontramos con esta friolera:

«Italia ha puesto en pie de guerra su ejército. Lamármora abandona el Poder a Ricascli. Se ha llamado a Garibaldi, que acaso está ya en Florencia. Austria, por su parte, ha interrumpido el servicio de los caminos de hierro para el público, utilizándolos en el transporte de materiales con destino a la campaña. Por lo pronto, ha concentrado en el Cuadrilátero 200.000 hombres.»

Los desconfiados se restregaban los ojos y volvían a leer el telegrama, creyendo que no lo habían entendido bien. Los crédulos, aguzando el oído y poniendo atención hacia la parte de Italia, pensaban oír el rumor del primer cañonazo disparado en la frontera de Lombardía. Unos y otros fijaron después la vista alternativamente en Prusia, Inglaterra y Francia.

Bismark se restregaba las manos de gusto y se daba palmadas en la frente repitiendo con Fígaro: ¡Che invenzione! ¡Che invenzione!, mientras John Bull, aun no repuesto del chasco del bill reformador, miraba de reojo hacia las Tullerías, donde el águila imperial silbaba con cierto retintín y mejor que lo pudiera hacer un mirlo, el famoso aire:

No: no tendrás
nuestro Rhin alemán.

El conjunto ofrecía un verdadero tableau. A juzgar por los preparativos, era de temer que después de una acción complicada al llegar el desenlace cada cual tiraría de un girón del remendado imperio austriaco, cumpliéndose el refrán «el que de ajeno se viste...»

Por fortuna, en esta como en casi todas las ocasiones semejantes, la concisión sui generis del lenguaje telegráfico, omitiendo ciertas medias tintas que quitan la crudeza al color de los asuntos, hizo que la noticia pareciese más precisa y rotunda de lo que en realidad son los sucesos.

Pasado el primer repente, se ha ido diciendo que Lamármora no deja la

presidencia del Consejo de ministros, que Garibaldi permanece en Caprera, que el Austria, en fin, no se decide a tomar la iniciativa, rompiendo las hostilidades, hostilidades que Italia por su parte duda asimismo en iniciar.

La obscura nube que cubrió el horizonte en Europa, se ha rasgado por algunos puntos, dejando ver a retazos el azul del cielo. ¿Pasará la tempestad de largo? ¡Quién sabe! Estas tormentas de verano son tan caprichosas. No obstante, debemos decir que si bien las primeras noticias han sido evidentemente exageradas, pues la cuestión se encuentra aún en el período de los armamentos y revistas, los planes y los cálculos, las impaciencias y las precauciones, no sería extraño que al fin se formalizase, y una vez producida la primera chispa, el incendio se hiciese general a Europa. ¿Hasta qué punto pudieran envolvernos las eventualidades de una guerra de tanta importancia? He aquí una nueva cuestión nada fácil de resolver, pero en la que ni entraremos estando como estamos en la creencia de que aún no es hora. Lo repetimos, el negocio está en flor todavía, acaso el sol de los primeros meses de estío madure el fruto; de aquí allá tiempo tenemos de ocuparnos de cosas más positivas y que nos atañen más de cerca.

Con las noticias de Chile, esta vez al menos, ha sucedido lo contrario de lo que acontece con las de Italia. Las últimas a medida que se completan van decreciendo en interés, las primeras según llegan con más detalles adquieren mayor importancia. La segunda expedición de nuestros buques al puerto de Abatao tenía al país pendiente del desenvolvimiento de los sucesos de aquella lejana guerra. Tratábase de dar un golpe decisivo, tratábase de coronar dignamente la obra comenzada por los bravos marinos Topete y Alvar Gonzalo. Ya desde hace algunos días circulaban rumores vagos respecto al desenlace de este segundo episodio, rumores que hicieron nacer más de una lisonjera esperanza, que, contra lo ordinario, se han visto superadas por la realidad.

En efecto: los jefes de las fragatas Numancia y Resolución, a los cuales estaba encomendada la honrosa tarea de acabar de lavar por completo hasta el más leve vestigio del ultraje inferido a nuestra bandera con el apresamiento de la Covadonga, han cumplido como buenos, añadiendo una nueva página de gloria a los brillantes anales de nuestra marina. Los restos de la escuadra chileno-peruana, que inútilmente habían buscado un refugio entre los bajíos y escollos de Abatao, han sido destruídos por los proyectiles de nuestros cañones: de los buques de que se componía, unos fueron echados a pique, otros constituyen la presa de guerra que como señal de triunfo han sacado la Numancia y la Resolución de las aguas de Chiloe.

El suceso, como es fácil de presumir, ha causado el mayor desaliento en las repúblicas enemigas. Hay desastres que toda la retórica oficial no basta a disfrazar a los ojos de los que sienten sus efectos. Otro incidente glorioso para nuestras armas ha venido a colmar la medida del abatimiento, aun entre los más exaltados partidarios de la guerra en Chile y el Perú.

Al regresar las fragatas españolas de expedición, han apresado un buque de vapor, y con él, a más de los tripulantes, jefes y marinería, la no despreciable cantidad de seis o siete millones de reales. Ya hay para

echar un remiendo, a costa del enemigo, a aquellos de nuestros barcos que hayan sufrido averías en la refriega. La veleta de la fortuna se ha vuelto del lado favorable a nuestras armas, y según la ya conocida frase, todo es empezar. Por lo pronto, el brigadier Méndez Núñez ha propuesto el canje de sus prisioneros de guerra por los de la Covadonga, amenazando si nuestros adversarios se niegan a él con bombardear a Valparaíso.

De las dos acciones en que estaba dividido el interés de la guerra para el público, una es ya conocida, la otra permanece aún oculta entre las sombras del misterio. Ya sabemos lo que han hecho las fuerzas al mando del brigadier Méndez Núñez. Resta una incógnita por despejar. ¿Qué es del general Quesada? Noticias recibidas de Río Janeiro anuncian que las fragatas Huascar e Independencia han tocado en las costas del Brasil, con dirección a Chile. Se había dicho que la misión secreta del general Quesada era salirles al encuentro antes de llegar a donde se encuentran. Nosotros dudamos siempre que fuera esta precisamente la misión de nuestro entendido general de marina. ¿Si era secreta la misión cómo la habíamos de saber todo el mundo? El tiempo ha venido a justificar nuestras presunciones. Esperemos, pues, tranquilos el resultado de esta segunda parte, que como suele decirse, y aquí viene de molde, lo que fuere sonará.

Entretanto el aura de gloria que nos ha venido como un soplo vivificador de allende el mar, llega a propósito en la época en que el pueblo de Madrid conmemora el nombre de aquéllos de sus heroicos hijos que fueron los primeros en derramar su sangre por la independencia de la patria. El Dos de Mayo ha sido fuente copiosa de sentimiento y de elocuencia. Como origen de sentimiento, permanece aún y seguirá siendo inagotable, como tema de hermosas frases, nuestros más respetados oradores, nuestros más inspirados poetas la han agotado. Antes de profanar tan augusto día con un ditirambo de troquel, nos limitaremos, pues, a sentir en silencio, que cuando todo se ha dicho, es sin duda alguna el discurso más elocuente. ¡El Dos de Mayo! ¿Por ventura esta fecha no es por sí sola un himno? ¿Al qué añadirle una sola palabra?

RARA vez a una semana, llena de acontecimientos notables, como la última, sucede otra igualmente fecunda en novedades y noticias de interés. Ahora, sin embargo, la regla ha tenido una excepción. Desde que el telégrafo dio la voz de alarma y la atención de las potencias europeas se reconcentró en el punto en que amenazaba estallar la tempestad, los alambres eléctricos prosiguen funcionando noche y día trayéndonos incesantemente, nuevas a cual más extraordinarias e imprevistas. Las que se refieren al atentado contra la vida de Mr. de Bismark, son sin duda alguna las que más vivamente han llamado la atención del público. Hay momentos en la historia de los pueblos en que todo pende de la vida de un hombre. Mr. de Bismark, en quien la tenacidad suple al genio, ha logrado colocarse en esa situación. Su muerte hubiera indudablemente trastornado los planes políticos que vienen preparando desde algún tiempo atrás varias de las más importantes naciones y de las cuales es el alma y la vida el

sagaz presidente del Gabinete prusiano. El revólver de un fanático ha estado a punto de romper de un balazo el nudo gordiano de la cuestión europea que toda la diplomacia del mundo no ha sido suficiente a desatar.

Verdaderamente parece que no vale la pena de estarse combinando meses y meses un plan gigantesco, de secarse la inteligencia y agotar todos los recursos: de la astucia y el cálculo planteando un negocio, del cual lleva un quidan la resolución en el bolsillo. Por fortuna, y decimos por fortuna porque condenamos enérgicamente estos atentados, vengan de donde vinieren y cualquiera que sea la causa a que sus autores pretendan servir, de los cuatro disparos que ha sufrido Mr. de Bismark sólo uno le ha tocado, e hiriéndole tan levemente, que tuvo ánimo y fuerzas bastantes para apoderarse por su mano del asesino. La noticia del suceso, comunicada rápidamente por todos los círculos políticos, produjo la estupefacción y la alarma naturales. Nadie esperaba ni temía que un hecho de esta naturaleza viniese a trastornar el orden previsto de los negocios, desviando y torciendo su curso. No obstante, pasado el susto, las cosas han vuelto a su primitivo ser y estado.

Otra de las noticias que también puede clasificarse entre las de mayor importancia, no tanto por lo que es en sí como por la significación que tiene es la respuesta del Gabinete de Viena a las notas de Prusia e Italia. Austria indudablemente ha deseado evitar el conflicto en que se encuentra; su política y sus intereses se lo aconsejaban a una. A este fin ha conspirado por todos los medios posibles; sin embargo, ahora al proponerle las condiciones con que los Gobiernos de Berlín y Florencia procederían al desarme, las rechaza con altivez y se dispone a la guerra. Seguramente ha conocido que la cuestión no tiene arreglo probable, y como Francisco I en Pavía, quiere salvar el honor aunque lo pierda todo. Al conocerse la contestación de Austria, se ha hecho tan evidente la inminencia de la guerra, que no han faltado noticieros que anuncien la ruptura de las hostilidades por parte de los italianos. Otros han dicho que el ataque ha partido de las fuerzas austriacas. La verdad es que hasta el momento no hay noticias positivas ni en uno ni en otro sentido, y si bien es un hecho apresurado la organización de los voluntarios en Italia, el nombramiento de los generales que han de mandar las divisiones de Prusia y la formidable concentración de fuerzas austriacas, en el cuadrilátero, todo permanece aún en ese estado de imponente calma que precede de cerca a las grandes tempestades. Las potencias que se aperciben a la lucha como los héroes de Homero, se miden con la vista desde la cabeza al pie antes de trabar combate.

En los demás países la política se amolda a las circunstancias, sintiéndose en casi todos los tristes efectos de la situación que atravesamos. Aunque una guerra nos lleve a la conquista de la civilización y de los derechos más preciados, mientras dura, hay que cubrir con un velo la estatua de la libertad. Y como quiera que los intervalos de fuerza suelen no venir mal a los gobernantes de ningún país, la mayor parte de ellos se apresuran a tomar con tiempo esta precaución. En Inglaterra, el partido conservador, que cree llegada la hora de dar la última y decisiva batalla a los radicales, después del combate a que dio lugar el bill de la reforma, se preparan a nuevas y más empeñadas luchas. En Francia, la frase sacramental de el estado de Europa, sirve de respuesta para los que piden

cierta latitud en los derechos políticos y la reducción del ejército. En España también se deja sentir la influencia de ese estado excepcional. La política, pues impera como reina absoluta en todos los círculos, en sus aras se consagran las primicias de todas las preocupaciones, a ella se deben las primeras frases de toda conversación. Obedeciendo al impulso general, nuestra revista no puede menos de pagarle a su vez un tributo en los anteriores párrafos. Por otra parte, las noticias de diferente índole han escaseado en los últimos días, ofreciéndonos únicamente en lontananza. La fiesta de San Isidro, en cuya alegre romería da el pueblo de Madrid al olvido todos sus pesares y sus inquietudes, la exposición de los objetos traídos por la comisión científica de la América del Sur, y el certamen poético abierto por la Sociedad abolicionista española, darán en breve materia abundante para la revista semanal de nuestro periódico en cuanto se relaciona con las artes, la industria y las costumbres características del país, que son sus asuntos predilectos. En tanto, y mientras la Gaceta no nos proporciona datos fidedignos acerca de los últimos sucesos de nuestra guerra con Chile y el Perú, con que adicionan esta ligera reseña de actualidades, diremos algunas palabras sobre música, que aunque en algunas ocasiones y esta es una de ellas, todo ha de parecer celestial, fuerza es tomar las cosas según se van dando.

Respecto a música hemos tenido últimamente dos verdaderas novedades. El concierto del guitarrista señor Cano ha sido una, y la ejecución casi perfecta de una ópera en el teatro Real, la otra. Ambas suelen producirse muy de tarde en tarde. El reinado de la guitarra pasó. El atronador piano la ha relegado otra vez al dominio del pueblo, de donde salió hace años para enseñorearse momentáneamente de los salones. Algunos apasionados del característico y tradicional instrumento en que nuestras abuelas cantaron la Atala y el Frondoso, siguen en la creencia de que así es bueno para rasguear unas seguidillas como para tocar la sinfonía de Guillermo Tell, de Rossini. Si alguien puede contribuir a que se mantenga esta ilusión, seguramente es un guitarrista tan consumado y hábil como el señor Cano. -«En sus manos, dicen sus admiradores, el instrumento que toca no parece una guitarra.» Y en efecto es así. Pero este elogio del artista es la condenación del instrumento: cuando se le ha vencido, cuando se le ha dominado, todo lo más que se logra es que parezca lo que no es. A nuestro modo de ver, así como el piano, a pesar de las eminencias que en él han descollado, desempeña sus funciones más importantes llevando el compás de un cotillón o un wals polka en una reunión de familia, la guitarra, instrumento popular por excelencia, nunca suena mejor que en la noche, quejándose al pie de una ventana, o prestando vida y movimiento, con sus alegres tonos a lo que la gente de la bulla llama en Andalucía un jaleo pobre.

El concierto del señor Cano ha sido, no obstante, una verdadera solemnidad filarmónica para sus entusiastas; por nuestra parte sólo deploramos que tanta constancia y tanto talento se empleen en tarea tan ingrata como querer dar idea con las seis cuerdas de un instrumento, aunque rico en armonías, pobrísimo en sonoridad, de los efectos de la música, escrita para orquesta.

¿Quién puede asegurarnos que tantas y tan bellísimas melodías de nuestro célebre Carnicer no duermen en el más profundo olvido, sólo por

haberse escrito para guitarra?

La segunda novedad: la representación del Trovador, por Tamberlik, ha sido un nuevo y magnífico triunfo para este eminente artista. Sólo una ejecución perfecta ha podido conseguir que el público, primero, y nosotros, después, coloquemos en el catálogo de las cosas notables y nuevas la representación de una ópera tan puro traída y llevada que la silban los pilluelos y la repiten los organillos. El Teatro Real muere como el cisne entonando su mejor canto para despedirse del mundo. La empresa de los Elíseos, a la que antes se ofrecía el camino llano y agradable, tendrá que hacer bastante para luchar con este recuerdo.

La temporada filarmónica empezó con La Africana y acaba con la magnífica ejecución del Trovador, de la cual hablarán por mucho tiempo los dilletantis cortesanos. «Comincia bene e finisce meglio.» Esto decía Rosini a un músico que le preguntaba el secreto de sus triunfos. El Teatro Real, sin embargo, ha seguido la regla del preceptista, sin que por eso pueda asegurarse que los abonados se reunirán para costearle una corona de laurel a la empresa. ¡En el largo paréntesis que forman La Africana y El Trovador hemos asistido a tantas catástrofes!

BUEN principio ha tenido la semana última. ¡La ofensa hecha a nuestros valientes marinos con el apresamiento de la Covadonga está vengada! ¡La escuadra española ha bombardeado a Valparaíso! He aquí las frases que se han repetido con entusiasmo durante los primeros días por todo el país al llegar hasta sus más apartados rincones esta lisonjera noticia. Tiempo hacía que deseábamos comenzar la revista de una semana con esas frases. Tiempo hacía que en medio de los sinsabores que a cada paso ofrecen las dificultades de la política interior, esperábamos la compensación en una poca gloria adquirida por nuestras armas en aquellos países remotos.

Ha bastado que el Gobierno dejase al jefe de la escuadra española la libertad de obrar enérgicamente para que la guerra de un gran paso hacia su término. La firme persuasión de que se podría concluir en un momento dado ha influido sin duda alguna en el exceso de consideraciones diplomáticas que vienen dificultando y entorpeciendo la resolución de este asunto desde que se planteó en el terreno de la fuerza. El acto de energía que hoy aplaudimos todos, llevado a efecto hace algunos meses hubiera dado a estas fechas resultados tanto o más ventajosos que los que han tocarse a consecuencia del bombardeo de Valparaíso. Sin embargo, más vale tarde que nunca. Puestos una vez en este camino, la marina española, cuya pericia y arrojo se han hecho evidentes, sabrá ganar el tiempo perdido probando a los que todavía abriguen alguna duda respecto al particular que el no haber humillado antes a nuestros contrarios, tomándonos por nuestra mano la justicia y la reparación que nos niegan, ha sido más sobra de longanimidad y consideraciones que falta de valor y medios.

Transmitida a Europa la noticia de tan importante acontecimiento por medio de telegramas, carecemos aún de detalles. Se ha hablado de protestas

por parte de los representantes de algunos países, y aun se ha llegado a decir que el de los Estados Unidos trató de impedir por medios materiales el bombardeo de la ciudad. Respecto a lo primero, nada más natural que algunas de las potencias interesadas en conservar los intereses comerciales de sus súbditos trataran de reproducir sus gestiones anteriores en este sentido; en cuanto a la protesta acompañada por las vías de hechos del representante de los Estados Unidos la creemos completamente inverosímil. Los enemigos de España, que no son pocos, incansables en su ímproba tarea de tejer falsedades, han querido tal vez empañar la alegría de nuestros compatriotas, presentándonos como resultado de la gallarda acción del señor Méndez Núñez la proximidad de un conflicto con una potencia marítima tan importante como la norteamericana. Pero su afán es inútil; ni sus artificiosas mentiras ni el amaño y la falta de buena fe de los documentos oficiales de las repúblicas enemigas conseguirán esta vez disminuir las proporciones del triunfo que han alcanzado nuestras armas. A los que tratan de suponer que se oponen grandes obstáculos a la prosecución de los planes del jefe de nuestra escuadra del Pacífico, responde el señor Méndez Núñez arrasando unos tras otros, todos los puertos importantes del litoral chileno para concluir su triunfal expedición posesionándose de las islas Chinchas. A los que se empeñan en reducir la importancia del desastre de nuestros contrarios responderán los humeantes escombros de las fortificaciones y los edificios públicos de Valparaíso.

El golpe ha sido acaso tardío, pero cierto; según las noticias recibidas, se evalúa en veinte millones de pesos la pérdida material que han ocasionado nuestros proyectiles. Las fortificaciones han venido al suelo, la Aduana se ha desplomado, vastos almacenes han sido presa de las llamas.

Como el acontecimiento estaba previsto, la inmensa mayoría de sus habitantes habían abandonado la ciudad a la primera intimación del jefe de la escuadra española, y, por lo tanto, las desgracias personales han sido muchas menos que las que podría hacer presumir tan espantosa ruina.

¡Gran mes se presenta el mes de mayo! El almanaque parece que lo trata con cariñosa predilección, acumulando en sus días todo género de festividades cívicas y religiosas. El barómetro viene señalando desde que apareció un tiempo de verdadera primavera. Los sucesos se arreglan de modo que con cada fiesta parece que coincide una noticia del exterior agradable. Lástima que el metálico y nuestros asuntos interiores se empeñen, aquél escaseando y éstos enmarañándose, en que no tengamos dicha completa. Por fortuna o por desgracia, pues no acertaremos a decir si ésta es una buena o mala cualidad de nuestro carácter, entre nosotros las cosas se van tomando como van viniendo, y si a un día nublado y triste, lleno de preocupaciones, de inquietudes y de rumores alarmantes sucede otro espléndido y sereno, con un sol de oro en el fondo del cielo azul y un rayo de esperanza en el fondo, del alma todo se olvida, todo se borra y no hay preocupación ni augurio infausto capaz de obscurecer un punto la alegría del momento.

Todas estas circunstancias parece que se han reunido por un acuerdo tácito, a fin de aligerar la atmósfera que a efectos de los acontecimientos políticos interiores y la pendiente y temerosa cuestión de

Hacienda comenzaba a enrarecerse y a hacerse pesada. El pueblo de Madrid ha corrido, pues, este año con tanto o más gozo que los anteriores a posesionarse de la tradicional pradera de San Isidro, desde la víspera del día en que la Iglesia conmemora a su santo patrono.

Hay en España multitud de romerías, ferias y fiestas populares de este género, célebres y dignas de la celebridad que gozan. A unas da fama el santuario junto a cuyos muros se celebran; a otras la hermosura del sitio, el lujo desplegado en su adorno o la riqueza y el número de las cosas que en ellas son objeto de tráfico. La romería de San Isidro, en Madrid, careciendo de todos estos perfiles, conservándose en el estado de sencillez más primitivo, es, no obstante, la más renombrada, y merece serlo. El fondo no vale la pena; pero los personajes del cuadro son inmejorables. Una pradera monótona, al lado de un río enclenque: cuatro ribazos parduzcos, coronados de una mezquina ermita. He aquí la decoración del inmenso entremés, cuyos personajes necesitaríamos la pluma de don Ramón de la Cruz para trazarlos. Y aún así nuestra tarea quedaría incompleta. Podríamos tal vez pintar una escena, dar idea de un diálogo, dibujar un grupo, sorprender uno de los rasgos característicos de los actores; ¿pero cómo abarcar aquel conjunto abigarrado y ruidoso, dónde entre la nube de polvo y del humo de las buñolerías ambulantes, van y vienen, pasan y tornan, se empujan, se codean, se revuelven y se confunden éstos a pie, aquéllos en desvencijados alquilones, los otros en jamelgos imposibles o en ómnibus de todas formas, colores y tamaños, una multitud compuesta de cientos de miles de personas, para quienes la romería del Santo Labrador constituye la más grande y hermosa fiesta del año? Los que han asistido a ella, por mucho que les digamos, encontrarán pálida la descripción; los que no la conocen sino de oídas mal podrán comprender lo que es la romería por nuestras palabras.

Al mismo tiempo que la fiesta de San Isidro llamaba a la multitud a las orillas del Manzanares, los jardines del Botánico abrieron sus puertas al público, inaugurándose la exposición de los objetos traídos del Pacífico por la expedición científica. No sin razón se suele decir que en Madrid hay gente para todo. En ciertas ocasiones parece, en efecto, que según se va necesitando va saliendo de debajo de las piedras. La pradera del Santo estuvo llena; los hermosos jardines en que tiene lugar la exposición no bastaban a contener las muchas personas que acudieron a visitarla el primer día. La exposición merece, en efecto, ser vista, no sólo de los que aman la ciencia, sino de todos aquellos a quienes interesa, siquiera sea por sola curiosidad, cuanto se relaciona con los lejanos países en que sostenemos una dilatada y honrosa lucha.

No es una revista del género a que ésta pertenece el sitio oportuno para la descripción detallada y científica de los innumerables objetos curiosos expuestos en el Botánico, ni el espacio de que podemos disponer lo permite, ni aunque lo permitiese la tarea es cosa fácil para hecha con sólo una ligera visita al local en que se encuentran reunidos.

Sólo diremos que, así por lo delicioso del paraje, como por la riqueza y la novedad de los objetos y el buen gusto y la inteligencia de que se ha dado muestra al exhibirlos, la exposición puede colocarse desde luego en el número de las más curiosas y dignas de un pueblo ilustrado e inteligente de cuantas se han celebrado en la corte.

TIRÓ el diablo de la manta y se descubrió el pastel. El Gabinete de las Tullerías comienza a enseñar la punta de la oreja de sus propósitos. En el que podríamos llamar periodo álgido de la cuestión austro-prusiana; cuando el telégrafo nos transmitía despachos terroríficos; cuando las columnas de los periódicos extranjeros bastaban apenas a contener las noticias belicosas y las bruscas oscilaciones de los valores públicos anunciaban la proximidad de la catástrofe, indicamos, aunque ligeramente, en nuestra revista que no sería difícil que esta vez, como otras muchas, todo se redujese al amago del golpe. La intervención de Italia en el negocio y la pregunta aquiescencia del emperador de los franceses dieron a la guerra un carácter de probabilidad, que cada día se pronunciaba más con los anuncios de grandes y trascendentales combinaciones preparadas de antemano, y de las cuales tenía a su cargo la dirección el jefe del vecino imperio, a medida de cuya voluntad se desenvolvían los sucesos que habían de traerle por último a la codiciada posesión de las que han dado en llamarse fronteras naturales de la Francia.

Todo parecía dispuesto para comenzar; todo estaba hábilmente previsto; los hombres políticos y las publicaciones más graves discutían apenas las probabilidades de la guerra, ocupándose en primer término de su resultado. Nosotros, a despecho de la general evidencia, aunque con intervalos de pasajeras dudas, seguíamos no obstante guardando un resto de desconfianza. Como el apóstol, incrédulo, necesitábamos ver para creer. Teníamos al Austria, a la Prusia y la Italia, respectivamente, armadas y prontas a acometerse; pero necesitábamos oír el primer cañonazo.

Hace cerca de un mes que la Europa entera escucha con atención, esperando inútilmente oír ese primer cañonazo, y en el intervalo la diplomacia ha echado a volar la frase «Congreso europeo». Nuestra incredulidad no era del todo infundada.

El Congreso europeo de soberanos es el sueño favorito de Napoleón, la corona de sus planes. Hace años que la idea se cierne en la atmósfera de la diplomacia sobre todos los grandes sucesos que ocurren. ¿Quién sabe si el aparato bélico desplegado en Europa en las circunstancias presentes, y el haber traído los sucesos hasta el punto en que se encuentran, no habrá sido otra cosa que un ardid para empujar a los países que aún se oponen a su celebración hacia ese famoso congreso de soberanos, verdadera panacea de los males que nos afligen en concepto del que lo ha concebido?

De todos modos la cuestión es indudable que acaba de entrar en un nuevo período. El discurso de Thiers pronunciado últimamente en la Cámara legislativa, desvaneciendo todo género de ilusiones acerca de soñados aumentos de territorio, que aún caso de verificarse traerían como resultado la unidad alemana, fatal a la política francesa, ha acabado de resfriar el espíritu público entre nuestros convecinos de allende el Pirineo, entre los que ya tenía la guerra pocos entusiastas. La misma Italia parece que no responde al llamamiento patriótico con todo el entusiasmo que debía esperarse. Aunque vago, se siente en el moderno reino

el presentimiento de alguna catástrofe oculta entre las sombras del porvenir. Hasta ha llegado a aventurarse la idea de que Napoleón, arrepentido de su obra, busca medios indirectos de deshacerla. Para nosotros la más segura garantía de la paz es la desconfianza que respectivamente abrigan unas para con otras las potencias de primer orden. La diplomacia ha perdido la pista; los Gabinetes europeos se sienten inquietos y recelosos ante la presencia de esa esfinge que oculta tenazmente su enigma, y que se llama Napoleón. Ahora mejor que nunca podría aplicarse a la situación actual de Europa el título de la célebre comedia de Tirso: Entre bobos anda el juego.

Mientras por el Viejo Mundo las cuestiones oscilan a un lado y otro sin salir del mismo sitio, como la péndola de un reloj, en el Nuevo marchan nuestros negocios viento en popa, y según todas las probabilidades pronto la Mala del Pacífico nos traerá noticia de la excursión de la escuadra, que al mando del señor Méndez Núñez, se dirigía a la fecha de los últimos partes a recorrer, hostilizándolos, todos los puertos de importancia de las repúblicas enemigas.

Apenas se ha entrado en el verdadero período de acción y de energía, la cuestión de Chile y el Perú se ha presentado bajo una nueva faz. En punto a derecho internacional, por más lamentable que esto sea, aún necesitan las reclamaciones más justas de la aceptación de algunos cañonazos para que se las entiendan bien. En tanto que nos hemos mantenido en el límite de las contemporizaciones, todo el mundo parecía negarnos la razón, todo el mundo se conceptuaba con derecho para añadir una dificultad más a las muchas con que luchábamos sin resultado en este asunto. A la luz de los fuertes incendiados de Valparaíso, las potencias neutrales han visto al fin las cosas más claras, y si seguimos aportando al debate razones del calibre de las bombas arrojadas a la ciudad enemiga, hasta los mismos chilenos y peruanos acabarán por conceder que tenemos sobrada razón. Ocupándose la Cámara inglesa recientemente de los asuntos del Pacífico, aunque tarde, se ha visto precisada a hacer justicia a nuestra patria. En su seno se han levantado hombres distinguidos por su talento y su posición oficial para pagar un merecido tributo de elogios a la conducta de nuestros valientes marinos, y particularmente del jefe que los guía. El señor Méndez, en quien desde luego colocó el país sus más lisonjeras esperanzas, y que por las cualidades de carácter, de entendimiento y de energía de que antes de ahora ha dado pruebas parecía llamado desde luego a desempeñar un papel brillante en esta ocasión, ha respondido a la confianza que en él depositó el Gobierno confiriéndole tan elevado cargo, y ha sacado airoso las predicciones de los que le auguraban un porvenir glorioso. El público testimonio de la Cámara inglesa, que rara vez se excede en el elogio de las demás naciones, y la casi unánime aprobación de las publicaciones extranjeras, acordes en alabar la prudencia, la energía y la generosidad del jefe de la escuadra española y de los valientes marinos que están a sus órdenes deben llenarnos de legítimo orgullo. A propósito de esta cuestión se refiere un diálogo que merece ser conocido. Parece que al cumplirse el término señalado por el señor Méndez Núñez para proceder al bombardeo se presentó en su cámara el comodoro americano, con objeto de hacer una última tentativa a favor del arreglo. Perdida la esperanza de conseguirlo,

y no encontrando razones válidas que oponer a las que aducía el jefe de nuestras fuerzas navales en apoyo de su conducta, exclamó en tono interrogativo, desde un corto momento de pausa: «Y si en el acto de ir a romper el fuego me interpusiese yo entre la ciudad y la escuadra española, ¿qué haría usted?» Méndez Núñez, sin sorprenderse, a pesar de lo inesperado de la pregunta le contestó con gran sencillez: «Comenzaría por echarlo a usted a pique y luego cumpliría las órdenes de mi Gobierno.» Ignoramos hasta qué punto el diálogo es auténtico; pero de lo que no podrá caber duda a ninguna de las personas que tienen idea del temple de uno de los interlocutores, es de su verosimilitud. Fuera de estos detalles, de la sesión de la Cámara inglesa y de los despachos telegráficos que se refieren a los proyectos de celebración de un Congreso europeo, nada encontramos en las hojas extranjeras que naturalmente deba ocupar un sitio en nuestra periódica revista, si exceptuamos las noticias que se refieren a la Exposición de Pinturas que acaba de abrir sus salones al público en París.

Ya hacía tiempo que las publicaciones relativas al arte que ven la luz en Francia se habían ocupado del excesivo rigor de que daba muestras el Jurado al recibir o rechazar los cuadros destinados a esta Exposición. La lamentable desgracia de un artista de mérito que puso fin a su existencia al saber que había sido rechazada su obra y las vivas discusiones a que ha dado lugar entre escritores de arte distinguidos las inflexibles decisiones del Jurado, contribuían a excitar la curiosidad y el interés que naturalmente despierta una solemnidad de este género. A juzgar por los antecedentes, la Exposición de 1866 prometía ser una de las más escogidas y brillantes. Si hemos de dar crédito a las ligeras noticias que hasta ahora hemos podido recibir, las obras, en efecto, responden por su originalidad y por su mérito a la idea que ha presidido a los acuerdos del Jurado, el cual juzgando demasiado corto el número de premios que han de distribuirse, se propuso que la admisión constituyese por sí sola una recompensa. Teniendo en cuenta estas circunstancias, hemos visto con verdadera satisfacción que en el número de los que han logrado esta señalada muestra de aprecio, se encuentran muchos de nuestros compatriotas, a los cuales felicitamos sinceramente. Ya que por dentro las cosas no anden tan bien como todos deseáramos bueno es que en el exterior procuremos ayudar la reacción favorable a España, que poco a poco comienza a hacerse, la cual acabará de completarse cuando de un modo o de otro se logre inspirar en cuestiones financieras la confianza que ha tiempo tenemos perdida.

En tanto que los partidos y los hombres políticos disputan acaloradamente los medios que han de conducirnos a este resultado, las cosas siguen su acostumbrado curso en la coronada villa, donde en medio de las mayores preocupaciones siempre queda un resto de buen humor para templar lo agrio con lo dulce.

Las empresas dramáticas que terminan en este mes sus tareas, han tratado de dejar buenos recuerdos en el público, dándole a conocer al despedirse algunas obras de mérito de reputados escritores. El Circo, poniendo en escena la comedia del señor Coupigny, titulada La paja en el ojo ajeno, se muestra hasta el fin incansable en su tarea de ofrecer obras nuevas a sus favorecedores. La paja en el ojo ajeno, sin pretensiones de

trascendental, es una comedia agradable por la sencillez de su fábula y los rasgos felices con que están delineados algunos de sus caracteres; estas condiciones de la obra, unidas a una ejecución esmerada, han conseguido llamar al público por espacio de muchas noches al teatro de la plazuela del Rey.

La comedia Bienaventurados los que lloran, al mismo tiempo que proporciona un nuevo y legítimo triunfo a su autor, el señor Larra, y a los actores que la interpretan, sigue manteniendo reunida en el teatro del Príncipe una escogida concurrencia de las damas más elegantes y bellas de la corte, que después de haber colmado de aplausos a Tamberlik en su última representación dada a favor de los pobres, se disponen (si el tiempo lo permite) a trasladar sus reales a los Campos Elíseos, que abren esta semana las puertas del teatro Rossini con Roberto il diavolo.

TENEMOS un pie en el dintel del verano y a las revoluciones atmosféricas siguen no importándoles un ardite los preceptos del almanaque. Y lo peor de todo es que si hemos de dar crédito al ya famoso astrónomo zaragozano, hay temporal para unos pocos días. Sólo una cosa nos consuela y nos mueve a dar crédito al antiguo adagio, que asegura que no hay mal que no venga para bien.

Si al comenzar hoy por segunda vez nuestra revista no pudiéramos hablar del tiempo, ¿con qué asunto hilvanaríamos a última hora estos veinte renglones a fin de no dejarla decapitada? El tiempo viene siendo, desde la antigüedad más remota, el gran recurso para los que no saben qué decir, o no pueden decir lo que saben. No hay tema más manoseado, pero ni más socorrido.

Démosle, pues, gracias porque nos proporciona el modo de llenar un hueco, y ya que respecto a los asuntos interiores no nos dejan ni repetir a la tarde lo que a todo el mundo dice por la mañana la Gaceta, mudemos de conversación y torzamos el rumbo.

Fijando desde luego la vista en lo que sucede en otros países, diremos que cuantas noticias se reciben del exterior vienen a justificar otro de los rumores políticos que comenzaron a adquirir consistencia cuando escribíamos la última revista. La idea de un Congreso, echada a volar en el punto en que Austria e Italia tenían ha levantado el brazo para descargarse un furibundo golpe, ha logrado hacer prosélitos, y las potencias interesadas en la cuestión, a semejanza del famoso vizcaíno de Cervantes, se han quedado con el brazo en alto esperando a otro capítulo la continuación de la historia.

Las tres naciones neutrales Francia, Inglaterra y Rusia, tomando la iniciativa en el asunto se han puesto de acuerdo para redactar los preliminares del Congreso, que bajo el nombre de Conferencia habrá de celebrarse muy en breve. Los Gabinetes de Austria, Italia y Prusia, parece que han adoptado la idea en principio, y sólo se trata ahora de la actitud en que cada cual ha de esperar l'ardua sentenza. Si el Congreso cuaja, ¡qué triunfo para la diplomacia, tan de capa caída de algunos años a esta

parte! A nuestro modo de ver, el Congreso se llevará a efecto, se hablará mucho, se pondrá un puntal para que el equilibrio se mantenga un poco, no resultando de todo ello más que un nuevo arañazo a los tratados de 1815. La obra colosal de toda la Europa coaligada contra el tío va desapareciendo poco a poco merced a la perseverancia del sobrino. Cada Congreso es una brecha que se abre; en cada Conferencia se le da un asalto. Víctor Hugo dice en su última novela que el secreto de todos los grandes triunfos está en esta palabra de una antigua divisa española: Perseverando. Napoleón acabará por demostrarnos que, al menos en política, es más seguro desatar que cortar, y, por consiguiente no importa lo mismo.

Respecto a Europa, y durante algunos meses, podemos considerarnos libres de todo género de conflicto creado por la guerra. En América, si hemos de juzgar por las noticias particulares que se reciben del Pacífico, tampoco ha de prolongarse mucho la cuestión que por medio de las armas ventilamos en la actualidad con algunas de sus repúblicas.

El bombardeo de Valparaíso, sobre el cual cada día tenemos nuevos e interesantes pormenores, ha causado en Chile un efecto moral indescriptible. Bien fuese resultado de una absurda confianza, bien efecto de promesas aventuradas, que luego no han podido cumplirse, los chilenos así creían en que la escuadra española había de saludar sus poblaciones a balazos como en los milagros de Mahoma. La nueva del bombardeo ha caído como un jarro de agua fría sobre el entusiasmo de los más ardientes en su odio contra España, y ha sido necesario para contener una pública manifestación de disgusto, poner en juego todos los recursos de un Gobierno y de una situación de cosas que fundan su existencia en la prolongación de la lucha.

Por el pronto, la escuadra chileno-peruana sigue escondida en el puerto de Huite, viendo, como suele decirse, los toros desde el andamio. Huite es un puerto que no tiene más entrada que un canal estrecho y peligroso, inaccesible a buques de alto porte y defendido naturalmente por los bajíos y rocas que dificultan su navegación. Pero a la prudente escuadra enemiga no le han parecido bastante estas defensas, y por si fortis ha ocurrido a la seguridad personal de sus tripulaciones con las siguientes frioleras. A la boca del canal se ha colocado un fuerte con baterías de cañones rayados de 120, más lejos un buque lleno de pólvora, para hacerlo volar a la aproximación de nuestras fuerzas y por si la explosión del buque no diese resultado, aguardan un poco más allá dos de esas infernales máquinas submarinas, llamadas torpedos; con estos aprestos de defensa cuya retaguardia forman varias cadenas tendidas, otro buque cargado de materias inflamables y un segundo y último fuerte con baterías de cañones de un calibre desmesurado, parece que el jefe de la escuadra enemiga se siente un poco tranquilo aguardando el fin de los sucesos. ¡Lástima de dinero empleado en semejante marina! ¿Y eran esos los bravos con que contaba la república chilena para el combate naval, que en un ridículo cartel de desafío propuso su presidente al señor Méndez Núñez?

No obstante, los más exaltados del partido de la guerra se agarran como suele decirse, de un ascua ardiendo y todavía fundan un resto de esperanza en el arribo de las fragatas Huascar y Independencia; pero estos buques a lo que parece no se dan gran prisa por llegar a su destino. Entretenidos en hacer fácil presa de pequeñas embarcaciones mercantes,

entre las cuales ha habido alguna cuyo capitán le han quitado hasta el reloj, encuentran más cómodo proseguir poco a poco su itinerario y ensayarse en este género de proezas que exponerse a dar de manos a boca con el señor Méndez Núñez, del cual seguramente no esperan un cordial recibimiento.

Entretanto que los chilenos aguardan a sus salvadores que como el Mambrú de la canción no saben cuándo llegarán, si por la Navidad o la Pascua, el jefe de nuestra escuadra se coloca frente al Callao, donde habrá dado ya principio la segunda parte del drama representado en Valparaíso.

Aguardando nuevas del Callao, cuyo ataque es de presumir pondrá término a la cuestión chileno-peruana, y en el corto espacio que nos dejan libres las preocupaciones políticas, siguen entre nosotros agitándose asuntos de diversa índole, aunque encaminados todos a remediar el estado financiero del país. Puestas sobre el tapete las cuestiones de economías, el Estado y los particulares, grandes y pequeños, ricos y pobres, cada cual por su lado procura dar una pronta solución al problema que se encierra en estos dos términos: «gastar menos y ganar más», y como es de presumir, se ha comenzado por lo que parece más fácil, esto es, por cerrar el bolsillo.

Ha dicho, no sabemos quién, y lo repite todo el mundo, que los extremos se tocan, y nunca como ahora viene de molde la observación. Tan mal hemos de vernos gastando más de lo que cada cual tiene, como metiéndonos el último duro en el bolsillo y poniéndole la mano encima. Bueno es que se piense en disminuir los gastos, pero sin que se olvide que la prosperidad estriba en el aumento de los productos. Por eso notamos con gusto que en medio de los generales pujos de economía, que concluirán por hacer de el Gran Tacaño el tipo del hombre modelo, hay quienes piensan todavía en acometer grandes empresas, como la que en la actualidad se agita, destinada a llevar a cabo la colonización de los terrenos yermos de España.

Esta empresa, que si se realiza ha de dar grandes resultados a los que la acometan, cuenta ya con mil familias de pequeños propietarios alemanes, los cuales se trasladarán a nuestro país, trayendo además del producto de la venta de sus bienes, ganado vacuno escogido entre las mejores razas, instrumentos de labranza perfeccionados y modernos y máquinas para establecer nuevas industrias. Lo mismo para la construcción de las habitaciones tales como pequeñas aldeas, granjas y alquerías, que para las plantaciones y el cultivo, se adoptarán los adelantos ensayados ya con admirable resultado en las grandes colonizaciones que actualmente se llevan a cabo en otros países.

Con el anuncio de la próxima realización de este pensamiento que viene preparándose de largo tiempo atrás, los preparativos para una junta extraordinaria en que se han de repartir los premios que la Sociedad abolicionista señala a la mejor poesía alusiva al objeto que sus asociados se proponen, y la celebración de la fiesta del Corpus, que, como de costumbre, ha llevado una multitud de forasteros a los puntos que con más pompa se celebra, concluye la historia de la última semana del mes de mayo, que, a juzgar por lo sucedido, más bien que mes de las flores, deberíamos llamar mes de las lluvias y las fiestas.

HEMOS conseguido un triunfo. Querer dar idea del entusiasmo y el interés que han despertado en el país las últimas noticias, recibidas del Pacífico, sería desear un imposible. Durante los últimos días de la semana las más ardientes cuestiones, los más importantes asuntos políticos se han pospuesto a las infinitas versiones y comentarios con que el deseo y la esperanza adornan los breves partes telegráficos que nos dieron las nuevas.

¿Qué ha sucedido en el Callao? He aquí la pregunta estereotipada en todos los labios en el momento en que escribimos estas líneas, y a la que solo contesta el telégrafo con su desesperante concisión.

Verdad es que la fantasía no se detiene en barras, y lo que no ve lo presume, y lo que no acierta a presumir lo inventa. Merced a este procedimiento, no faltan detalles en algunas publicaciones, y noticiero hay que relata lo acontecido con más pormenores que si hubiese presenciado la acción desde el tope de la Numancia. De estas relaciones prematuras debe desconfiarse siempre. Tomando por base la verdad conocida, cada cual le presta la forma que mejor conviene a sus intereses o sus simpatías. Hasta el momento sólo puede decirse que el jefe de nuestra escuadra comienza a justificar la hermosa frase que pronunció contestando a los agentes diplomáticos de las potencias neutrales: Más quiere España honra sin barcos, que barcos sin honra.

Fácil hubiera sido al señor Méndez Núñez, después del bombardeo de Valparaíso, continuar arrasando las poblaciones de las costas chilenas y peruanas que contaban con pocos medios de defensa; fácil le hubiera sido igualmente posesionarse desde luego de las Chinchas, asegurando la indemnización de guerra al mismo tiempo que proporcionaba a la escuadra un punto de reposo; pero ni el rehuir el peligro es propio de hombres de su temple, ni cuadra al carácter de la cuestión que sostenemos con aquellas repúblicas, atender a los intereses materiales antes que al de la honra.

El Perú había acumulado todos sus medios de defensa en el Callao; allí estaba, por decirlo así, el corazón de la liga, allí los únicos que resguardados por las formidables fortificaciones se atreverían a defenderse: un deber de honor obligaba a nuestros valientes marinos a ir allí en busca de esa honra que España desea, aunque para adquirirla tuviésemos que perder algún barco.

En efecto: nuestros buques han sufrido averías; alguno de ellos, dicen que se ha inutilizado, pero la gloria de la jornada pertenece a los españoles. Cualquiera que sea en definitiva el éxito del ataque, cuyos pormenores oficiales ignoramos, podemos repetir las palabras que a este propósito ha dicho en el Congreso un diputado de la oposición: Vencidos o vencedores, nuestros valientes marinos merecen el aplauso de sus compatriotas. Basta detenerse un momento a considerar la magnitud de la empresa para comprender el mérito de los que la han acometido.

Aprovechándose del intervalo de paz debido al último convenio que se celebró con el Perú, este viene trabajando activamente hace mucho tiempo

en completar las fortificaciones de la más importante de sus plazas marítimas. Ingenieros y material de guerra, trazas de las nuevas defensas y cañones para artillarlas, todo se debe a extranjeros, norteamericanos en su mayoría, más duchos y avezados en este linaje de cosas que nuestros enemigos. El Callao al presentarse enfrente nuestra escuadra ofrecía un aspecto formidable, contándose en las baterías de tierra hasta cien cañones artillados, muchos de ellos del enorme calibre de 450. Méndez Núñez con sólo dos buques blindados apenas fuertes lo bastante para sufrir el empuje de tan monstruosos proyectiles, con algunas otras embarcaciones de madera y no contando sino con bocas de fuego de menor, calibre, ha bombardeado el Callao por espacio de cuatro horas. Por razón del alcance de sus cañones, la escuadra española debió estar situada durante el combate a menos de medio tiro de las baterías peruanas, sufriendo un horroroso fuego, al que contestaron incendiando parte de la población, desmontando un fuerte y causándoles a los enemigos gran número de víctimas, entre las que se hallan el ministro de la Guerra y algunos otros jefes conocidos.

Tan satisfactorios resultados no han podido lograrse sin que nuestros buques sufrieran averías de alguna consideración. Precisamente en el peligro que ofrecía la lucha consiste la gloria que nuestros marinos han alcanzado en la jornada. En los primeros partes se indicó que tres de los buques de madera se habían visto forzados a retirarse del teatro de la acción, después de haber desmontado varios fuertes, haber volado un polvorín y causado grandes destrozos en la ciudad, quedando la Numancia para responder al fuego de dos baterías blindadas, únicas que pudieron resistir al empuje de nuestros cañones.

También se dijo que entre los varios oficiales españoles heridos, lo estaban de gravedad el comandante de la Resolución, y levemente el señor Méndez Núñez. Respecto al segundo, otros partes recibidos a última hora desmienten la noticia y lo presentan disponiéndose a reiterar su ataque contra el Callao, desde donde marchará a posesionarse de las islas Chinchas, en las cuales esperará el resultado de la guerra.

Según lo habíamos previsto, la cuestión de España con Chile y Perú se aproxima al desenlace, y la segunda parte del bombardeo del Callao le servirá de epílogo. Todo conspira a que así suceda. El Huascar y la Independencia, magníficos barcos en los cuales fundaban la postrer esperanza, han sufrido deterioros que imposibilitan su uso, por falta de pericia en su comandantes. Los torpedos, que fabricados en San Francisco de California, habían de servir para destruir cobardemente nuestra marina, han estallado al tiempo de hacer el transbordo, causando innumerables víctimas entre las que se cuenta el comisionado de las repúblicas. Hasta se han enajenado el resto de simpatías que las potencias neutrales pudieran conservar hacia la causa del Perú y de Chile, merced a la conducta usada con los españoles residentes en aquellos países, conducta a todas luces cruel e indigna de una nación que se estima en algo y de la que la humanidad y el propio respeto no nos permiten usar represalias.

Como indicamos al comenzar la revista, los más graves asuntos interiores han palidecido, perdiendo parte de su importancia, ante las noticias que del exterior trae el telégrafo. Aún aguardamos llenos de impaciente ansiedad los detalles del bombardeo del Callao, cuando el

termómetro nos anuncia una nueva y brusca variación en la atmósfera política de Europa. ¡La Conferencia ha hecho fiasco! He aquí el doloroso lamento de la diplomacia contristada que ha venido a sacar a los pueblos del dulce éxtasis ocasionado por las ilusiones de la paz. Vuelta a resonar el parche herido, vuelta a rasgar los aires con el clamor de la trompetería, vuelta a asustarse unos a otros con el espectáculo de formidables aprestos. Nuevos nombramientos de jefes, nuevas marchas y contramarchas de tropas, nuevas combinaciones estratégicas. La palabra alada vuela por los hilos telegráficos y da en algunos instantes la vuelta a Europa diciendo: «La lucha es segura, el conflicto inminente, mañana se declara la guerra.» Pero llega ese mañana precedido de tantos temores y todo continúa lo mismo, y sigue otro no menos acompañado de ansiedades, y las cosas prosiguen en idéntico ser, y dan ganas, por último, de exclamar con Quevedo: ¡Tanto mañana y nunca mañanamos!

No obstante, ahora, como suele decirse, va de veras. El estado en que se encuentran las cosas no permite más dilaciones: la cuerda del arco no puede continuar tendida, es preciso aflojarla o concluir de disparar la saeta. Acaso cuando estas líneas lleguen a manos de nuestros lectores, los cañones del Austria habrán dado la señal del combate, tal vez la revista siguiente no baste a contener la sumaria relación de los altos hechos ocurridos en la semana próxima. En todos los círculos políticos, en todas las publicaciones importantes, se habla ya de la guerra como de cosa segura. Esta conformidad de pareceres nos intimida y nos retrae de expresar libremente una vaga creencia propia, sin fundamento, irrazonable si se quiere, pero que si tuviésemos la energía de Galileo, nos haría exclamar al mismo tiempo que damos cuenta del verdadero estado de la cuestión: é pur si muove, o lo que es lo mismo, a pesar de tantos aprestos, aún no hemos oído el primer cañonazo.

Correspondencias muy autorizadas aseguran que inspeccionando el jefe del vecino imperio los colosales trabajos para la futura Exposición Universal, ha dirigido a los obreros y a las personas agrupadas en torno suyo estas significativas frases: «Trabajad, trabajad con fe, que la Exposición se llevará a efecto pronto, y en medio de la paz de Europa.»

Este es un dato.

Al mismo tiempo que Napoleón pronuncia estas palabras, proyecta un empréstito de 500 millones de francos, y se susurra que en la contingencia de una ruptura con Austria, se pondrá al frente del ejército de la frontera del Rin.

Ahora, con estos antecedentes, ate usted cabos a la política del momento.

Fuera de las noticias que dejamos apuntadas, y que son los ejes sobre que gira la conversación en todos los círculos, la publicación extranjera no ofrece ningún asunto de interés. Aunque saliendo de la política, quisiéramos buscar entre nosotros algunas novedades con qué amenizar nuestro trabajo, tampoco lo encontraríamos hoy.

Si la revista de El Museo ha de ser un espejo fiel de la fisonomía de la semana, cuyos sucesos y preocupaciones culminantes trata de condenar en algunos párrafos, por fuerza ha de reflejar en esta ocasión las dos solas cuestiones que han monopolizado el interés público. La cuestión italiana y nuestros asuntos del Pacífico.

QUISIÉRAMOS poder dar idea a nuestros lectores del afán y el creciente interés con que se reciben y comentan las noticias del Pacífico, pues sólo así lograríamos que se reflejasen en nuestra revista el movimiento y la entusiasta agitación de la semana última.

Cómo se pudo presumir, atendida la procedencia de los primeros detalles que se recibieron en Europa, los sucesos del Callao han sido más brillantes y menos costosos para España que lo que prudentemente debía esperarse de una tan arriesgada y difícil empresa.

La lectura de los partes oficiales ha dado ocasión en ambas Cámaras a escenas de entusiasmo imposibles de describir. Suspendidas por un momento las más empeñadas y ardientes discusiones, depuestas en aras del patriotismo y de un elevado sentimiento de orgullo nacional las diferencias políticas que los separan, los representantes del país se han mostrado unánimes en su deseo de significar la admiración que en todos produce la conducta de nuestra valiente escuadra del Pacífico y del esforzado jefe que la dirige.

Varias son las proposiciones que con este objeto se han presentado en los cuerpos colegisladores, dando lugar a que algunos de nuestros hombres políticos más caracterizados pronunciasen breves y elocuentes discursos que el público que ocupaba las tribunas acogió a su vez con significativas muestras de aplauso.

En las provincias, si hemos de juzgar por los partes telegráficos que continuamente se reciben, también han producido inmensa sensación tan satisfactoria nuevas. Las corporaciones municipales se apresuran a felicitar a los valientes marinos españoles por su comportamiento en el Callao, en algunos puntos la alegría popular se ha manifestado por medio de ruidosas y públicas aclamaciones. Verdaderamente el suceso tiene más importancia de la que a primera vista se le concedió.

El triunfo de España sobre las repúblicas aliadas del Perú y Chile marca el principio de una era de prosperidad y de gloria para nuestro país, que difícilmente podrán desconocer sus más tenaces detractores. Tener buques no es tener marina, suele decirse, no sin falta de razón. Si los ejércitos de tierra no se improvisan, el personal apto para las luchas de los mares mucho menos. El ejemplo de las fragatas Huascar e Independencia, magníficos buques blindados adquiridos por el Perú a fuerza de los mayores sacrificios, y que, sin embargo, les son casi inútiles por falta de gente práctica que los dirijan, viene a confirmar la opinión general sobre este asunto. Rotas por un momento las gloriosas tradiciones de nuestra marina nacional, por el miserable estado a que vino en época no muy lejana, no sólo en las apartadas regiones donde sostenemos la guerra, sino en los países que más exacta noticia podrían tener de nuestras cosas, dudábase aún que fuera una verdad su restablecimiento.

Unos construídos en nuestros arsenales, otros en los de Francia e Inglaterra, poco a poco iba poblándose el mar con buques en cuyos altos mástiles ondeaba la bandera española. De año en año la estadística

arrojaba un sensible aumento en las fuerzas navales del país, que caído al más inconcebible estado de postración, había ocupado no obstante uno de los primeros puestos entre las potencias que se llamaban dueñas del Océano. Pero tener buques no es tener marina, seguían diciendo los que ven con disgusto a España levantarse gradualmente a la altura a que está llamada por sus condiciones, por su posición y su historia. Los esforzados campeones de la honra nacional que a las órdenes del bizarro y entendido jefe señor Méndez Núñez lavan en estos momentos con sangre enemiga el ultraje inferido a su bandera, están dando con su conducta y sus heroicos hechos cumplida respuesta a los que persisten en abrigar semejantes dudas.

El sufrimiento y la constancia, que hacen sobrellevar con alegría y entusiasmo las más duras fatigas de tan rudo y trabajoso ejercicio; la pericia y el saber, que le dan el dominio del temible elemento en que vive; la serenidad y el valor, que prestan ánimo para arriesgarse en las más difíciles empresas. He aquí las grandes cualidades que constituyen un buen marino.

De todas y de cada una de ellas han hecho alarde nuestros hermanos a los ojos del mundo. La Numancia, resolviendo el problema náutico planteado a propósito de la dificultad de conducir una embarcación blindada a tan remotas regiones, y la Blanca y la Villa de Madrid, maniobrando bajo el fuego de los cañones enemigos y con la sola ayuda de la carta marina por entre los peligrosos bajíos y escollos del puerto de Abatao, en Chile, han dado una prueba irrefutable de su práctica y sus grandes conocimientos.

En el rescate de la barca Heredia, hecho por una goleta en medio de un puerto enemigo, a la presencia de sus buques y de sus fuertes; en el combate de Chile, el bombardeo de Valparaíso, y, por último, el ataque del Callao, donde desdeñando todo género de ventajas, han arrostrado nuestros marinos durante un día entero los disparos de más de setenta cañones monstruos, hasta lograr apagar sus fuegos, echar a pique los monitores y destruir gran parte de la ciudad, han ofrecido el más notable ejemplo de valor y arrojo.

Durante cuatro años consecutivos de estar en pie de guerra, cuatro años de sufrimientos y privaciones, en cuyo transcurso han carecido a veces de lo más necesario, teniendo que recurrir al ingenio, a un trabajo ímprobo y una habilidad prodigiosa para reparar todos los desperfectos y averías, propios de tan larga y peligrosa navegación, han hecho por último, evidentes las prendas de carácter que les adornan, la admirable disciplina a que se sujetan y la satisfacción y el entusiasmo con que saben sobrellevar los más rudos trabajos por servir a la patria, que funda en ellos su esperanza y su orgullo.

Esta justicia, que no han podido menos de hacerles los hombres y las publicaciones más notables del extranjero, rectificará debidamente la errónea idea que acerca de nuestra verdadera significación se quiere hacer valer por los enemigos de las glorias de España. Tenemos, pues, buques y tenemos marina, porque nuestras costas dan de sobra gente de mar avezada a sus luchas, y contamos con bravos y entendidos oficiales que los dirijan. Esto es lo que importaba demostrar y esto es lo que hemos demostrado en la primera ocasión en que nuestra escuadra ha podido hacerlo.

He aquí la razón por qué nosotros damos a los sucesos del Callao grande importancia, y encontramos justificadas las muestras de alegría y

de entusiasmo con que el país acoge las nuevas que se relacionan con el mismo asunto. Es, por otra parte, tan raro ver acordes en un punto todos los deseos, los votos y las esperanzas de las diferentes fracciones políticas en que nos encontramos subdivididos presentan tan escasas coyunturas de recordar que por cima de nuestras pequeñas discordias, nuestras luchas de intereses de vanidad o de preocupación, hay un alto sentimiento de patriotismo, que en ocasiones solemnes se sobrepone a todo y todo lo une y lo armoniza para el logro de la idea nacional, que aunque la guerra que sostenemos en aquellas distantes regiones sólo sirviese para fortificar estos lazos comunes de amor a la patria, levantando, siquiera por momentos, el espíritu público y apartándole de mezquinas luchas, podríamos dar por bien y gloriosamente empleados los costosos sacrificios y la generosa y noble sangre que nos cuesta.

¡Sirva de consuelo a los que lloran sensibles pérdidas el tributo de admiración con que sus conciudadanos premian el heroico comportamiento de las víctimas, y la idea de que esa sangre no se ha ofrecido en holocausto ante el mezquino altar de los personales intereses de partido, sino ante el ara santa de la patria que se apresta a recompensar sus hechos y a perpetuar su memoria!

Embebidos durante la semana última en analizar, comentar y discutir las noticias del Callao, la cuestión de la guerra austro-pruso-italiana nos ha preocupado poco. Verdad es que la cuestión no adelanta mucho, y no adelantando, le sucede lo que a las situaciones muy críticas y tirantes en la escena: que en prolongándolas más de lo justo pierden todo su interés, y acaban por aburrir a los espectadores. Y eso que movimientos, marchas y contramarchas diplomáticas y guerreras de importantes personajes no han faltado en estos días. Por el pronto, Austria y Prusia han retirado respectivamente sus embajadores de las cortes de Viena y Berlín; Garibaldi ha salido de Caprera y recorre triunfalmente las ciudades de Italia, reclutando voluntarios mientras que el general Manteuffeld, jefe de las fuerzas prusianas, resuelve por sí y ante sí la peliaguda cuestión origen de tantos conflictos, estableciendo un nuevo Gobierno en los ducados hosteinenses. Pero el suceso que reclama para sí los honores del interés y la atención de Europa en todo este asunto es la lectura de la carta que Napoleón ha dirigido a su ministro de Negocios Extranjeros, y de la cual éste ha dado conocimiento a la Cámara legislativa.

A vueltas de frases ambiguas que nadie ha podido explicarse de una manera satisfactoria, Napoleón declara en ella que uno de sus intereses permanentes, o mejor dicho uno de los compromisos de honor de la Francia, es mantener el edificio cuyos cimientos se amasaron con la sangre de Solferino y Magenta.

El párrafo en que se alude a la cuestión vital en estos significativos términos es el alma de la carta, y constituyen todo lo que pudiéramos llamar el busilis del negocio. Respecto a si quiere o no quiere las fronteras del Rhin, el hábil diplomático de las Tullerías arma un enredo de frases, que, como en otro documento por el estilo no nos proporcione la solución, no hay quien acierte a descifrar la charada.

Resumiendo: en una de las semanas anteriores dejamos apuntando los cañones de las partes contendientes. Durante esta última se han encendido las mechas. ¿Dispararán en la próxima? Mucho lo dudamos todavía.

Entre tanto la clausura de los teatros y los continuos fiascos que los artistas y el temporal, puestos en combinación para echar a pique la empresa de los Campos Elíseos, proporcionan al público, nos impiden entretener a nuestros lectores con noticias más agradables y ligeras.

AUNQUE preocupados por los acontecimientos que han tenido lugar a nuestra vista, poco a poco, y a medida que la calma y la confianza se restablecen, vuelve a fijarse la atención en el teatro de la guerra, donde, una vez rotas las hostilidades, los sucesos se precipitan y desenvuelven con la rapidez propia de una lucha para la que vienen preparándose de largo tiempo atrás las naciones contendientes.

Las primeras noticias recibidas de Alemania hicieron creer que la guerra tomaría grandes proporciones en la frontera de Prusia antes de comenzar en Italia. Los partes telegráficos dando cuenta detallada de los movimientos estratégicos llevados a cabo por las fuerzas de uno y otro país en combinación con los contingentes federales, presentaron como inminente el encuentro de dos grandes cuerpos de ejército a la vista de Francfort. Parecía natural que el de Víctor Manuel, acampado a la orilla del Mincio, aguardase el resultado de una acción decisiva para tomar la actitud más conveniente: ofensiva o defensiva, según lo requiriesen las circunstancias. Algunos movimientos imprevistos de las fuerzas prusianas, que después de amagar a Francfort cambiaron aparentemente de plan, hicieron perder la pista a los observadores, mientras el telégrafo, comunicando noticias sueltas de marchas y contramarchas parciales, de amagos de ataque y defensa, de escaramuzas sin importancia o de encuentros dudosos, vino a completar la confusión y la vaguedad en que se presentaban envueltas las operaciones militares desde el primer encuentro.

En esta situación las cosas, la atención volvió a fijarse en el cuadrilátero de donde se había apartado en la expectativa de los acontecimientos que se preparaban hacia el Norte. El ejército italiano había pasado el Mincio. Apenas se comunicó esta nueva al resto de Europa, el interés creció de punto. La posición de los italianos con Mantua y Verona al frente y el Mincio a la espalda les ofrecía una desventaja notable. Sin duda alguna en este movimiento podía observarse la falta de prudencia propia de la exaltación y el entusiasmo de soldados que ansiaban medir sus armas con el enemigo. Los austriacos, que tal vez contaban con aquella imprudencia, sacaron ventaja de su posición, y protegidos por las fortalezas de Peschiera, Mantua y Verona rechazaron la acometida, obligando a Víctor Manuel a repasar el Mincio.

La situación de las cosas ha vuelto, pues, a su último estado; pero en Italia ha producido muy mal efecto el desgraciado éxito de esta primera tentativa.

Acerca de la verdaderas proporciones de la derrota de los italianos, se ha hablado en muy diferente sentido. Un parte telegráfico, mal interpretado, hacía subir a 25.000 el número de los prisioneros hechos por las fuerzas austriacas en la batalla de Verona. Tan considerable número de

prisioneros sólo podía comprenderse suponiendo que la batalla había sido un verdadero desastre para el cuerpo de ejército mandado por Víctor Manuel. Casi se conceptuaba imposible que éste hubiera podido repasar el Mincio si la derrota alcanzaba tan espantosas proporciones.

A medida que se van obteniendo más pormenores se restablece la verdad de los hechos, y hoy puede asegurarse que, aunque en este primer encuentro el irreflexivo ardor de los italianos ha recibido una lección que no deben desaprovechar para lo sucesivo, las consecuencias materiales de su pérdida son mucho menos importantes de lo que se creía.

La batalla, según los despachos últimamente recibidos, se empeñó a la vista de Brescia y Verona, llevando en el principio los italianos la mejor parte. Al mismo tiempo que numerosas fuerzas de la caballería de Víctor Manuel arrollaban la vanguardia austriaca en la llanura, los cañones italianos batían en brecha a Peschiera, intentando un asalto. En este estado se mantuvo la acción un día: al siguiente los austriacos, desplegando una formidable línea de batalla que se apoyaba por los extremos en sus amenazadoras fortificaciones, emprendieron un movimiento de ataque lento, pero irresistible, ante el cual sus enemigos se vieron en la precisión de retroceder, aunque ordenadamente.

En este momento fue cuando los jefes italianos debieron comprender la imprudencia de dejar el Mincio a sus espaldas. Estrechados entre la línea contraria y la orilla del río, lo que debió limitarse a una retirada estratégica se convirtió a última hora en derrota, pronunciándose ésta en una de los cuerpos que los otros no pudieron proteger, desenvolviéndose en terreno conveniente. La serenidad y el arrojo de los jefes impidió que las pérdidas fuesen mayores, contribuyendo a que el grueso de las fuerzas repasasen en orden el río. No obstante, los austriacos, aunque tuvieron que sufrir muchas pérdidas lograron hacer 2.500 prisioneros, apoderándose de algunos cañones, y causar muchas bajas en el ejército italiano, que cuenta entre sus heridos al príncipe Amadeo y a varios oficiales generales.

Antes que la noticia de este contratiempo haya labrado en el ánimo de los que se interesan por la causa de Italia, se cree que las fuerzas navales del mismo país habrán compensado la derrota de Verona con el bombardeo de Trieste a cuyo efecto ha salido en la misma dirección una armada poderosa.

En cuanto a los austriacos, fuertes en sus atrincheramientos del cuadrilátero, no parecen dispuestos a abandonar sus ventajosas posiciones para ofrecer la revancha a sus contrarios de otro lado del Mincio, y escogiendo nuevo teatro para la guerra concentran fuerzas sobre Milán, que según creemos, está llamada a ofrecer uno de los más notables y sangrientos episodios de la lucha.

A juzgar por lo que encontramos en los periódicos extranjeros, el aspecto de los negocios de la guerra preocupa hondamente a casi todos los países, particularmente a la Francia, cuyo jefe no sabemos si sentirá o se alegrará de que los sucesos le presenten coyuntura favorable para terciar en la cuestión.

Mientras por Europa se complican los asuntos políticos y el horizonte se carga de vapores caliginosos las correspondencias recibidas de América presentan nuestros negocios en aquel continente bajo un punto de vista

favorable.

Las últimas proezas de nuestros valientes marinos en el Callao parece que han causado gran impresión en las repúblicas hostiles a España, aumentando el prestigio de nuestra bandera y levantándola a la altura que le corresponde. En los Estados Unidos pierden terreno los agentes del Perú y de Chile que trataron de formar atmósfera contra España.

Las repúblicas que han permanecido hasta ahora neutrales, y aun algunas de las comprometidas a favor de nuestros enemigos se niegan a cooperar a la guerra.

La falta de apoyo material en estos países, falta que no compensan sus estériles protestas de simpatía, unidas al grave estado económico en que se encuentran, van apagando gradualmente el entusiasmo de peruanos y chilenos, hasta el punto que no sería imposible diesen algunos pasos en favor de la paz antes que una nueva excursión de nuestras fuerzas marítimas acabase de arruinar su comercio, asolando por completo sus costas.

Menos lisonjeras que éstas son las nuevas que tenemos acerca del terrible azote que el año último castigó algunas de nuestras poblaciones, y que se temió volviese a caer sobre nosotros al llegar el verano. El delegado español en las conferencias sanitarias de Constantinopla ha participado al Gobierno que el cólera comienza a hacer estragos en todo el Egipto, y muy particularmente en Alejandría, desde donde en las anteriores invasiones ha partido para recorrer el litoral del Mediterráneo. Prevenido a tiempo el Gobierno, se han adoptado las medidas convenientes para libertar nuestras costas de su contagio, declarando sucias las patentes de aquella procedencia, a pesar de que las autoridades egipcias, atendiendo antes al provecho de sus intereses materiales que al bien de la humanidad, siguen expidiéndolas limpias a los buques surtos en las aguas del más importante de sus puertos. Afirmada en las conferencias sanitarias la opinión de que el único medio de preservar los pueblos de la maléfica influencia de esta enfermedad terrible es redoblar la vigilancia de las costas y adoptar las más eficaces prevenciones, esperamos confiadamente en que, amaestrados por la experiencia, y protegidos por las leyes especiales sobre la materia, que deberán aplicarse con el mayor rigorismo, lograremos libertar a nuestro país de la calamidad que nuevamente amenaza a Europa. En la confianza de que sucederá así y que poco a poco lograremos vencer todas las dificultades, así interiores como exteriores con que en este momento lucha España, no creemos aventurado predecir que el verano que con tan mal pie entra, concluirá ofreciéndonos la realidad de un estado de cosas más próspero y risueño que el presente.

Con la confianza que renace, con la calma que se restablece y la inquietud de los ánimos que gradualmente se disipa, volverán sin duda alguna a ofrecer atractivo las cuestiones que se rozan con las letras, las artes y la industria, momentáneamente relegadas al olvido ante el doloroso interés que despiertan tristes y deplorables acontecimientos.

SEGÚN las noticias que se reciben de América, chilenos y peruanos tratan de disimular su derrota, encubriéndola con las apariencias del triunfo. A este fin, en Valparaíso se ha abierto una suscripción para regalar una espada de honor al dictador Prado, y en el Callao se disponen fiestas públicas y banquetes nacionales en celebración de la victoria. El expediente, aunque original, no surte todo el efecto apetecido. Acaso entre el vulgo las alharacas de los gobernantes logren ofuscar la opinión, cubriendo de flores la profunda sima en que yacen sepultados el crédito y la prosperidad de ambas repúblicas. Entre las gentes sensatas, contando en este número muchos de los que al principio se mostraron decididos partidarios de la guerra, comienza a operarse una gran reacción, que no por ser más silenciosa será menos fuerte. Es tal el desorden que reina en aquellos países, tal la paralización de la industria, ya de por sí escasa, las pérdidas del comercio, y el abatimiento de los ánimos, que no sería de extrañar que al volver nuestros buques a comenzar la segunda parte de la guerra, un movimiento insurreccional preparado por la clases conservadoras e ilustradas, derrocara el actual orden de cosas, creando un Gobierno favorable al arreglo de la paz con honrosas condiciones. Si se confirman los rumores que han circulado en estos últimos días, acerca del abandono o la pérdida de sus dos famosos buques el Huascar y la Independencia, el Partido de los que creen más razonable transigir que sostener una lucha imposible, saldrá poco a poco del retraimiento a que le condena la presión de las turbas fascinadas con el simulacro de triunfo que representan sus gobernantes.

Algunos periódicos extranjeros, coincidiendo con las noticias de varias correspondencias particulares, aseguraron no ha mucho que al llegar al Estrecho cuya difícil navegación ofrecía serios obstáculos a los jefes, del Huascar y la Independencia, desalentadas las tripulaciones con las nuevas del bombardeo del Callao, se negaron a pasar adelante, sublevándose por último y abandonando los buques en aquellas peligrosas costas, sin dotación suficiente para proseguir su rumbo. Más tarde, refiriéndose a noticias llegadas a la Habana por el vapor Liberti y comunicadas a la Península en el paquete-correo, se ha vuelto a dar por segura la pérdida de estos buques, última esperanza de nuestros enemigos, aunque explicándola de diverso modo. Según la versión más reciente, las cuatro fragatas españolas que al dividirse nuestra escuadra se dirigían a Valparaíso al mando de Topete, encontraron al Huascar y la Independencia a la entrada del Estrecho.

Después de un combate sangriento y en el cual nuestros valientes marinos habían experimentado algunas bajas y perdido la Almansa, el bravo comandante de las fuerzas españolas se apoderó de los dos temibles monitores peruanos, enarbolando en ellos el pabellón rojo y amarillo.

Esta es en resumen la historia de los sucesos tal como los presentan las noticias objeto hoy de comentarios en diferentes periódicos. La experiencia nos ha enseñado a ser cautos respecto a noticias cuya adulteración depende a veces de un espíritu de optimismo exagerado o de una hostilidad sistemática. No obstante, sin dar entero crédito a las que dejamos consignadas, debemos decir que el suceso no es tan extraño que no estuviese previsto por algunos. Conocido el rumbo de las fuerzas españolas y peruanas, parecía inevitable un encuentro, y en el caso de tener este

lugar, es casi seguro que el animoso comandante Topete, que tanto se ha distinguido en la expedición de Chile y el bombardeo del Callao, habrá trabado un combate, que si ha obtenido el éxito que afirman, corona dignamente la obra de nuestros valientes marinos en aquellos países.

Extraña a algunos la vaguedad y las apariencias de contradicción que se encuentran en las noticias referentes a los sucesos que dejamos relatados, pues mientras unas presentan los buques enemigos abandonados de la mayor parte de su tripulación y tal vez encallados en alguno de los peligrosos bajíos del Estrecho, otros nos los pintan combatiendo vigorosamente, contra las cuatro fragatas españolas y no rindiéndose sino después de una sangrienta lucha. Por lo que a nosotros toca no nos admiran estas confusiones y falta de precisión en los despachos telegráficos y aun en las comunicaciones más serias, y a los que les pasan, el ejemplo de lo que sucede con la guerra que tenemos, puede decirse que a la puerta de casa podría curarles de espanto.

Las proporciones de la lucha entre Austria, Italia y Prusia, lucha en la cual se presume han de mezclarse otras naciones poderosas, ha despertado tan vivo interés en Europa, que particularmente en París es el objeto de todos los cálculos y las discusiones; de los círculos político. La industria, que en aquella capital vive al acecho de las ocasiones y explota de una manera prodigiosa todos los acontecimientos, ha puesto de moda unos nuevos mapas del teatro de la guerra, ingeniosamente dispuestos para poder seguir y comprender el curso de las operaciones militares: alfileres con cabezas de diverso color sirven para marcar la situación que respectivamente ocupan los ejércitos, hay al margen casillas para señalar el número de muertos, heridos y prisioneros en las batallas; cuadros de los recursos con que cada país cuenta; reúnen por fin estos mapas todas las condiciones precisas para ayudar a la inteligencia y claridad de los hechos. No obstante así como el emperador Carlos V no logró nunca que los relojes que se entretenía en armar en su retiro de Yuste dieran la hora a un tiempo, aún no se ha logrado que el mapa de los partidarios de Austria marque los mismos movimientos y sus alfileres señalen los mismos puntos que el de los entusiastas de Italia. Si se suman los muertos, discusión; si se comparan los heridos, polémica; si se trata de precisar las pérdidas o ventajas de ambas partes, no hay modo de entenderse. Y todos llevan razón. No hay más diferencia sino que unos creen artículo de fe los despachos de Viena, y los otros se atienen a las noticias de Florencia y Berlín. Merced a este sistema de ocultaciones o de exageración, del que puede hacerse un cargo a los dos países, y a haberse mezclado en el asunto a más del interés político el de los especuladores, hemos estado completamente a oscuras al comenzar las hostilidades en Alemania respecto al verdadero estado de la guerra.

Poco a poco, y restando de unas y otras noticias en diverso sentido para encontrar la verdad, se comenzó a comprender que lo que Austria había adelantado en el cuadrilátero lo iba perdiendo con mucho en la Silesia. En vano se aferraban aún sus más decididos admiradores, haciendo la relación de las pérdidas de los prusianos, y cuestionando sobre si el desenlace de esta o aquella acción fue retirada o derrota. La prueba más evidente de que perdía terreno era que iba desalojando sus posesiones, y que a pesar de los esfuerzos de Benedek para impedirlo, los ejércitos del Elba y de

Silesia lograron reunirse. Cuán importante era la realización de este movimiento estratégico para la causa de Prusia lo daba a entender la tenacidad con que los austriacos se oponían, y lo ha demostrado por último más a las claras las consecuencias de la concentración de estas fuerzas poderosas. La batalla de Koeniggraetz, última de que nos ha dado cuenta el telégrafo, ha sido en efecto la más terrible de cuantas han ocurrido hasta ahora, y su resultado completamente adverso para el Austria. Si hemos de dar crédito a las comunicaciones de París, Benedek no oculta la importancia del desastre que ha costado a su ejército pérdidas inmensas.

Mientras la guerra se presenta bajo una faz imprevista al Norte, el ejército italiano, después de repasar el Mincio, aguarda a la defensiva que el Gabinete de Florencia adopte un nuevo plan de campaña, y Garibaldi, en combinación con Cialdini, avanza por el Tirol para dejarse caer cuando menos se le espere sobre algún punto importante después de levantar las poblaciones en favor de su causa.

Tal es a grandes rasgos el cuadro de la situación actual de la guerra, cuyo resultado no puede aún preverse, por más que la balanza parezca inclinarse del lado de la Prusia.

Fuera de las noticias que se relacionan con este asunto, poco o nada podemos decir hoy a nuestros lectores, por más que en lontananza se dibujen algunos sucesos pertenecientes a otro orden de cosas más agradables sino de tan grande interés. El tiempo, que, como suele decirse, es buen pagador, comienza a proporcionarnos la parte de calor que corresponde al verano presente, en la idea sin duda de prolongar los rigores hasta diciembre, ya que para dar principio ha aguardado a julio. Las personas más conocidas de la sociedad han salido a provincias o se disponen a salir muy en breve. Los teatros se han cerrado y los Campos Elíseos no se abren. La perspectiva que ofrece Madrid a los que se deciden a soportar en él la temporada de calor que nos aguarda, preciso es confesar que no es de las más seductoras.

Después de terminada nuestra revista, nos ha sorprendido el telégrafo con una noticia, en extremo importante. Las sucesivas derrotas experimentadas por el ejército al mando del general Benedek han determinado al emperador de Austria a ceder el Veneto a Napoleón, conviniendo con las ideas emitidas por este soberano en la carta que el ministro de Negocios Extranjeros dio a conocer en la Cámara legislativa francesa.

El emperador Napoleón se ha dirigido a los reyes de Prusia e Italia con objeto de acordar un armisticio. Del armisticio saldrá regularmente un Congreso, y la idea que tanto tiempo hace acaricia el César francés se verá realizada al cabo.

El inesperado desenlace de esta cuestión, trae a nuestra memoria las palabras que Napoleón dirigió no ha mucho a los trabajadores del Campo de Marte, animándoles a proseguir en sus trabajos preparatorios de la Exposición Universal. -Trabajad, trabajad con fe, dijo; que la Exposición ha de celebrarse a su debido tiempo y en medio de la paz de Europa.

La profecía lleva camino de cumplirse.

Revistas Contemporáneas

Última serie

Febrero goza fama de loco, y en verdad que es la suya fama merecida; pues difícilmente se encontrará otro mes más sujeto a contrastes y variaciones. Por no parecerse a ninguno de sus compañeros de Calendario, sólo consta de veintiocho días; y hasta esos veintiocho días, para ser mudable en todo, se transforman en veintinueve los años bisiestos. Durante su breve reinado, el termómetro no descansa un minuto; el cuadrante hace los giros más increíbles, y el cielo se asemeja al foro de un teatro en la representación de una comedia de magia, que todo se vuelve poner y quitar decoraciones. En este mes, tan lógicamente se puede uno morir de un tabardillo, como de una pulmonía; con el mismo derecho puede uno quejarse de la alteración del sistema nervioso, producido por la sequedad de la temperatura, que de la vuelta de los dolores reumáticos, hijos de las nieblas y las humedades. Al templado soplo de las brisas, que anuncian la primavera, abre el almendro sus blancas y tempranas flores, y el cierzo de Guadarrama impele la nieve que azota el vidrio de los balcones; a una mañana nebulosa sigue un día radiante; a un crepúsculo de la tarde, suave y largo como los de estío, una noche tan cruda como la más rigurosa de Navidad.

Y no paran aquí las variaciones y las excentricidades que le han granjeado a febrero general reputación de loco. Al lado de estos contrastes que sólo afectan, por decirlo así, la epidermis del individuo, hace gala de otros no menos bruscos, y seguramente más trascendentales y dignos de ser tomados en cuenta. Febrero tiene el raro privilegio de reunir, en su corto número de días, los más alegres y los más tristes de los doce meses. Dentro de una de sus semanas se dan la mano el beodo Carnaval y la escuálida Cuaresma. El que quiera dar en este mes a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, se ve en la precisión de embriagarse y ayunar, de bailar unas habaneras y oír un sermón, de comprarse una careta y unas disciplinas. Tan extraña amalgama de contricciones y locuras han hecho la tradición y las costumbres en este período del año. En vano el primer miércoles de la Cuaresma sale severo y grave a la mitad del camino de las alegres comparsas, y trata de ocultar debajo de sus cenizas el fuego del Carnaval; el domingo de Piñata sopla al fin en ellas, y aunque fugaz, vuelve a lucir por un instante la llama de la orgía que, semejante a la luz de la lámpara, brilla más intensamente en el punto en que va a morir. He oído a un hombre de mucho talento hacer una observación respecto a las mujeres, que viene como de molde en la presente ocasión. Según él, siempre que éstas escriben, lo más importante de sus cartas lo dicen en la postdata y como por incidencia. Al Carnaval le pasa lo mismo. Cuando semejante al Don Basilio de El Barbero, torna a aparecer en escena para repetir su buona sera, despidiéndose por la centésima vez, resucita más animado, más ruidoso que nunca. El domingo de Piñata se llama la postdata del Carnaval, y en su cualidad de postdata, como en las epístolas femeninas, ha sido breve, pero interesante. Al exterior poco o nada se ha manifestado: el respeto a la Cuaresma por una parte, y la mala coyuntura del tiempo por otra, han impedido que las máscaras se lanzasen

al Prado en comparsas, pero reconcentrándose el entusiasmo y la animación en los salones, desde los del Real a los de Capellanes. Todos han ofrecido larga cosecha de bromas y aventuras a los apasionados de este género de fiestas, que afirman no haber, asistido hace muchos años a otras tan brillantes, concurridas y alegres, como las del domingo.

Apagado el último y fugitivo esplendor de las pasadas diversiones, la Cuaresma ha entrado de lleno en la posesión de sus derechos, y el ánimo de las gentes se ha vuelto a fijar en cosas más graves. Imitando nosotros esta conducta, pasaremos a ocuparnos asimismo de asuntos más serios. Respecto a política, seguimos en la misma situación que estábamos.

De Chile no se ha recibido noticia alguna importante, pues aunque vuelve a hablarse de otro combate entre La Resolución y dos buques chilenos, la noticia ha llegado por conducto extra-oficial, y ya -permítasenos la palabrilla, aunque vulgar- estamos tan escamados respecto a las soñadas victorias, que aun después de verlas anunciadas en la Gaceta, hemos de esperar un poco para darles entero crédito.

Por el telégrafo sabemos que el Gabinete portugués ha significado al general Prim su deseo de que abandone aquel reino. Esta determinación, que el ministerio funda en la última proclama del general español, ha sido objeto de ardientes debates en la Cámara, donde las oposiciones liberales piensan dar una gran batalla política a los hombres que ocupan el Poder.

En París vuelve a hablarse de un viaje de la emperatriz Eugenia a la capital del mundo católico con motivo de las próximas solemnidades religiosas de Semana Santa. Como es natural, a este viaje se da una gran significación política, y aunque ya en otras ocasiones se ha hablado sin fundamento de proyectos semejantes, ahora se cree que la presencia de la emperatriz en Roma, coincidiendo con la retirada de las tropas francesas, tiene el objeto de dar al solio pontificio el apoyo moral suficiente a contrabalancear el material que va a faltarle. Ello es lo cierto, que al cumplirse el término de la estipulación de 15 de septiembre, los asuntos políticos de Italia presentan una faz muy distinta de la que en el nuevo reino esperaba encontrar el partido de acción. El contingente para el ejército pontificio se ha cubierto en Francia, el príncipe imperial contribuye con sus intereses particulares a costear el armamento de guerra de estos nuevos cuerpos de ejército, el emperador Napoleón se pronuncia decididamente en las Cámaras a favor de la conservación del poder temporal del Papa, y la emperatriz se dispone a ir en persona a prosternarse ante el solio pontificio. No era esta, seguramente, la perspectiva que soñaron para cuando expirase el plazo convenido entre el Gabinete de las Tullerías y el de Turín, los que sólo veían en Florencia la última etapa para penetrar en Roma.

El malhumor que este estado de cosas, poco halagüeño para sus intereses, produce en la corte de Víctor Manuel, ha venido a recaer en nosotros como de rechazo, y la nota de Lamármora dirigida al Gabinete español es una prueba.

Entretanto que estos asuntos entretienen la curiosidad y despiertan el interés de los hombres políticos, reanudando la serie de preocupaciones

serias, un momento interrumpidas por el estrépito y la alegre vocería de la multitud que ha tomado parte en las últimas fiestas del Carnaval, los círculos científicos y literarios, así dentro como fuera de nuestro país, vuelven a su actividad acostumbrada. De Constantinopla dicen que han comenzado a celebrarse las sesiones de las conferencias sanitarias, prevaleciendo en ellas y en gran mayoría la opinión de que la terrible enfermedad, objeto de sus estudios y debates, es indudablemente contagiosa. La ciencia, pues, si esta opinión se confirma, tendrá que dar un paso atrás resucitando en lo posible el antiguo sistema de cuarentenas y aislamiento de los puntos invadidos. Como quiera que al aparecer la primavera no sería extraño que con ella apareciese otra vez el cólera en algunas localidades de nuestro país, creemos que sería muy conveniente que el gobierno y las corporaciones tuviesen un criterio a que ajustarse conforme con lo que de estas conferencias resulte. Los trabajos para la Exposición de los objetos traídos del Pacífico por la Comisión científica que acompañó a la escuadra española se prosiguen activamente, y a juzgar por las noticias que tenemos, será digna de la ilustrada e inteligente persona a quien se ha confiado la dirección de tan importante asunto.

Las Academias literarias y científicas, cumpliendo con el objeto para que fueron fundadas, dan asimismo señales de animación y vida. La de la Lengua ha premiado últimamente con el accésit, en sesión extraordinaria, las dos novelas españolas que, entre las varias presentadas al concurso, se han juzgado dignas de esta honorífica distinción. Falta hace que, bien por medio del estímulo, bien por medio de discusiones didácticas sobre tan interesante asunto, las corporaciones literarias, apoyándose en la crítica, procuren señalar el verdadero camino de la novela nacional, que dadas las brillantes condiciones de imaginación que especialmente distinguen a los ingenios españoles, puede prometerse un brillante porvenir. La Academia de Ciencias Políticas y Morales, cuya presidencia estuvo encomendada al eminente repúblico y erudito literato D. Pedro José Pidal, ha nombrado para sustituirle en este importante puesto a D. Lorenzo Arrazola. La fama de que goza el más notable de los comentaristas de nuestras leyes en el mundo de la política y de las letras, justifica cumplidamente esta acertada elección, que con dificultad podía haber recaído en persona de más respetabilidad y méritos. Los teatros, saliendo del quietismo que en alguno de ellos se venía observando hace algunas semanas, han ofrecido en ésta diferentes novedades. En el Real ha habido de todo, pues mientras el público inteligente y de buen gusto no ha podido menos de aplaudir los conciertos sacros, y especialmente a la señora Rey-Balla y a los concertistas que le han acompañado en la interpretación del Ave María de Gounod, la misma distinguida cantante, el Sr. Abruñedo y el cuadro de artistas que ha resucitado el Hernani, para desesperación de los abonados al regio coliseo, han encontrado, en la indiferencia o en las muestras de disgusto del público, el castigo de su temeridad al acometer la obra de Verdi con tan evidente falta de fuerzas en unos, y de ensayos y de unidad en otros.

En el teatro del Príncipe, y en tanto que se continúan los ensayos de la última producción de Ventura de la Vega, la cual ya deberá haberse representado cuando El Museo llegue a manos de sus habituales lectores, se ha puesto a beneficio de la señorita Valverde la comedia titulada Un

hombre público. Esta comedia, escrita con gracia y ligereza, pero cuyo asunto, por demás trivial, carece de interés y de importancia, ha tenido una regular acogida por parte del numeroso público, que pagaba con su presencia un tributo de simpatías a la beneficiada. Más lisonjero éxito ha obtenido en el teatro del Circo la pieza nueva titulada La tapa del cuello, que con la loa lírico-burlesca Caltañazor y Arderius, o de Dios nos venga el remedio, puesta en escena en el teatro de la Zarzuela, tiene el privilegio de llamar la atención de los aficionados al género entretenido y agradable, que a falta de grandes y trascendentales producciones, no dudamos en calificar de el mejor y más adecuado al fin que se propone el teatro moderno, que es enseñar y distraer. Cuando de las obras no resulta una gran enseñanza, lo cual no es del todo fácil, justo es que al menos resulte una razonable distracción.

Últimamente, el mismo teatro del Circo, que ya al principio de la semana ofreció una novedad a sus habituales favorecedores, ha puesto en escena, a beneficio de la simpática actriz doña Adela Álvarez, una obra que ha conseguido llamar la atención del público, y que por el ligero juicio que hemos podido formar de ella en una primera representación, merece los elogios que la Prensa le tributa. Dulces cadenas, que tal es el título de la nueva comedia con que se ha revelado autor dramático de mérito un joven escritor, hasta hoy casi desconocido, tiene, desde luego, para nosotros una gran recomendación, que consiste en no haber venido al teatro precedida de esa atronadora sinfonía de aplausos de gacetilla, con la cual suelen anunciarse otras producciones, que al fin concluyen con un fiasco.

En el ensayo dramático del Sr. San Juan, si ensayo puede llamarse una obra que reúne las condiciones de la suya, no campea tanto la novedad y la importancia del pensamiento como el tino poco común con que lo ha desarrollado y la armonía que se advierte entre las diversas partes que lo componen.

El público con sus aplausos, y la Prensa con sus unánimes elogios, han recompensado dignamente al modesto joven que con tan legítimos títulos viene a pedir un puesto entre nuestros escritores dramáticos. Nosotros unimos nuestro más sincero parabién a los muchos que de todas partes recibe; pero entre el concierto de merecidas alabanzas que en este momento halaga sus oídos, permítanos el señor San Juan que, a la manera que los egipcios presentaban un ataúd en medio de sus festines y los romanos ponían un esclavo en el carro de la victoria para decirles a cada instante al triunfador acuérdate que eres hombre, nosotros, a nuestra vez, le recordamos que la carrera de escritor dramático es tan brillante como difícil; que de la escena, quizá con más razón que de la mujer, pudo decir Shakespeare: pérfida como la onda, y que en este país donde tantos empiezan por el fin, la verdadera inteligencia no debe fiar mucho ni dormirse sobre los laureles de un primer escrito.

En los estrechos límites de una revista que ha de tratar diversos asuntos, no cabe el juicio crítico de una obra de tanta importancia como la que últimamente se ha puesto en escena en el teatro del Príncipe, y que con justicia ocupa en primer término la atención del público. Dejando a otros intacto el campo de la crítica literaria e histórica, por nuestra parte nos limitaremos a decir algunas palabras acerca de la primera

representación de la obra del malogrado Ventura de la Vega, la cual, a pesar de las condiciones que hacen sumamente difícil su desempeño, ha sido una verdadera solemnidad dramática y un magnífico y merecido triunfo para su autor.

Mucho se ha discutido y se discute aún la conveniencia de representar una tragedia que, como la de que nos estamos ocupando, exige un cuadro de actores numeroso y escogido para que la interpreten, y un público inteligente y de un gusto muy depurado, para que sienta sus bellezas especiales. Los que opinan porque La muerte de César no debió ponerse en escena, dicen que la cuestión estaba prejuzgada por el mismo autor de la obra en el hecho de haberla impreso antes de llevarla al teatro, donde, según sus palabras, no esperaba verla nunca; su tragedia creyó, pues, Ventura de la Vega, que más era para leída que para vista representar. No obstante, la piedra de toque para aquilatar el valor de los trabajos dramáticos, es la escena. Hasta que la obra teatral no se anima y toma cuerpo, hasta que sus personajes no comienzan a moverse y a respirar, desenvolviéndose la acción en una forma más real y tangible a los ojos de los espectadores, no es fácil juzgar de sus condiciones escénicas ni de su verdadero mérito. Por nuestra parte no se nos ocultaba que la inspiración, demasiado casera, de la mayor parte de nuestros poetas modernos, tiene más familiarizado al público con las intrigas de tocador y las mezquinas pasiones de frac negro y corbata blanca, que con los imponentes vestíbulos del Foro de Roma, y los enérgicos caracteres de los hombres de aquellos siglos; ni tampoco dejábamos de comprender que aunque hay actores de gran talento en el teatro del Príncipe, faltaría unidad en el cuadro, bastante numeroso, de los personajes de la obra; pero a pesar de todo, deseábamos verla en escena, y el éxito que ha obtenido nos ha confirmado en la idea que teníamos acerca de la conveniencia de su representación. El éxito de La muerte de César, de una obra hija tanto de la inspiración como del estudio, que ha debido ajustarse a rigurosos preceptos literarios, en la que ha sido preciso marchar por la senda que traza la historia, cuyo general conocimiento impide hoy ciertas desviaciones, no podía ser nunca uno de esos éxitos de interés palpitante, de emociones más vivas que profundas, éxitos de curiosidad o de sensación propios de la moderna escuela dramática. Más reposada, más severa, más fría, si se quiere, la tragedia de Ventura de la Vega, fruto de un trabajo concienzudo, retrato fiel de una época histórica, vestida con galas poéticas tan graves, tan sencillas como la toga y el manto de sus personajes, habla a un mismo tiempo a la inteligencia que al sentimiento, y de la dulce armonía que forman al combinarse las dos cuerdas que vibran a la vez en el corazón y en la cabeza de los espectadores, resulta ese placer profundo, tranquilo e indefinible que producen las verdaderas obras de arte en los que alcanzan a comprenderlas y están organizados para poder sentirlos. El escogido público que en la noche del estreno llenaba las localidades del teatro del Príncipe, reunía, casi en su totalidad, estas condiciones. El triunfo del poeta cuya pérdida llora aún, y llorará largo tiempo la musa castellana, fue, pues, tan satisfactorio y tan legítimo como era de esperar. Ya desde mucho antes que comenzara la representación de la obra, el animado aspecto de la sala, y la multitud de personas conocidas en el mundo de las letras, la política y las artes, que habían acudido a esta solemnidad literaria,

nos dieron la medida del entusiasmo y la general aceptación con que sería acogido el homenaje que la empresa del Príncipe trataba de ofrecer a la memoria de Ventura de la Vega. Durante el curso de la representación, el profundo silencio con que escuchaba el público los altos conceptos en que abunda la obra, sólo se interrumpía de cuando en cuando para dar lugar a espontáneas manifestaciones de aprobación y aplausos unánimes. Al terminar el último acto el busto de Ventura de la Vega fue coronado en la escena entre las entusiastas aclamaciones del público, que arrojaban coronas, versos y flores, y Romea, con la voz entrecortada por la emoción, pero con esa entonación y ese sentimiento admirables con que sólo él sabe hacerlo, leyó la siguiente poesía de D. Ricardo de la Vega, uno de los hijos del ilustre autor de la obra que acababa de representarse:

«Hoy, que del romano sol
de nuevo la lumbre brilla,
se empaña el sol de Castilla
llorando al vate español.
César no ha muerto: al crisol
del que padre suyo fue,
vive, alienta, se le ve;
y para verlo en tal día,
¡al padre del alma mía
no hay quien la vida le dé!

Crezca en entusiasta ruido
que en esta noche sublime
placer y dolor imprime
a mi corazón herido.
Rásguese el velo tupido
que oculta misterio santo,
y a ti, en armonioso canto,
llegue, ¡oh padre sin igual!,
el aplauso universal,
y de tus hijos el llanto.

Público, vates y actores
que, para honrar la memoria
de quien os lega su gloria
tejéis coronas de flores:
¿cómo tan tiernos favores
puede un hijo agradecer?
¡Si es la gratitud deber
y esperáis el galardón,
ahí os va mi corazón;
no tengo más que ofrecer!»

Algunos días después de la representación de La muerte de César, hemos asistido a otra solemnidad más grave y también conmemorativa de un ilustre poeta, cuyo nombre constituye por sí solo una verdadera gloria nacional. La Academia Española acordó celebrar solemnes honras fúnebres por el eterno descanso de su difunto director, el ilustre duque de Rivas,

y unos invitados, otros espontáneamente, todo lo más escogido de la sociedad madrileña ha acudido a la real iglesia de San Isidro, a pagar este respetuoso y cristiano tributo a la memoria del autor de Don Alvaro.

El nombre del duque de Rivas, que con este motivo vuelve a evocarse en la Prensa, rodeado del prestigio y el respeto que merece, ha contribuido a que se reanime la cuestión de la corona poética que los literatos españoles trataban de dedicarle, al mismo tiempo que se diera en el teatro del Príncipe una representación extraordinaria de la más notable de sus obras escénicas. Esperamos que la comisión encargada de disponer los medios de honrar dignamente la memoria del hombre que por sus condiciones de corazón y de talento supo conquistarse el cariño y la admiración de sus conciudadanos, no demorará el día en que el país pueda satisfacer esta deuda de gratitud contraída para con uno de sus más esclarecidos ingenios.

En política, la semana se ha presentado más escasa de acontecimientos que en literatura. Respecto a España, lo más corto y lo más prudente nos parece decir que nada ha sucedido, pues si bien se ha insertado en la Gaceta la sentencia condenando al general Prim y a los que le siguieron en las sublevaciones de Aranjuez y Ocaña, y hemos tenido conocimiento de las deliberaciones de la Cámara portuguesa, favorables en su mayoría al acuerdo del Consejo de Ministros extrañando, al mismo famoso personaje del vecino reino, tanto estos sucesos como el tratado de alianza ofensiva y defensiva entre Chile y el Perú, eran cosas sabidas o esperadas y, por lo tanto, el interés que han inspirado, corto y pasajero.

En el exterior, la Prensa extranjera se ocupa, comentándola de diversos modos, de la revolución de los Principados. Esta revolución, que puede decirse que no ha sido vista ni oída y que, de la noche a la mañana ha dado, sin embargo, en tierra con el príncipe Couza, destruyendo en un día y desbaratando con golpe violento una de las más arduas y complicadas, de la diplomacia europea, aunque animada de cierto espíritu liberal, no ha aparecido con tendencias democráticas. Llevada a cabo por el ejército, con la cooperación de las masas populares, se ha consumado sin derramamiento de sangre, y después de arrancarle un acta de abdicación al príncipe destronado y de autorizarle para abandonar el país, los miembros del Gobierno provisional se han apresurado a ofrecer la corona al conde de Flandes, hermano menor de Leopoldo II, actual rey de Bélgica. Pero los tiempos se presentan tan duros para reinar que lo que en otras épocas se consideró el límite de la humana ambición, hoy sale poco menos que a la plaza pública y se ofrece casi de balde, sin encontrar licitadores. Ejemplos son el trono de Méjico, aceptado con tanta dificultad y tantas condiciones; el de Grecia, vacante largos meses y ocupado a duras penas por un príncipe dinamarqués; el de Rumania, en fin, que no ha admitido el conde de Flandes y que esperará vacío a que las potencias europeas le busquen un candidato con la linterna con que Diógenes buscaba un hombre. Fuera de este acontecimiento que, aunque lejano, llama la atención y fija por el momento el interés de los que siguen el complicado curso de la política extranjera en todos sus detalles, nada de particular o de nuevo ocurre. En Italia, como se esperaba, el gabinete Lamármora ha salido triunfante en la votación de las Cámaras, donde se discutía una cuestión que el Gobierno creyó que, de aprobarse, podría significar un voto de

desconfianza. En Inglaterra siguen a vueltas con la vasta conspiración de los fenianos irlandeses, que, como a la hidra de la fábula, parece que le renacen las cabezas a medida que se le cortan; y, por último, la Prensa de los demás países comenta la nota del cardenal Antonelli sobre las consecuencias del tratado de 15 de septiembre, nota que acaba de hacer pública El memorial diplomático.

Terminada ésta que pudiéramos llamar digresión política, y volviendo al terreno literario y artístico en que comenzamos nuestra revista de la semana, réstanos aún escribir algunas líneas para completar el cuadro de los acontecimientos que en ella han ocurrido. La nueva empresa de la Zarzuela, a cuyo frente se ha colocado el simpático actor Arderius, acaba de ofrecer un juguete en un acto, titulado Don Genaro, debido a la pluma que ha escrito Don Tomás y El último mono. Este juguete, aunque inferior a las festivas y populares obras de su autor, revela en algunos chistes y en la viveza y la facilidad del diálogo las indisputables condiciones de talento y espontaneidad que adornan al Sr. Serra. La comedia del Sr. Mozo Rosales, estrenada en el mismo teatro con el título de La niña mimada, es una producción ligera destinada a entretener algunas noches al público que acude al teatro de Jovellanos y a pasar sin dejar huella alguna.

Los dilettantes son los que están de enhorabuena con la llegada de Tamberlik, el cual viene a pronunciar el quos ego, de Neptuno, calmando con el mágico eco de su poderosa voz las tempestades del teatro de Oriente. Cuando esta revista se publique, si los carteles no nos engañan, lo cual suele suceder con alguna frecuencia, ya el tenor favorito del público madrileño habrá debutado en La Africana, obra en la cual le auguramos un brillante éxito.

Ahora que hemos puesto fin a nuestra periódica revista y que febrero, para morir tan loco como ha vivido, se despide de nosotros azotando los vidrios de nuestros balcones con una espesa lluvia de blancos y menudos copos de nieve, vamos a leer sentados al calor del fuego los últimos versos que han brotado de la elegante pluma de uno de nuestros más dulces poetas. En uno de los próximos números hablaremos más largamente de El Caudillo de los Ciento, novela escrita en verso por D. Antonio Arnao, que es el nuevo libro que hoy ocupa la atención de los círculos literarios y al que acabamos de aludir en las líneas anteriores.

La Real Academia Española ha celebrado una sesión extraordinaria para conmemorar dignamente entre sus individuos el nombre del ilustre duque de Rivas. Correspondiendo a su galante invitación hemos tenido el gusto de asistir a esta solemnidad literaria.

Nuestro corazón se dilata y se ensancha nuestro ánimo cuando, haciendo punto un instante en medio de las graves preocupaciones políticas que nos rodean, en medio de la inquietud y las luchas de encontrados principios e intereses que nos agitan, encontramos ocasión de asistir a un espectáculo tan consolador y satisfactorio como el que ofrece una corporación, respetable por los méritos de los individuos que la componen,

al reunirse grave y sosegadamente para consagrar un público y solemne testimonio de su gratitud y admiración, no al hombre político, no al grande de España, sino al poeta que entró un día por las puertas de la Academia trayendo su Romancero histórico en la mano como el mejor título a tan señalada honra.

El acto, al que han concurrido, a más de los académicos que forman parte de la corporación, multitud de individuos de otras academias científicas, y personas conocidas por su posición en el mundo de la política y de las letras, estuvo realzado con la presencia de algunas elegantes damas, entre las que en lugar preferente tuvimos el gusto de ver a las de la familia del inolvidable duque, cuyo busto de mármol, colocado sobre la mesa de la presidencia, delante del sitial vacío y cubierto con un velo negro, nos traía a la memoria el tiempo en que el respetable anciano, aquejado ya de los males que habían de concluir con su existencia, venía aún a dirigir los debates y a aportar a las más obscuras cuestiones la luz de su esclarecido ingenio.

Pero nuestro recuerdo se hizo más vivo, y la figura del hombre notable por tantos conceptos, en cuya honra tenía lugar aquella solemne reunión, comenzó a dibujarse con líneas cada vez más acentuadas a los ojos de la fantasía, cuando el excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto, unido al ilustre difunto por estrechos lazos de parentesco y de íntima amistad, cumpliendo el triste al par que satisfactorio encargo que la Academia había tenido a bien confiarle, comenzó a trazar a grandes rasgos el cuadro de la agitada y gloriosa vida del poeta, examinando de paso la índole de sus creaciones más populares, y apreciando el conjunto de sus obras literarias con un alto y luminoso criterio, que puso de relieve el carácter del autor, la especialidad de su talento y el influjo que había ejercido en su época. El trabajo del Sr. Cueto, tan digno de llamar la atención por su elegante forma y castizo lenguaje, como por el tino y la profundidad de sus observaciones críticas, fue acogido con significativas muestras de aplauso por parte del numeroso y escogido auditorio que llenaba el local de la Academia, colmando la medida del entusiasmo producido en los concurrentes por los brillantes rasgos de la necrología del autor de Don Álvaro y de El moro expósito, la lectura de dos de sus más hermosas y espontáneas inspiraciones poéticas, El faro de Malta y La vejez.

Las gratas impresiones que dejó en los ánimos esta grave y brillante solemnidad, con la cual puede decirse que se inauguró la semana última, se han ido luego borrando poco a poco para dejar lugar a otras ideas menos agradables. Las noticias recibidas del Pacífico por la Mala inglesa, no son, en efecto, las más satisfactorias para los que se nos hacen siglos los días que pasan, sin haberse lavado de una manera honrosa y digna la afrenta inferida a nuestro pabellón por los chilenos. Antes por el contrario, un suceso que, a juzgar por los precedentes conocidos, se podía prever, y que, por tanto, aunque nos ha indignado, no debía cogernos de nuevas, ha venido a aumentar el largo catálogo de las informalidades, los agravios y los insultos de que España tiene que pedir estrecha cuenta a las repúblicas americanas hostiles a nuestro país.

El Perú, sin tener en nada lo pactado y concluido por su anterior presidente, tal vez envalentonado con el pasajero y traidor éxito de

Chile, nos acaba de declarar formalmente la guerra. Nada más hinchado y ridículo que el documento en que lo hace. El dictador Prado, abusando en él de la credulidad de sus compatriotas, les da la seguridad de un próximo triunfo, saca a relucir las tan manoseadas glorias de su independencia (independencia cuyo poco mérito, dadas las circunstancias en que se realizó, ha patentizado ya la historia), y encarga por último a la marina peruana la venganza nacional.

Cierto es que las baladronadas del Perú, a que tan acostumbrados nos tienen sus gobernantes, no son cosa para quitar el sueño a ninguna nación que, como la nuestra, tenga la conciencia de su superioridad en todos los terrenos; pero bueno será, de cualquier modo, hacerles entender a los que tan fácilmente se olvidan de la impotencia que les obligó no ha mucho a darnos las más satisfactorias explicaciones, que aún nos sobran medios y ánimos para obligarles a cumplir lo pactado.

Según los últimos partes, nuestra escuadra, después de levantar el bloqueo de los puertos, se ha reunido para salir en busca de las fuerzas navales enemigas. Estas fuerzas, por su parte, evitan cuidadosamente el encuentro de los buques españoles, pues divididas aún las de Chile y las del Perú, aguardan sin duda a hallarse juntas y a ser reforzadas con los dos buques que han salido de los astilleros de Francia e Inglaterra, para decidirse a aventurar un combate.

Por lo que a nosotros toca, es tan grande la confianza que tenemos en los valientes marinos encargados de mantener en las aguas del Pacífico el pabellón nacional a la altura que le corresponde, que hacemos los más fervientes votos porque ese encuentro se realice, en la seguridad de que su resultado dará ocasión a una nueva y gloriosa página en los anales de la marina española, tan fecundos ya en hechos brillantes y heroicos.

Respecto a política interior continuaremos, siendo tan parcos como la índole de nuestro periódico exige. Las discusiones del proyecto de ley sobre imprenta sigue su curso en el Senado, y en el Congreso el discurso del conde de San Luis ha llamado de tal modo la atención pública, que durante algunos días ha sido el único objeto de los comentarios de la Prensa y de los círculos políticos.

Si la ciencia no hubiera demostrado ya de una manera incontestable que nuestro Globo gira en el espacio, la impresión que ha producido este discurso nos daría ocasión para exclamar con Galileo: *E pur si muove*. Porque, en efecto, ¿a quién de los que asistieron a la famosa sesión en que fue pronunciado, no le brotaría espontáneamente de los labios esta frase, aunque vulgar, por extremo gráfica: «¡Qué vueltas da el mundo!?»

En París también está siendo objeto de controversias vivísimas otro magnífico e importante discurso. Monsieur Thiers, cuya activa energía y profundo talento ni se cansan ni se debilitan con los años, ha dado una nueva batalla a la tiranía democrática del imperio, a nombre de las que llama libertades racionales. La acometida ha sido brusca, pero hoy como ayer, el golpe de la elocuencia del célebre historiador se embotará en la compacta masa de la mayoría que, como una avalancha, caerá con sus votos sobre una minoría pequeña por su número, aunque grande por las notabilidades que la componen.

Al mismo tiempo que del discurso de monsieur Thiers, los diferentes círculos de la capital de Francia se preocupan de otros mil y mil diversos

asuntos que dan pasto a su incesante actividad intelectual. Los diplomáticos hablan de las próximas conferencias en que las naciones signatarias del tratado de París han de reunirse para arreglar definitivamente la cuestión de los Ducados, y tal vez para tratar de los asuntos de Italia, de cuya responsabilidad no le disgustaría al emperador descartarse un poco, repartiendo el grave paso entre varias potencias.

Los filarmónicos se ocupan de una notabilidad, cuya aparición en el teatro Lírico obtendrá seguramente un éxito de curiosidad extraordinario: trátase de un verdadero fenómeno, de una joven de diez y ocho años, hermosa y con talento, que, a más de estas recomendables cualidades, posee una magnífica y robusta voz de tenor. El hallazgo no puede ser más oportuno para el mundo musical, hoy que los buenos tenores escasean tanto y, por nuestra parte, no desesperamos que siguiendo adelante en sus pesquisas los que han logrado encontrar este tesoro, darán el mejor día del año con alguna otra joven que pueda desempeñar la parte de Bertrán, del Roberto, o la del Gran Pontífice, en El Nabuco. Y no paran aquí las novedades que la capital del vecino imperio ofrece en la actualidad a sus habitantes, pues la venta de la quinta romana del príncipe Napoleón y las de varias colecciones de muebles históricos, cuadros, vasos, medallas y autógrafos importantes, traen en continuo movimiento a los amateurs de estas curiosidades, así franceses como extranjeros, entre los cuales y a propósito de la valuación de estos tesoros sacados a pública subasta, se suscitan las más acaloradas y curiosas controversias artísticas, arqueológicas y paleográficas.

Entre nosotros, si bien en pequeña escala, no deja de notarse algún movimiento. La Academia de Juegos florales ha publicado el programa en lengua limosina, convocando a los justadores literarios a la lid abierta para ganar la flor de oro, que, como en los buenos tiempos de los trovadores provenzales, ha de entregar una dama al vencedor; aunque modesto, un inventor español acaba de ensayar un descubrimiento útil: aludimos al peso para distinguir infaliblemente las monedas de ley de las falsas, descubrimiento que hoy, que circulan tantas de dudosa legitimidad, no es como vulgarmente suele decirse para echado en saco roto; en algunas provincias se anuncian exposiciones parciales agrícolas y de ganados, y en todas ellas se activan los preparativos para el envío de los productos y objetos que han de representar a España en la universal de París.

Entretanto en la corte, después de la política, que es la idea que preocupa siempre en primer término, los teatros son los que tienen el privilegio de llamar la atención más constantemente. Las representaciones del César siguen llamando al público al elegante coliseo del Príncipe, mientras la obra de Ventura de la Vega encuentra diversa acogida entre los críticos de la Prensa periódica. La Zarzuela, dando a luz obrillas cómicas y ligeras, unas con mejor, otras con peor éxito, y agotando todos los recursos que posee la imaginación de su actual y simpático director Arderius, al que ayuda en esta campaña el inimitable Caltañazor, logra entretener a sus abonados ofreciendo espectáculos si no altamente trascendentales y literarios, al menos variados y divertidos. El Pastelero de París, El Colmillo del Elefante y la serie de cuadros vivos, ejecutados por los individuos de la compañía, que son las novedades que ha ofrecido en la semana, pertenecen a ese género de bromas con las que la severa

crítica no tiene que ver nada, y que en logrando desarrugar algunos ceños y arrancar algunas sonoras carcajadas del público, que va de buena fe a divertirse, pueden bajar al panteón dramático con la tranquilidad de que han llenado su objeto.

Por último, y según habíamos previsto en nuestra anterior revista, Tamberlik ha obtenido un triunfo al aparecer en la escena del teatro Real con *La Africana*. La obra de Mayerber, realizada con el poderoso concurso de un artista tan de primer orden, ha podido ser apreciada por el público en cuanto vale. Durante todo el curso de la representación, los aplausos del auditorio, sustituyeron a los chicheos y silbas a que ya casi nos tenían acostumbrados los recalitrantes del regio coliseo, y al llegar al magnífico dúo de Vasco de Gama y Zelika, el entusiasmo de los espectadores llegó a un punto difícil de pintar. Bástenos decir, para dar una idea, que la señora Rey Balla y Tamberlik fueron llamados hasta siete veces a la escena. Verdad es que como todo es relativo en este mundo, según el dicho de D. Hermógenes, las siete veces que han sido llamados al palco escénico los intérpretes de *La Africana*, son nada con las que el público de Roma ha hecho salir al maestro Petrella en la primera representación de su nuevo spartito «*Caterina Howard*». Según un periódico, el público romano, entusiasmado con las bellísimas melodías de esta ópera, hizo salir al maestro al foro hasta cincuenta y cuatro veces. Francamente, este fatigoso ejercicio, más que premio por una buena obra, parece penitencia impuesta por algún desaguisado musical.

Al fin se rompieron las hostilidades entre Austria y Prusia. Suele decirse a menudo, y nosotros lo hemos repetido algunas veces, para dar a entender que ha dado principio una guerra que se ha disparado o se va a disparar el primer cañonazo. La guerra presente, que, según aseguran, se ha venido tramando en silencio desde la famosa entrevista de Napoleón, Bismarck y Nigra en las playas de Biarritz, por burlar hasta última hora la previsión de los curiosos políticos, ha comenzado el drama con una escena mímica lo menos ruidosa posible. Hasta el momento, sólo ha tenido lugar un choque de la caballería austríaca con la prusiana, en el que ésta ha llevado la peor parte. Los cañones guardan aún un prudente silencio, pero dentro de muy poco abrirán sus formidables bocas para concluir la complicada polémica diplomática de un modo más enérgico y terminante que lo hubieran podido hacer los más elocuentes hombre de Estado en las frustradas conferencias.

El conflicto europeo está en pie. Hora es de mesurar, aunque ligeramente, sus gigantescas proporciones. Para poderlas apreciar con alguna exactitud, fuerza es tender la vista a nuestro alrededor fijándonos en la actitud en que al comenzar la guerra están colocados cada uno de los países que, más o menos directamente, se encuentran interesados en la lucha, de la cual podrían, en un caso dado, ser actores muchos de los que al presente se limitan a desempeñar el papel de testigos.

Austria y Prusia, cuyo antagonismo secular sólo se debilita a

intervalos para reaparecer más enconado e intransigente, si se atiende a los datos que arroja la estadística militar, tienen casi niveladas sus fuerzas. Pero hay que hacer una observación importante. En Austria la guerra es popular; en Prusia no; o al menos Bismarck, que es el alma de ella, lucha inútilmente por levantar el espíritu público en favor de sus proyectos, de los que sospechan puedan ser tan sólo un medio hábil para distraer la atención del régimen político que con tan extraña tenacidad sostiene.

Hay otra desventaja en contra de Prusia. El Gabinete de Viena, insinuando hábilmente la idea de que el término de la cuestión podría ser la pérdida de la frontera del Rhin, ha herido la fibra nacional alemana, consiguiendo poner de su lado a la mayoría de los miembros de la federación. El equilibrio de poder, roto por la parte de Prusia, se restablece al caer en la balanza el peso de Italia.

En Italia la guerra es altamente popular e hija de un puro y exaltado sentimiento patriótico. Preparado de antemano el Gabinete de Florencia a las eventualidades de un choque inevitable en término más o menos próximo y ayudado en sus aprestos militares por una nación poderosa y amiga, cuenta con grandes recursos para comenzar la lucha, y se siente fuerte con la cooperación de un pueblo que despierta entusiasta a la nueva vida de la dignidad y la independencia, deseando dar muestras de que ha llegado al período de virilidad en que las naciones se bastan a sí mismas para conquistarse un puesto preeminente.

Decíamos, pues, que al caer el peso de Italia en la balanza de las probabilidades de éxito, el fiel se mantenía en equilibrio entre las partes contendientes, y por nuestras palabras acerca de los medios con que cuenta Víctor Manuel parece que no sólo restablece su equilibrio, sino que la vence del lado de las dos naciones aliadas. Hay, sin embargo, que no dejarse deslumbrar por el exterior homogéneo y simpático que ofrece una causa tan grande y popular como la italiana, midiendo sus fuerzas por la simpatía que inspira. Por debajo de la brillante superficie se extiende una red de intereses heridos, de odios mal apagados, de aspiraciones reprimidas, mas no olvidadas. Esa masa, numerosa aunque dispersa, espía en silencio una ocasión, mina sordamente el país, y no porque ponga un empeño particular en ocultarse, debe pasar desapercibida a los ojos del que intenta de buena fe sondear el verdadero estado de las cosas. El destronado rey de Nápoles, manteniéndose en su manifiesto dentro de los límites de una prudente reserva, aconsejando la calma, y exhortando a sus parciales a continuar unidos y en expectativa, traza claramente esta línea de conducta, más temible que la acción franca y desembozada.

La actitud de Roma no es menos digna de ser tomada en cuenta. Encerrada en un profundo silencio, aislada en medio de la lucha, trata de mantenerse impasible y extraña a los sucesos que a su alrededor se desenvuelven, pero ¿quién podrá calcular el efecto de su autoridad respetable cayendo en un momento oportuno al lado de uno de los contendientes?

Además, cosa extraña, pero que se explica: la guerra con Italia es, en Austria, tanto o más popular que la de Prusia. Hay todavía en el fondo del corazón de los austríacos algo de aquella avidez y aquella ansia que empujó irresistiblemente en otros siglos a las razas del Norte sobre el

Mediodía, cuyo sol y cuyo cielo equivalen a un paraíso; hay, junto a ese impulso poderoso, el deseo de vengar las derrotas de Solferino y Magenta.

Tal es la situación de las tres grandes naciones que hasta ahora han aparecido en escena, y a las que está encomendado el prólogo del inmenso drama que tiene el privilegio de absorber la atención del mundo en los actuales momentos. Sin embargo, detrás de los bastidores se adivina que hay más de un personaje vestido y dispuesto a salir a las tablas apenas lo requiera el argumento, que amenaza ser complicadísimo. Algunos de ellos se han anunciado ya convenientemente, y, según lo requieren las reglas clásicas de las obras teatrales. Francia proclama en alta voz su neutralidad; pero es una neutralidad incomprensible. La carta de Napoleón a su ministro de Negocios Extranjeros, es un verdadero logogrifo. Su empeño, dice, es mantener la obra de Francia en Italia. Si ésta se ve amenazada, por cuestión de honor nacional, se encontrará precisada a terciar en la cuestión con las armas en la mano. Pero ¿cuál es la obra de Francia? La creación del reino de Italia tal y conforme se encuentra constituido. Si la Lombardía y el Milanesado vuelven a poder de los austríacos, he aquí su obra deshecha.

Si por el contrario, Venecia sale de manos del Austria para incorporarse a los dominios de Víctor Manuel, sucede lo mismo. ¿Será éste el sentido de la carta imperial? En fuerza de ser lógico, parece absurdo.

Napoleón no debe permitirse la candidez de aparentar que cree la cuestión reducida a un duelo de amor propio entre las partes beligerantes. He aquí explicado por qué Rusia, que sospecha, y no sin falta de razón, que Francia ha de ser neutral mientras la fortuna ayude a Italia, y ha de salir de su reserva si por casualidad le vuelve las espaldas, ha declarado terminantemente que un paso del Gabinete de las Tullerías en este sentido, la determinaría a tomar una parte activa en el asunto, colocándose al lado de Austria, a cuyo fin concentra en la frontera un ejército de observación compuesto de 200.000 hombres.

Por lo pronto, estos son los dos nuevos adalides que, armados de punta en blanco, presiden la liza, no con intenciones de arrojar el bastón en medio de los combatientes cuando se enardezca la lucha, sino con el de bajar, lanza en ristre, a la arena a compartir sus peligros y su suerte. Mas entretanto que con más o menos franqueza cada cual se coloca en un determinado sitio y deja traspasar sus intenciones, ¿qué hace Inglaterra? Napoleón, engolfado en la prosecución de sus trascendentales combinaciones, vuelve de cuando en cuando los ojos hacia el Canal de la Mancha, y acecha con miradas furtivas a su eterna rival, tratando de traslucir sus pensamientos. Inglaterra, muda e impasible, le ve hacer, aparenta preocuparse con sus asuntos interiores, y se oculta bajo la impenetrable máscara de una glacial indiferencia. Algo medita, sin embargo. La casi imperceptible sonrisa que dilata sus delgados labios, trae inquietos a los que se dedican a augures de su semblante. Dinamarca, Suecia y Noruega, obedeciendo a sus ocultas insinuaciones, estrechan en silencio el lazo de la unión escandinava, y esperan también, envueltas en una reserva impenetrable y fría, como sus eternas nieves. Toda la Europa en armas, levantando cada país su bandera al primer grito y amenazando mezclarse en una contienda titánica, ardiente y general desde el principio, sería menos temible que esa calma preñada de proyectos oscuros

que rodea a los combatientes. Hay algo de pavoroso en la actitud de esos países que aguardan el momento en que la fortuna vuelva una vez la espalda a un poderoso enemigo para caer sobre sus restos y desbaratar su obra, ya que no puedan repartirse sus despojos. Se presiente en la pesadez de la atmósfera que nos rodea como el informe conato de un Waterlío colossal. El segundo imperio, menos brillante y ruidoso que el primero, tiene, no obstante, raíces más profundas, y para descuajarlo se ha de sentir una muy honda conmoción. El Waterlío de Napoleón I fue la caída de un hombre; el del III sería la de un orden de cosas encadenadas estrechamente entre sí, y que han tenido tiempo de solidificarse. Al detenerse un punto a meditar sobre las arduas cuestiones arrojadas a la arena de la discusión en estos graves momentos, después de haber examinado rápidamente los móviles que impulsan a otros países, las probabilidades de éxito con que cuentan, y los proyectos que, más o menos fundadamente, se puede presumir que abrigar, ocurren naturalmente multitud de reflexiones que a medida que vayan sucediéndose los acontecimientos, iremos exponiendo a la consideración de nuestros lectores.

Hace poco, los que oyeron a Napoleón decir a los trabajadores del Campo de Marte:

«No desmayar en vuestras tareas; la Exposición ha de celebrarse en medio de la más profunda tranquilidad», auguraron de aquí que la paz no se turbaría. Al ver hoy que los trabajos para la próxima Exposición universal siguen activamente y que los obreros que se retiran a descansar de las fatigas del día son sustituidos por otros que siguen la faena con ayuda de un faro eléctrico, durante la noche, no puede darse otra explicación a sus palabras, sino que la guerra que se dispone ha de ser sangrienta pero breve.

Tal es el cuadro que ofrece la política exterior al expirar la presente semana. La carencia de otros sucesos más importantes y la imposibilidad de ocuparnos de algunos que se realizan entre nosotros, por no permitirlo la índole de este trabajo, nos ha hecho detenernos deliberadamente en trazarlo a nuestros lectores, pues terminada por el momento la cuestión del Pacífico, todo el interés se reconcentra en adelante en el nuevo teatro de la guerra.

Respecto a espectáculos, tampoco podemos añadir gran cosa. De los caballitos del Circo, donde nada nuevo se hace, nada nuevo puede decirse. Como presumíamos, la empresa de los Campos Elíseos vino al suelo combatida de las mil contrariedades con que ha tenido que luchar desde su creación. Aunque se habla mucho de música y conciertos de todos tamaños, chicos, medianos y monstruosos, la cosa no ha pasado aún de la categoría de proyecto. Cuando se realicen, daremos cuenta a nuestros lectores del resultado.

El mal tiempo ha hecho que en el presente año se hayan retrasado las expediciones veraniegas, ya al campo, ya a los puertos de mar y a los establecimientos de baños, donde unos acuden en busca de salud y otros a caza de aventuras de todo género. Es de esperar que si la atmósfera se despeja y desaparecen las nubes que constantemente han estado casi toda la primavera amagando y aun descargando sobre nuestras míseras humanidades terribles aguaceros, los habitantes de la corte se apresuren a hacer la maleta y se marchen, como suele decirse, con la música a otra parte.

No obstante el estado excepcional en que aún se encuentra la corte, la política interior comienza a dar algunas señales de vida. La lectura del proyecto de contestación al discurso de la corona, ha tenido lugar en el Senado, sin otro incidente notable que el promovido en una cuestión previa a propósito de la mayor o menor conveniencia de entrar en los debates consiguientes a la aprobación del proyecto, hallándose aún en estado de sitio la capital de la monarquía. Resuelto este incidente, se ha dado principio a la discusión, la cual, aunque ofrece grande interés, no halla en la Prensa ni en los círculos políticos el eco que hubiera encontrado a ser otras las circunstancias.

En las Cortes, si bien no han comenzado aún los debates, la lectura del documento en que este Cuerpo colegislador contesta al de la corona, ha dado ya lugar a que la opinión pública se fije en la especial actitud de la mayoría. Del seno de esta mayoría salió la comisión que ha redactado el párrafo en el cual se aboga calurosamente por la conservación del poder temporal del Papa, y del seno de esta misma mayoría saldrán los defensores del proyecto de enmienda de ese párrafo en que sus impugnadores creen que se ha ido mucho más allá del pensamiento del Gobierno.

A distraer la atención de este incidente, que se presta, en efecto, a comentarios de muy diversa índole, ha venido por último la presentación en la Alta Cámara de dos proyectos de leyes importantes.

Uno de ellos se dirige a modificar la actual ley de imprenta en sentido restrictivo; el otro tiende a introducir algunas novedades en la de asociación y reuniones públicas. Como anunciábamos en nuestra última revista, no ha transcurrido mucho tiempo sin que en la política interior se hayan realizado significativas variaciones.

Estos nuevos asuntos que sirven de tema a los diferentes cálculos y apreciaciones del país no logran, sin embargo, amortiguar el creciente interés que despierta cuanto se relaciona con la cuestión de Chile.

Antes de ahora habíamos hablado de un combate entre un buque de nuestra escuadra con varios otros, procedentes de Chile y el Perú, combate en el cual nuestra marina de guerra había colocado el pabellón nacional a la altura que le corresponde.

Estas noticias halagüeñas que, aunque extraoficiales, llegaron hasta nosotros por tan diferentes conductos que parecían excluir toda idea de desconfianza en su autenticidad, las confirmó nuevamente una carta recibida en Barcelona, en la cual se refiere el suceso con tantos pormenores, que a nadie quedaba ya sobre el particular la más remota duda.

No obstante, la llegada del correo del Pacífico y el silencio del diario oficial, han venido a echar por tierra todas las ilusiones que se habían forjado acerca del éxito de nuestras armas en aquellos países. La reacción producida en el espíritu público alienta, en cierto modo, a los que complaciéndose en amontonar dificultades en el porvenir, auguran a este asunto un desenlace desastroso para nuestra honra y nuestros intereses. Nada más lejos de nuestro ánimo que el temor de que esto suceda, pero aunque abrigamos confianza en el valor de nuestros marinos, no dejaremos un instante de unir nuestra voz a la del país todo, que ansía y pide más actividad en la resolución de un asunto que cada día que se demora puede traernos, y nos trae efectivamente, una nueva complicación o un nuevo obstáculo.

Correspondencias de Londres, cuyo contenido hemos visto después confirmado en los centros oficiales, anuncian que se han hecho a la mar algunos buques chilenos armados en corso. Estos buques, tripulados por gentes a quienes guía más bien que una idea patriótica el cebo de una ganancia segura, la experiencia nos enseña con cuánta facilidad se multiplican ante la perspectiva de una larga guerra. Hoy por hoy las fuerzas marítimas de que disponemos bastan a proteger nuestras costas y los intereses de nuestras embarcaciones mercantes, pero ¿quién nos asegura que si los accidentes de la lucha hacen necesario el refuerzo de la escuadra del Pacífico, los buques chilenos y peruanos armados en corso no nos crearán serios conflictos?

Fuera de las noticias referentes a esta cuestión, cuyos menores detalles tienen importancia para nosotros, ninguna de las que se reciben del exterior respecto a la política de las otras naciones ofrece nada de notable.

Las exequias del príncipe Othon, cuya temprana muerte ha venido a aumentar los pesares domésticos de Víctor Manuel, se han celebrado en Génova con una solemnidad y pompa inusitadas. El príncipe Othon había nacido en 1846, y aunque su salud fue siempre delicada, mostró en la investigación de algunos problemas científicos, a cuyo estudio era muy aficionado, condiciones de carácter y talento nada comunes.

En Francia, el emperador Napoleón, dando por un momento tregua a la política, parece que se ocupa activamente en la prosecución de los gigantescos trabajos preparatorios de la exposición universal, en la cual trata de tomar parte figurando personalmente entre los expositores. A este fin, con la misma pluma con que escribió la Historia de César, tomando plaza entre los literatos, tira líneas, levanta planos y hace croquis para completar su proyecto, que una vez logrado, ha de traerle las simpatías de la clase obrera. Los trabajos que piensa exponer consisten en modelos de habitaciones que reúnan, a un precio extraordinariamente barato, todas las condiciones higiénicas y de comodidad apetecibles. Se dice que para que el público pueda juzgar competentemente los modelos imperiales, van a levantarse en el parque de la exposición tres o cuatro de estas casas, propias para obreros de la ciudad las unas, y las otras para labradores. Veremos si estos proyectos de que tanto se viene hablando en Francia, como una de las más eficaces medidas para la solución de las cuestiones económicas, respecto a la clase obrera, llegan a su madurez o sucede lo que entre nosotros, que siempre se quedan en los limbos de la ilusión y el buen deseo.

Si bien la semana se ha presentado escasa de novedades respecto al exterior, pues aparte de estas noticias y algunas otras de poca importancia, nada encontramos en las correspondencias y periódicos extranjeros a propósito para nuestra revista, la cual, debiendo ocuparse en globo de todas las cuestiones, sólo toca de ellas los puntos más salientes, en los círculos científicos, artísticos y literarios de la corte hemos podido observar algún más movimiento que el de costumbre.

Las personas encargadas de llevar a cabo la Exposición de los objetos remitidos al Gobierno por la comisión científica del Pacífico, se han reunido bajo la presidencia del director de Instrucción pública, a fin de acordar definitivamente las bases del proyecto. Según unos, la Exposición

tendrá lugar en la histórica casa de los Lujanes; al menos esta parece que fue la primitiva idea del Gobierno. Otros, sin embargo, opinan por que se realice en el Jardín Botánico, local que juzgan más a propósito por sus especiales condiciones. En este sitio o en aquél, celebraríamos que la Exposición no se hiciese esperar mucho, pasando a la categoría de los mitos como la célebre hispano-americana, para la cual se hicieron tantos planos en balde y hasta se nombró una comisión y se señalaron los terrenos que habían de ocupar los parques y galerías.

La Real Academia de Medicina de Madrid ha celebrado la sesión inaugural del nuevo año 66 con la brillantez que acostumbra. Multitud de personas notables, así por su posición como por su talento, han concurrido a este acto científico, importante no sólo por las cuestiones que han tratado en sus discursos los que en él tomaron parte, sino por el estudio que despierta entre los que se dedican al estudio de la ciencia de curar el ver recompensados sus afanes y vigiliias de una manera oficial y solemne.

Así en la relación que hizo el Sr. Nieto y Serrano de los trabajos llevados a cabo por la Academia durante el año último, como en el discurso que leyó el Sr. Santucho sobre Las relaciones entre la Medicina y los sistemas de filosofía, el público ha podido apreciar distintamente el vuelo que van tomando en nuestro país cierto género de estudios, que en éste como en los diversos ramos del saber humano, anuncian una nueva era de adelanto para nuestras escuelas profesionales.

Antes de terminar la sesión, el señor presidente adjudicó los premios a los autores de las Memorias que la Academia ha juzgado dignas de este honor, abriendo nuevamente concurso para los años de 1866 y 1867.

Después de esta solemnidad científica, hemos tenido ocasión de asistir a otra literaria no menos importante. La primera representación de una obra de Bretón de los Herreros, del ilustre decano de la comedia de costumbres españolas, se ha considerado siempre como un acontecimiento para las letras. El Abogado de los pobres, que tal es el título de la nueva joya con que el autor de La Marcela ha enriquecido nuestro teatro, merece, en efecto, ocupar el lugar preferente en que la colocan los críticos, al lado de las mejores que ha producido la misma chispeante y fecunda pluma. El pensamiento de la obra es altamente filosófico, mereciendo desde luego nuestro aplauso el fin moral que se propone su autor, combatiendo con todo género de armas la creciente ambición y el inmoderado afán de lucro y de goces que atormenta a la sociedad moderna, como una sed febril e insaciable. Esta misma idea la hemos visto más de una vez desarrollada así en nuestro teatro como en el extranjero, pero nunca hasta hoy había aparecido en la escena vestida con un traje tan español y tan característico. Los personajes que intervienen en la fábula no son, como por desgracia suele acontecer en nuestras comedias de ahora, un pálido trasunto de las pasiones, los sentimientos y los intereses de otra sociedad: a todos los hemos visto alguna vez, los conocemos, pasan en el mundo a nuestro lado. Desenvuelto el plan por medio de escenas naturales y perfectamente encadenadas, sin exagerados contrastes, sin efectos de relumbrón ni situaciones falsas, va el espectador hasta el fin de la obra movido de un agradable interés que jamás se debilita. El diálogo suelto, cómico y chispeante, ayudado de esa fácil y maravillosa

versificación, que es la dote que más particularmente distingue a Bretón de los Herreros en cuanto escribe, completan las condiciones de esta lindísima comedia, que con tan justos y tan merecidos aplausos recibió la noche de su estreno el público.

Nosotros unimos nuestro más sincero parabién al de los que una y otra noche llaman al palco escénico a su popular autor, cuyo talento y admirables dotes se creían debilitados por los años y que hoy aparece más joven, más lleno de savia y brío que nunca.

También los apasionados por la música han tenido motivo para felicitarse en la semana pasada. La inauguración de los conciertos clásicos en los salones del Conservatorio, han venido a indemnizar en parte a los que no hallan en el Teatro Real armonías dignas de sus delicados e inteligentes oídos.

A una parte de la sociedad, que sólo encuentra en la música pretexto para asistir a un teatro concurrido, mostrarse vestida de trajes elegantes, con los hombros cubiertos de una gasa transparente y el cabello prendido en una red de perlas, sobre el fondo grana y oro del palco, o para dirigir desde las butacas a un lado y otro de la sala la batería de sus gemelos, el Real, con su lujo deslumbrador y sus localidades llenas por la sociedad más brillante de la corte, sea bueno o malo el cuadro de cantantes y las óperas que se representen, siempre ofrecerá un poderoso atractivo. Pero los constantes y verdaderos apasionados de la buena música, de esa música clásica, vedada a los oídos profanos que necesitan un largo y enojoso noviciado filarmónico para comprenderla, abandonan el regio coliseo para darse cita en el salón del Conservatorio, donde las sublimes creaciones de Mozart, de Haidyn, de Madelson y de Handel les hacen olvidar, con sus melodías bellísimas, sus sabias combinaciones y sus inspirados giros, el estado de decadencia y abandono en que se halla el teatro de la ópera.

Como era de esperar, a medida que transcurren días el drama político que se representa a los ojos del país, pierde parte del interés que inspiraba y comienza a aburrir a los espectadores.

Lo mismo en la escena del mundo que en la del teatro, es preciso que los desenlaces sean muy breves para mantener viva la atención hasta la última palabra.

Esta especie de paréntesis que la monotonía de los sucesos ha venido a abrir en medio de la pública ansiedad, se ha llenado, sin embargo, con variaciones sobre un tema interesante. Aludimos a la ya famosa sesión de las Cámaras portuguesas.

La energía con que los jefes más importantes de todos los partidos políticos han protestado contra la idea de unión ibérica, ha causado en muchos una honda impresión de asombro. Por nuestra parte, no nos ha cogido de susto esa ruidosa y un tanto finchada explosión de sentimientos de

independencia. La cuestión es muy sencilla. Por muchas ilusiones que se hagan acerca de su país, a ningún hombre político del vecino reino se le oculta, que en cualquiera forma que anexasen España a Portugal, los anexionados serían ellos.

De todos modos, las últimas y explícitas declaraciones de la Cámara portuguesa y las desusadas medidas de precaución que aseguran va a tomar aquel gobierno con los militares españoles que se refugian en su país, serían aún objeto de extensos comentarios, si la triste e inesperada noticia de sucesos que nos atañen más de cerca no hubieran venido a fijar la atención pública en otro asunto.

La noticia del apresamiento de la goleta Covadonga, llevado a cabo en las aguas de Coquimbo por una fragata chilena, ha sido, pues, el tema de todas las conversaciones durante los primeros días de la semana.

Acerca de los pormenores del combate que dio por resultado el apresamiento de la Covadonga, han circulado versiones muy distintas; y nada tiene esto de extraño, toda vez que, según la declaración del gobierno en las Cortes, la noticia se ha recibido por conducto extraoficial. Lo verdaderamente triste es, que mientras el suceso no se conoce con todos sus detalles, los periódicos extranjeros, hostiles a nuestros intereses y a nuestra política en aquellos países, sacan partido de esta cuestión para rebajarnos a los ojos del mundo.

La Presse, por ejemplo, dice que la fragata chilena Esmeralda hizo hasta quince disparos, que todos alcanzaron a la Covadonga, mientras ésta le contestó con nueve, de los cuales ni uno solo tocó al buque enemigo, arriando por fin la bandera española y entregándose a discreción después de un combate que duraría veinte minutos lo más. Esta relación es tan apasionada como inverosímil. La Presse se sabe que es uno de tantos periódicos como hay en el extranjero, que parodiando a nuestro Lope de Vega:

Pues se lo paga Chile, creen que es
justo
trocar las cosas para darle gusto.

Pero no necesitábamos nosotros saberlo para resistirnos a creer ciertos detalles, que, habiendo ocurrido tal y como el periódico francés los refiere, dejarían en mal lugar a nuestra marina.

No valen ciertamente los chilenos el recuerdo, por ser demasiado grande para tan pequeña ocasión, mas en caso de duda, nos hubiera bastado traer a la memoria los nombres de Lepanto y Trafalgar, para adquirir el convencimiento de que los mismos que tan gloriosamente han sabido vencer y sucumbir en otras ocasiones, no desmentirían en ésta la tradición de la marina española.

En efecto, según la relación que se cree más conforme con las noticias del gobierno, La Esmeralda, de veintiséis cañones, merced a una indigna estrategia, y arbolando la bandera inglesa, logró sorprender nuestro buque, disparándole de improviso una andanada que dejó fuera de combate a varios hombres de la tripulación, desmontando al mismo tiempo el principal de los dos cañones con que podía defenderse. La Covadonga, no obstante, hizo un disparo que derribó la chimenea de la Esmeralda, pero viendo la imposibilidad de sostener una lucha con tan desiguales fuerzas,

trató de quitar los tornillos para irse a fondo, lo que indudablemente hubiera hecho a haberles dado lugar a ello los enemigos, que se precipitaron al abordaje sobre la goleta. Este ha sido el triunfo que han obtenido los chilenos: decimos mal, los chilenos no; pues según todas las noticias, confirmadas por los mismos periódicos partidarios de aquel país, la Esmeralda, que sólo izando una bandera que no es la suya pudo engañar a nuestros marinos, como los engañaría el pirata más vulgar, iba mandada por un capitán inglés, haciendo las veces de segundo un norte americano.

De la impresión que este contratiempo produjo en el ánimo del general Pareja, jefe de nuestra escuadra, se ha hablado también en muy diversos sentidos.

A última hora se ha confirmado la noticia de su desgraciada muerte. Esta catástrofe, que priva a nuestra marina de uno de sus jefes más entendidos y pundonorosos, se refiere así: El general Pareja, intranquilo ya por la tardanza de la Covadonga, que debía traerle unos pliegos, tuvo conocimiento, merced al cónsul de los Estados Unidos, de los rumores que circulaban acerca de su encuentro con la Esmeralda. La noticia no era aún oficial, pero al día siguiente la confirmó el mismo cónsul con datos que no dejaban lugar a dudas. El general Pareja no mostró afectarse mucho, antes por el contrario, paseando sobre cubierta con la misma persona que había confirmado el hecho y con algunos otros jefes de la escuadra, dio a entender que era un contratiempo fácil de remediar; ni su aspecto, ni sus palabras, revelaron cual era el verdadero estado de su espíritu, ni dieron lugar a que se sospechase que había concebido tan fatal resolución. No obstante esta tranquilidad engañosa, apenas se vio solo bajó al camarote, y disparándose un revólver puso fin a su vida. Cuando los oficiales del buque, alarmados por la detonación, penetraron en el camarote de su jefe, sólo encontraron un cuerpo inerte y sangriento, y un papel en que había escrito estas líneas:

«Suplico que no se arroje mi cadáver en las aguas de Chile.»

La última voluntad del desgraciado general Pareja se ha cumplido.

En estos difíciles momentos ha entrado a sustituirle, encargándose del mando de las fuerzas navales, D. Casto Méndez Núñez, inteligente marino en cuya capacidad y resuelto ánimo se fundan grandes esperanzas, y el cual, sin andar en contemplaciones, habrá tomado ya revancha, arrasando la costa de ese país, que ha interpretado como miedo lo que ha sido, por parte nuestra, un exceso de consideración, y obligando a la Esmeralda, que tan satisfecha se mostrará de su fácil triunfo, a que se esconda de nuestra ira huyendo a otros mares. Nos parece que las potencias mediadoras no abrigarán todavía la ilusión de arreglarlo todo con un par de notas diplomáticas, verdaderos papeles mojados cuando las cosas se colocan en el terreno en que se ha colocado ya la cuestión. Y si la abrigasen, tanto peor para ellas, que tan frecuentemente nos dan el ejemplo de cómo se zanján estos asuntos.

Mientras esto sucede en el Nuevo Mundo, en el viejo, Napoleón se ocupa casi exclusivamente de la apertura de la Cámara popular. Este acontecimiento, siempre importante, contribuyen a hacerlo más todavía en las circunstancias actuales la actitud de los partidos y la gravedad de las cuestiones que en ella se han de resolver.

La comedia francesa se dispone a inaugurar en su próxima

representación de aniversario las estatuas de Mlle. Mars y la Rachel, honrando así con un solemne y entusiasta homenaje, el recuerdo de las dos célebres actrices que tantos días de gloria han dado a la escena de su patria.

Las comisiones encargadas de dar el mayor realce posible a la Exposición que ha de llevarse a efecto en 1867, madura el proyecto de un teatro internacional donde puedan representarse en su propio idioma las inmortales creaciones de Calderón y de Shakespeare, de Corneille y de Schiller.

La Academia de Ciencias, en fin, que ha recibido como donativo particular la suma de 80.000 francos, ofrece un premio destinado a recompensar el descubrimiento más útil a la clase obrera.

Y esta misma actividad científica, industrial y literaria, que contrabalancea en el vecino imperio el influjo de la política, se deja sentir en Inglaterra de una manera más clara y evidente.

Aún se discuten las importantes cuestiones abordadas en el mitin religioso, donde tomaron la palabra, en unión de algunos individuos del clero ruso, los obispos y doctores más eminentes del protestantismo, para tratar de la unión de las iglesias anglicana y oriental, cuando ya llega hasta nosotros la noticia de una nueva y numerosa reunión de los sacerdotes católicos celebrada en casa de monseñor Manning, arzobispo de Westminster. Todavía se ocupan los periódicos del atrevido proyecto para establecer entre Douvres y Calais una comunicación regular por medio de buques de las dimensiones del Great-Eastern, sobre los cuales puedan trasladarse enteros los trenes de los ferrocarriles, cuando ya recibimos detalles acerca de las curiosidades literarias y arqueológicas remitidas a la sociedad asiática de Londres.

El casual descubrimiento a que se deben estos verdaderos tesoros que han de contribuir a derramar la luz sobre la historia y la literatura hebreas, ha tenido lugar en unas excavaciones practicadas en Nadir-Sarape, cerca de Trípoli. En un terreno rodeado de vastos jardines se ha encontrado una casa cuya fecha se remonta a dos o tres siglos antes de nuestra era, y cuyas habitaciones, en perfecto estado de conservación, guardaban aún intactos muebles, utensilios de varias clases y una verdadera biblioteca en que se ven libros de Moisés, salmos de David y una colección de poesías hebraicas desconocidas hasta hoy.

Este hallazgo y el anuncio de una nueva obra del célebre autor de Nuestra Señora de París, tienen en conmoción dos círculos diferentes: el de los eruditos y el de los soñadores; el de los que rinden culto al libro que acaba de ser desenterrado, y el de los que esperan impacientes el próximo a darse por vez primera a la luz de la publicidad. Les travailleurs de la mer, se aguarden, en efecto, con tanto o más afán que las anteriores creaciones de Víctor Hugo, porque sólo el título de la obra hace presentir que el desterrado de Jersey ha de haber encontrado la inspiración a que lo debe, en la misma orilla de esa inmensidad sin límites ni fondo, cuyas bellezas y cuyos horrores, cuyos dramas y cuyos misterios va a revelarnos su pluma.

Fecunda se ha mostrado, pues, la semana en sucesos y noticias del exterior, si bien los menos halagüeños nos han cabido en parte. Consuélanos, sin embargo, ver que disipados en el interior los temores de

próximos y profundos trastornos, comienza a restablecerse la tranquilidad, y con ella a dar señales de vida los diferentes círculos de la sociedad madrileña.

La Comisaría de los Santos Lugares trata de abrir un concurso para la adquisición de dos cuadros con destino a Jerusalén el uno y el otro a un templo católico de Marruecos, y la Junta directiva de la Academia Médico-Quirúrgica Matritense, anuncia desde luego el certamen para los premios de 1866, proponiendo, como primer tema, la biografía y el estudio crítico-filosófico de las obras de uno de nuestros hombres más eminentes, Francisco Valle de Covarrubias, a quien llamaron en su época El Divino.

A estos aislados pero generosos esfuerzos, encaminados a despertar la emulación y el entusiasmo entre los que cultivan las artes y los que se consagran a la ciencia, se une la gradual animación de los habitantes de Madrid, que, volviendo poco a poco a las tareas o los placeres de la vida ordinaria, al par que pueblan los salones y las calles, los teatros y los paseos, devuelven a la cortesana villa el regocijo y la exuberancia de luz, de color y movimiento propios de la estación presente, cuando lucen días de sol tan magníficos como los que nos han estado dando, acordes por casualidad, el cielo y el almanaque.

Después de firmados los preliminares para el convenio entre Austria y Prusia, aguardábase con gran interés la apertura de las Cámaras en Berlín. La situación especialísima en que se encuentra Mr. Bismarck respecto al partido liberal prusiano, dejaba presumir que el discurso del rey vendría a proponer la fórmula de una transacción entre las oposiciones y su ministro responsable. Por otra parte, como todo el tiempo que ha mediado desde la victoria de Sudowa, que definitivamente zanjó la cuestión alemana a favor del rey Guillermo, hasta el día, no han cesado los forjadores de hipótesis y cálculos políticos de suponer al Gabinete de Berlín animado de las más absurdas esperanzas y lleno de deseos exageradamente ambiciosos esperábase asimismo que el mensaje de la Corona a las Cámaras había de desenvolver la idea de una política invasora y dominante, en cuyo fondo se dejase adivinar el proyecto de unificar la Alemania, bajo la égida de Prusia.

Las Cámaras de Berlín se han abierto al cabo, y el rey Guillermo ha pronunciado el discurso, que por despachos telegráficos se comunicó en resumen a toda Europa, y del cual ya tenemos el texto íntegro. En la cuestión de la guerra actual los curiosos van de sorpresa en sorpresa. Mr. Bismarck, manteniéndose en un límite respetuoso ante la representación del país, ruega, por medio del rey, se legalicen sus actos pasados, excusándolos con la necesidad de disponer los medios conducentes a un resultado tan satisfactorio para la causa nacional como el que ha obtenido. Un bill de indemnidad que presentarán los más adictos al Gobierno, y que indudablemente votarán por aclamación los diputados prusianos, pondrá término a la enojosa lucha que hace tiempo sostenían entre sí los representantes del pueblo y el Gabinete.

Respecto a planes futuros que se relacionan con la política exterior, el discurso del rey es muy sobrio de palabras, y si en realidad puede sospecharse otra cosa, al menos en la apariencia es franco y explícito. Prusia, satisfecha con la posición en que se ha colocado, merced a sus recientes victorias, se limitará a solidificar su obra estrechando los lazos que han de unirla a los Estados de la Confederación del Norte. Una política prudente y pacífica, podrá permitirle atender al cuidado de la Hacienda y de sus intereses materiales, profundamente lastimados a consecuencia de la guerra que acaba de sostener.

En Austria la cuestión cambia completamente de aspecto. Mientras el partido liberal prusiano transige con Bismarck, y acepta, quizá gustoso, una limitación de sus pretensiones a cambio de gloria, en Viena comienza a temerse que la efervescencia producida en algunos pueblos a la noticia de la paz se transforme en principio de una revolución que concluya por desgarrar en jirones el imperio.

Ante una situación vencida, todos los partidos son exigentes. Húngaros y polacos piden, a trueque de la humillación sufrida por la colectividad de que forman parte, nuevas y nuevas concesiones en el sentido de la independencia a que aspiran.

Todo lo que en Prusia son preludios de unidad y concordia, se ha convertido en Austria en síntomas de futuros conflictos y de inevitables pugnas de intereses.

El golpe está dado. Si Austria permanece abandonada a sí misma en medio de las grandes potencias que la cercan y que asisten con el arma al brazo a su agonía, su muerte y su descomposición serán seguras.

Los partidarios a toda costa del equilibrio europeo, suprema lex en el arreglo de las cuestiones internacionales en la época presente, esperan aún que la caída del imperio austríaco no ha de llegar a consumarse, toda vez que cayendo se rompería la maravillosa máquina que tanto empeño hay en sostener. Francia, dicen, que acaso está arrepentida de su obra, y que en un porvenir no lejano sería posible que coaligada con Francisco José, tornase las cosas a su primitivo estado. La presunción de los que así piensan no está del todo fuera de los límites de la verosimilitud, pero lo cierto es que el juego nos parece peligroso para repetido muchas veces. Francia protesta una vez y otra de su desinterés al mezclarse como mediadora en la lucha, y por nuestra parte creemos que en esta ocasión lo será a la manera de la zorra de la fábula en presencia de las uvas, que calificaba de verdes. Si, como esperaba, con algún fundamento, hubiera sido necesaria su intervención material, las cosas pasarían de otro modo, pero el cálculo salió fallido y tendrá que aguardar otra ocasión para volver a su eterno tema de las fronteras naturales.

Algunos publicistas franceses, haciéndose cargo de este asunto, parece como que desentrañan el fondo de la política imperial, y advirtiéndolo a Prusia de ese peligro no lejano, tratan de inclinar su ánimo a una compensación que le aseguraría el porvenir por esta parte. Esta es una idea de un autor aislado, de un caballero particular, como diríamos nosotros; pero ¿a quién se oculta que en Francia no se escribe más que lo que al emperador importa que germine y cunda?

Tal es, al mediar la semana, el aspecto que presenta esta enredada cuestión que se desembrolla lentamente y que nadie sabe si aun después de

ajustada la paz, podrá entenderse. Dejándola por ahora a un lado hasta que nuevos acontecimientos aporten más luz a sus oscuras sinuosidades, vamos a compendiar en algunos renglones las noticias que por varios conductos se han recibido de América.

En Chile, la elección del nuevo presidente ha dado lugar a escenas de desorden que patentizan hasta qué punto se encuentran divididas las parcialidades que ni en circunstancia como las que atraviesan saben acallar sus pasiones. Después de una encarnizada lucha de intereses, en la que más de una vez ha intervenido la fuerza para dar valor a los argumentos, el partido que desea la guerra con España, que si no es el más numeroso e ilustrado, es el más alborotador e intransigente, ha vuelto a sacar triunfante de las urnas el nombre del presidente Pérez. La llegada de los buques Huascar e Independencia ha contribuido mucho a este éxito, pues con este refuerzo se hacen la ilusión de que podrán resistirnos con ventaja. En el Perú no andan las cosas mucho mejor para los intereses comerciales del país.

El tiempo que les ha dejado libres nuestra escuadra, en vez de emplearlo en reponerse y prepararse de una manera conveniente a resistir el formidable ataque de nuestras fuerzas, que no tardarán en presentarse de nuevo ante sus costas, lo pierden en luchas intestinas y en recriminaciones estériles. Poco a poco la verdad se va abriendo camino, y a pesar de las fiestas y los banquetes con que se celebró, lo que ellos llaman defensa del Callao, a muy pocos se oculta que la acción fue un verdadero revés para los peruanos. El dictador Prado, conociendo que se le escapa de entre las manos el Poder en que a tanta costa se sostiene, se ha echado por completo en brazos del partido exaltado, hiriendo el sentimiento religioso de los pueblos con sus pretendidas reformas.

En tanto que nuestros enemigos luchan y se desgarran entre sí, la escuadra española, surta en las aguas de Río Janeiro, se dispone a entrar de nuevo en campaña llena del mayor entusiasmo, y en la Península se preparan refuerzos considerables para poner término, de una vez para siempre, a la cuestión.

Descartadas las novedades políticas de que se ha tenido noticia durante la semana, y de las cuales dejamos apuntadas, aunque en resumen, las más dignas de fijar la atención, poco o nada podríamos decir que despertase el interés de nuestros lectores.

La emigración a los puertos de mar de las provincias del Norte y al extranjero, continúa en grande escala. El exceso de calor de que hemos sido víctimas los que por acá hemos quedado, justifica sobradamente este afán de abandonar la corte, que algunos califican de ridiculez o capricho, hijo de la moda, y que nosotros encontramos que si es una necedad, es una necedad muy agradable.

En balde los conciertos de Apolo intentan ofrecer una compensación a las fatigas y malos ratos de los que permanecemos firmes en la brecha desafiando los abrasadores rayos de la enojosa deidad que presta nombre al jardín, punto de cita de los filarmónicos madrileños. Barbieri es un gran maestro; su batuta, como la vara mágica de un encantador, parece que tiene encadenadas a su movimiento la voluntad de los ochenta profesores que le secundan. No seremos nosotros los que escaseemos nuestros aplausos al inteligente maestro español; pero (perdónenos la blasfemia musical, así el

simpático director de orquesta como los augustos manes de los grandes músicos clásicos, cuyas obras nos da a conocer tan divinamente interpretadas), sea que el calor nos embota los sentidos, sea que el ansia de una tierra de promisión distante nos obliga a tener fijos los ojos fuera de este abrasador recinto, en estas circunstancias y a la altura en que se encuentra el termómetro, preferiríamos la indefinible música de la ola que se tiende perezosa en la playa o se rompe en las peñas llenando el ambiente de menudo rocío, preferiríamos la música de la brisa cantábrica que viene en la tarde a orear el sudor de la frente o a agitar con su fresco soplo el extremo de las flotantes cintas del lazo que prende el cabello de las hermosas, a las combinaciones armónicas más profundas, a las melodías más bellas de todos los genios del mundo.

Estamos en la última escena del drama poético guerrero que la Alemania representa a los ojos del mundo. Aceptado el armisticio y ajustada la paz por las partes beligerantes, sólo falta que Mr. Bismarck y el emperador Napoleón, autores a medias de la obra, salgan al proscenio y terminen la función con el consabido estribillo: perdonad sus muchas faltas.

El armisticio, según las noticias recibidas, durará tres semanas. Conocidos ya los preliminares de la paz, si los diplomáticos se resignan a no lucirse enredando de nuevo el negocio, hay tiempo más que suficiente para que quede concluido antes que expire el término fijado a la suspensión de hostilidades. Después de haber dudado mucho acerca del punto que había de escogerse para celebrar las conferencias y ajustar el tratado de paz entre los representantes de Austria, Prusia e Italia, se ha decidido, por fin, que éstas tengan lugar en una ciudad de Suiza, el país neutral por excelencia, y que por su posición topográfica hace fáciles las comunicaciones de los diplomáticos con sus respectivos Gobiernos. Las bases del arreglo, a lo que parece, son las mismas de que ya hemos hablado a nuestros suscriptores en la revista anterior. El negocio, pues, ha sido para Prusia, pues aunque Italia se encuentra, como suele decirse, gratis et amore con el Véneto, más falta le hacía una victoria que una provincia.

Austria, cejando al primer revés y aceptando la humillación de verse excluida de la Confederación alemana, cuyo dominio era el sueño dorado del Gabinete de Viena, sigue, sin duda alguna, la política tradicional de sus hombres de Estado que es, al mismo tiempo, la táctica de sus generales. Prefiere devorar la humillación de su derrota en silencio, aprestándose a la venganza, cuya idea la anima y sostiene, a exponerlo todo al trance de una lucha y caer envuelta para siempre en [...] (5) Esta es cuestión de política y de temperamento. Acaso en un lejano porvenir y preparando, hábilmente el terreno, podrá el Austria rehacerse del golpe de que acaba de ser víctima; pero por lo pronto, Prusia, a la que el sol de Sadowa encontró formando parte de la Confederación para dejarla al ponerse dueña de los destinos de la raza germánica a cuya cabeza marchará por algún tiempo, no es fácil que se deje ganar la partida, teniendo a su frente un

hombre tan enérgico y perseverante como el conde de Bismarck.

En resumen, el armisticio está convenido; la paz será un hecho dentro de algunos días; mas la dificultad se ha rodeado, no se ha resuelto. El problema queda en pie, aunque las circunstancias aplacen su reaparición.

¿En qué actitud debe esperar la Europa los resultados del nuevo orden de cosas que se inauguran? ¿Qué temores o qué esperanzas deberían abrigar, respectivamente, las naciones que han asistido al duelo de esas grandes potencias y que de un modo o de otro han de sentir el influjo del nuevo rumbo de las cuestiones encaminadas de hoy más por diferente sendero? ¿Se ha encontrado, al fin, la fórmula del suspirado equilibrio? Y si se ha encontrado, ¿cuáles deben ser sus consecuencias? He aquí el tema de discusión de las diferentes publicaciones que ven la luz en Europa y el fondo de la brillante polémica que sostienen en la capital del vecino imperio, dos de los más afamados adalides de la Prensa periódica, Girardin y la Gueroniere. Girardin juzga impotente la fuerza para hacer que acabe la crisis europea, que espera habrá de concluir resolviéndose por el criterio de la libertad y el crédito. La Gueroniere presiente que las naciones entran en un nuevo y desconocido período de dificultades y de aspiraciones encontradas y opina que la preponderancia moral de los países debe sostenerse con la ayuda de la material.

Consecuentes con sus ideas, el primero fija toda su atención en el porvenir económico de Europa, invoca la paz y pide el desarme general de las grandes potencias, mientras el segundo da la voz de alarma para prevenir contra la engañosa apariencia de estabilidad del arreglo, y aunque a su vez desea la paz, teme la guerra y se decide por que todos se encuentren prevenidos a los acontecimientos de un futuro lleno de sombras impenetrables.

En el intervalo que media entre la aceptación de los preliminares para las conferencias y el definitivo ajuste de la paz que ha de concluir, por ahora, la primera parte de la gran tragedia europea, la atención pública, sintiendo que se calma poco a poco la fiebre de noticias políticas que le aquejaba, comienza a fijarse en otros asuntos que, aunque de gran interés, parece como que se relegan y olvidan en los períodos de lucha y agitaciones.

Ya hace tiempo que los periódicos extranjeros hablaron de los preparativos hechos sobre bases más sólidas y partiendo de datos más seguros para acometer la colosal y tantas veces frustrada empresa de poner en comunicación el continente americano con el europeo por medio de un cable submarino. El Great Eastern, encargado de tan difícil misión, después de partir de uno de los puertos de Irlanda llevando un personal entusiasta e inteligente, ha tocado por último en Trinity-Bay, alcanzando un éxito tan completo que algunas horas después pudo circular por toda Inglaterra el siguiente despacho, que es un verdadero himno de triunfo de la ciencia: «El mar está vencido; sumergido el cable, se han puesto ambos mundos en comunicación telegráfica.» El problema de la telegrafía submarina se ha resuelto al fin. Creemos inútil encarecer la importancia de esta brillante victoria de la fe y la inteligencia sobre el desaliento y la preocupación de los que después de experimentar varios reveses en las anteriores tentativas juzgaban la empresa absurda e imposible. Terminada la gran vía de transmisión, merced al esfuerzo de Inglaterra, ésta cogerá,

naturalmente, las primicias de sus grandes resultados; pero nuestro país no será el que menos ventajas reporte.

La colocación de un cable entre nuestras posesiones de Cuba y el puerto de Terranova, de donde parte la línea trasatlántica, será asunto de pocos meses, al cabo de los cuales podrán tener en la Península noticias diarias de aquel lejano país, facilitándose hasta lo sumo, así las transacciones comerciales como el gobierno político de la isla.

Al mismo tiempo que del lisonjero éxito de esta gigantesca obra se habla de un notable perfeccionamiento introducido en el trazado, construcción y material de los ferrocarriles, del cual se ha hecho más de un ensayo, también con un resultado brillante. El enorme costo de la construcción de las vías férreas, sobre todo en determinados puntos, costo a que no es posible que pueda subvenir el creciente desarrollo del movimiento comercial por más que éste se desenvuelva con bastante rapidez, ayudado por este medio de fácil y económica locomoción, ha traído a las empresas al decadente estado en que se hallan. Sin el auxilio del Estado, así en nuestro país como en casi todas las demás naciones, el capital de los particulares sería insuficiente a arrostrar la crisis que produce el enorme desnivel que resulta entre el costo y el producto. Merced al nuevo sistema ensayado, con el cual serán posibles curvas y desniveles hasta ahora impracticables, la construcción de un kilómetro en el terreno más accidentado equivaldrá a una tercera parte de lo que en la actualidad se le presupone de gasto, de modo que ofreciendo ventajas el empleo de capitales en el negocio de ferrocarriles, contribuirá en breve a que el interés particular sin auxilio de los Gobiernos, lleve su poderosa iniciativa a un ramo de la industria que amenazaba decaer progresivamente.

Después de haber pasado semanas y semanas sin tener que registrar en nuestra periódica revista más que sucesos aflictivos y desagradables, causa verdadero placer hallar que apenas comienzan a disiparse los temores que hizo concebir la perspectiva de una guerra europea, vuelve a manifestarse el espíritu emprendedor y activo del siglo, abriendo anchos horizontes al comercio y a la industria, hoy en un estado de postración lamentable aun en los países más florecientes y ricos.

Según indicamos en nuestra anterior revista, al concluir la semana última gozaba entero crédito la noticia de haberse acordado un armisticio de cinco días entre Austria y Prusia, armisticio a que también debió dar su asentimiento Italia. La noticia no se confirmó plenamente, pero siguen en pie las negociaciones.

La lentitud con que de entonces acá opera el ejército prusiano que, siguiendo con resolución su camino, después de la batalla de Sadowa podría encontrarse ya a la vista de Viena y haber librado el postrer y decisivo encuentro, deja presumir que en la esperanza de un arreglo las dos naciones rivales economizan sus fuerzas. De esta presunción, que contribuyen a hacer verosímil las correspondencias que del teatro de la guerra se reciben, ha nacido, sin duda, la especie de que Austria se

conforma a suscribir las bases preliminares propuestas por el Gabinete de Berlín, según las cuales, la Confederación Germánica se reorganizaría de nuevo bajo la dirección de Prusia, excluyendo el elemento austríaco. Si el emperador Francisco José suscribe un arreglo con estas condiciones, la paz es cosa segura y en breve los que tienen fe completa en el acierto y la perseverancia de Napoleón verán sus cálculos coronados del éxito más brillante. Una conferencia diplomática facilitará el camino a la celebración del famoso Congreso de soberanos, que modificando los límites de las naciones y abriendo una nueva y profunda brecha a los tratados de 1815, buscará por otros medios más en armonía con los intereses napoleónicos ese soñado equilibrio europeo, ideal de los hombres de Estado del siglo XIX, y hasta que la cuestión de Oriente vuelva a reaparecer, como reaparecerá antes de poco, el viejo mundo podrá gozar una época más tranquila que la que en la actualidad atraviesa.

No obstante la aparente naturalidad con que habrían de encadenarse estos sucesos, y a pesar de que todas las cosas parecen disponerse de un modo favorable a la paz, algunos periódicos extranjeros comienzan a sospechar lo que antes de ahora habíamos indicado nosotros. Austria acepta en los primeros momentos cuanto se le propone; desempeña con verdadera mansedumbre su papel de víctima; autoriza con su vago asentimiento los pasos que en sentido conciliador da el Gabinete de las Tullerías; pero al ir a cerrar las negociaciones, siempre encuentra una pequeña dificultad que las hace imposible y necesario comenzar de nuevo. ¿Será su conducta hija de un plan diplomático y estratégico que la proporcione reorganizar sus fuerzas y abandonar el papel que representa cuando sus medios se lo permitan? Las publicaciones a que nos hemos referido, las mismas que hasta ahora condenaban la actitud intransigente de Prusia y la poco razonable conducta de Italia al traspasar de nuevo el Mincio después de la cesión del Véneto, empiezan a sospecharlo así y acusan al Gobierno de Francisco José de la falta de franqueza en sus relaciones con Francia. En este estado la cuestión, el telégrafo nos ha sorprendido con la noticia de una gran batalla naval que ha tenido lugar cerca de Lissa, punto designado hace algún tiempo por las correspondencias como el más a propósito para el desembarco proyectado por el rey Víctor Manuel y su Estado Mayor de generales, en el último plan de campaña.

Hasta hoy se había estado en la inteligencia, fundada por otra parte, de que la escuadra italiana era muy superior a la austríaca, que por dos o tres veces ha rehuido un encuentro. El resultado del combate de Lissa viene a quitar una nueva ilusión en este punto a los ardientes partidarios de Italia. Se ha hecho evidente que, cuando menos, ambas escuadras son iguales en condiciones de bravura e inteligencia; y en esta ocasión la austríaca ha llevado sobre sus enemigos la ventaja de una fortuna decidida, que, contraria en unos lances y favorable en otros, viene dando hace algún tiempo, a los austríacos, pruebas de su proverbiales caprichos.

En el momento en que escribimos estas líneas, aún no se tiene una relación completamente verídica de este hecho de armas. Los partes recibidos pintan su resultado de muy diverso modo, según que procedan de Florencia o de Viena. Sin embargo, de lo que hasta ahora se conoce, y deduciendo y restando de cada versión lo que el espíritu de partido o de nacionalidad haya podido añadir, se viene en conocimiento de que el choque

ha sido desfavorable a los italianos. Después de un encarnizado combate sostenido con verdadero valor por ambos contendientes, la magnífica fragata acorazada *Re d'Italia* y la cañonera *Palestro* fueron echadas a pique por sus contrarios, los cuales, al terminar la lucha sólo habían sufrido averías que, aunque de alguna consideración, no les impidió seguir su rumbo.

El nuevo revés sufrido por Víctor Manuel en el mar, aunque compensado con algunas pequeñas ventajas obtenidas por el cuerpo de ejército que ocupa el Tirol, antes que a otra cosa, ha contribuido a exasperar al partido de acción hiriendo la fibra del amor propio nacional e imposibilitando más y más un arreglo mientras las armas italianas no logren un brillante desquite de sus derrotas.

Hay, sin embargo, un dato favorable en el sentido de la paz, y es la actitud en que se han colocado Inglaterra y Rusia. Estas dos naciones, que en un principio se mantenían en la reserva más profunda, han salido de su sospechoso silencio para adherirse a los planes del emperador Napoleón, al cual han felicitado animándole a proseguir en sus negociaciones conciliadoras.

Como es natural, en el estado en que se encuentra la cuestión, circulan varias versiones acerca de las bases del futuro arreglo. La más verosímil, caso que éste llegue a ser un hecho, es la siguiente: Queda destruida la obra del Congreso de Viena en lo que respecta a Alemania, rompiéndose el lazo de la antigua Confederación. La región del Norte se constituirá de nuevo bajo los auspicios de la Prusia, la cual se anexionará los ducados de Elba, excepto la porción del Schleswig, que pertenece a Dinamarca. Parte del reino de Hannover, del ducado de Hesse-Darnistad, toda la Hesse-Electoral y la antigua e importante ciudad de Leipzig, pasarán igualmente al dominio de Prusia, que representará, uniéndose a ellos por medio de un nuevo lazo federativo, a los desmembrados reinos de Hannover y Sajonia.

Los Estados de Alemania meridional que se encuentran divididos de los del Norte por la línea del Mein, se constituirán en una forma independiente, bajo la decisión militar y diplomática de la Baviera, que por este arreglo se eleva a un rango muy superior al que hasta aquí había ocupado en Europa.

El imperio de Austria, excluido de la Confederación, conservará íntegras sus posesiones, si se exceptúa el Véneto. Italia, al recibir el Véneto, pagará una indemnización de guerra a Francisco José, el que a su vez la entregará a Prusia.

Tal es, en ligeros rasgos, la fisonomía política de la semana que acaba de transcurrir, y durante la cual el calor, extremándose, ha contribuido a hacer más aburrido y monótona la estancia en la heroica villa del oso a los condenados a sufrir en ella los rigores del estío. Para nosotros los días se suceden, y, al contrario de lo que asegura la máxima, todos se parecen.

El circo del Príncipe Alfonso y los jardines de Price, únicos que sostienen la bandera de los espectáculos públicos durante esta enojosa temporada, suelen ofrecer, no obstante, alguna distracción a sus favorecedores; pero durante la semana última, todo parece haberse conjurado en su contra. Dos jóvenes gimnastas que causaban las delicias de

muchos que se estremecen al presenciar el bárbaro espectáculo de las corridas de toros, se han caído desde lo más alto del techo del circo, probando a los sistemáticos detractores de nuestra fiesta nacional que en los demás países, donde tan en boga se encuentran esos peligrosos ejercicios, no están más adelantados que nosotros en punto a diversiones públicas. En el jardín de Price los aficionados a la música sólo han encontrado una decepción en el concierto a beneficio de las viudas y huérfanos de los marinos muertos en el glorioso ataque del Callao. El ruido de la pólvora ahogaba en su sentir las notas de la armonía tanto como el humo a los circunstantes. Los entusiastas de la pirotecnia, en cambio, creen que la música estaba de más, porque ensordecía y quitaba la gracia al especial chasquido de las ruedas giratorias y al trueno de los cohetes. A unos y otros puede consolarles la idea de que con oír un poco de bulla y respirar un poco de azufre, han contribuido al logro de una buena acción, mérito que no siempre puede contraerse a tan poca costa.

Está en un punto tan difícil la cuestión europea que se debate entre Austria, Italia y Prusia, que cada vez se hace más complicada e insoluble. Como se había previsto, los italianos esperan el asentimiento de sus aliados para aceptar el armisticio, y Prusia, por su parte, impone tales condiciones al Gabinete de Viena, que Francisco José, antes que perderlo todo en un Congreso, optará por tentar de nuevo su fortuna arriesgando la suerte del país al trance de una batalla.

En vano el emperador Napoleón, empuñando el tridente, ha herido las olas del revuelto mar de la política y ha pronunciado el formidable Quos ego, de Neptuno; su voz se pierde entre el estruendo de la lucha y los ejércitos del rey Guillermo y de Víctor Manuel siguen, impávidos, su camino, como si se hubieran dado cita en Viena. La conducta de Italia, cuya indocilidad parece que ha disgustado mucho a su imperial protector, llegó a creerse por algunos días causa bastante para que se rompieran las relaciones entre los Gabinetes de Florencia y París. No falta quien insiste en la inminencia de un choque entre las dos naciones, hasta aquí unidas por los más estrechos lazos políticos; pero por nuestra parte creemos que las circunstancias en que se encuentra Europa, no permiten al emperador Napoleón cambiar tan bruscamente el plan que madura hace tiempo, y cuya base es la alianza italiana.

En esta situación las cosas, el ejército austriaco aprovecha los momentos para reorganizarse y trata de modificar radicalmente los proyectos estratégicos del general Benedeck, colocando al archiduque Alberto al frente de los negocios de la guerra. El archiduque, previendo el desastre de Sudowa, si los dos grandes cuerpos prusianos llegaban a reunirse en Koenigraetz, ha dado muestras de una sagacidad y un conocimiento profundos del arte que ejercita. Según sus disposiciones, la corte imperial debería abandonar a Viena para evitarle a esta magnífica población los rigores de un sitio, y concentrando todos los elementos de resistencia en la línea del Danubio, donde tienen el campo atrincherado de

Olmütz como base de operaciones, podrían mantenerse a la defensiva y aun tomar la ofensiva con ventaja si la fortuna abandonase a los prusianos en un nuevo y decisivo combate. Hasta hace muy poco se creyó que prevalecería la opinión del archiduque Alberto; pero a juzgar por los telegramas que posteriormente se han ido recibiendo, es otra la determinación de Austria. La gran batalla que ha de poner término a la lucha o ha de restablecer el equilibrio de los beligerantes, roto en Sudowa a favor de los prusianos, tendrá lugar delante de Viena. El emperador Francisco José, que parecía decidido a tomar el mando de las tropas, esperará allí con las fuerzas reunidas procedentes de Italia y de los restos del ejército del Norte. El encuentro que acaso a estas horas habrá ya tenido lugar, será espantoso. Por un lado los prusianos, llenos de la confianza que les inspiran sus continuadas victorias, avanzan ansiosos de coronar su obra, penetrando en Viena.

Por otra los austríacos, exasperados con los reveses que han sufrido, lastimados en su orgullo nacional, teniendo entre sus filas a Francisco José, que parece dispuesto a sepultarse en las ruinas de su imperio, y encontrándose a la vista de la capital, que quedará entregada a todos los horrores de la guerra si sus hijos no saben contener la ola invasora al pie de sus muros, se disponen a una resistencia heroica y desesperada.

En la expectativa de este sangriento combate, que amenaza ser más grande y horrible que el de Sudowa, todo el interés se concentra en las operaciones que tienen por teatro la Alemania, debilitándose el que en un principio inspiró la suerte del ejército italiano.

En efecto, por lo que toca a Venecia, la cuestión parece concluida. Sea el que fuere el término de la cuestión entre Austria y Prusia, Francisco José habrá de deshacerse de esas provincias, que más bien debilitan que prestan fuerza a su imperio. Verdad es que en una proclama del jefe militar del Véneto se ha dicho que la cesión no es un hecho consumado, y que al ser rechazada la proposición de armisticio por parte de sus contrarios, el Gabinete de Viena puede recoger una promesa que no hizo incondicionalmente; verdad es también que algunos, tomando esta declaración por base de sus cálculos, esperan que si la suerte favorece al Austria dentro de su territorio, volverá a caer con sus soldados en el cuadrilátero; pero la opinión general, con la cual nos encontramos en un todo conforme, conviene en que Venecia, bien por mano de la Francia, bien a consecuencia del tratado que firmen las partes beligerantes si Francisco José es derrotado delante de Viena, entrará a formar parte del reino de Italia, que al adquirir esta nueva provincia reiterará mal de su grado la renuncia de sus aspiraciones, a Roma.

Las noticias de América recibidas en la semana última, aunque interesantes por serlo para nosotros todo cuanto se roza con esta cuestión, se limitan a confirmar las que ya teníamos acerca de aquellos países.

Aprovechando la retirada temporal de nuestras fuerzas, el partido exaltado de Chile y el Perú trata de levantar el espíritu público, animando al país a proseguir la guerra contra España. A este fin han celebrado un Congreso, en el que han tomado parte representantes de las tres repúblicas aliadas. En el Congreso no han faltado bravatas, promesas pomposas y multitud de disposiciones para activar las defensas de las

costas, pero todos los buenos deseos de los agitadores se estrellan en la falta de recursos que cada día es mayor, a consecuencia del mal estado de sus asuntos financieros.

Parte de nuestra escuadra había llegado, en tanto, a Río Janeiro, desde donde después de aprovisionar convenientemente sus buques, volverá a las aguas del Pacífico en unión con los nuevos refuerzos que se disponen. Veremos si para la época en que esto suceda, que parece no ha de tardar mucho, siguen tan animadas las repúblicas de Chile y el Perú o tienen que ceder a la doble presión de nuestras fuerzas y del numeroso partido amigo de la paz, que aunque con menos alharacas, reúne de día en día nuevos prosélitos entre las clases más ilustradas y productoras de aquellos países.

Dejando ahora a un lado las cuestiones políticas, y viniendo a otro terreno, podemos consignar algunas novedades que han hecho menos sensible la monotonía de la corte durante el verano. Barbieri, el infatigable maestro que no se arredra ante ningún obstáculo, ha puesto sus reales en el jardín de Apolo, y contando con las simpatías que tiene entre los verdaderos aficionados a la música, ha inaugurado una serie de conferencias que en nada ceden a los que ofreció el público en el circo del Príncipe Alfonso durante los hermosos días de primavera.

La tradición de los jardines de Apolo, parece que había de oponerse a hacer de estos conciertos un punto de cita de la sociedad elegante; pero el prestigio del maestro ha vencido toda clase de prevenciones, y las noches pasadas hemos podido ver reunidas allí a las más distinguidas y hermosas damas de la corte.

Si logran vencerse las dificultades que hasta ahora se han opuesto a ello, próximamente abrirán sus puertas los Campos Elíseos. Se habla, para cuando esto ocurra, de un concierto monstruo a beneficio de los heridos en la gloriosa acción del Callao, y de una compañía italiana que, dirigida por el célebre actor Rosi, en la actualidad en Barcelona, vendrá a amenizar las noches en aquellos frescos jardines. Falta hace que de un modo o de otro los Campos Elíseos ofrezcan algunas distracciones a los que, después de seguir con ojos de envidia el itinerario de los emigrantes, no encuentran más recurso que dar vueltas al Prado, sujetos a los bruscos cambios de la temperatura de Madrid, que oscila durante el verano entre la pulmonía y la insolación.

Por fortuna, si el refrán que enseña que los días de mucho son vísperas de nada, puede aplicarse invirtiendo el orden de los términos, en el próximo otoño se encontrará ocasión de desquitarnos con usura de la presente falta de novedades. Para esta época se guarda la Exposición de Bellas Artes, que ya anda, por no perder la costumbre, buscando albergue de hallarle a no ser a costa del fondo destinado a premios, que es como si dijéramos a expensas del bolsillo de los expositores. Para esta época disponen los literatos sus nuevas obras, los empresarios de espectáculos públicos sus grandes combinaciones, los artistas de todo género el fruto de sus trabajos del estío; para esta época, en fin, volverá la animación, la vida y el movimiento, que inútilmente trataríamos de que hoy se reflejase en nuestra revista, cuya frialdad aumenta a medida que suben los grados de calor del termómetro.

El pendón de guerra del gran cardenal Mendoza y la espada de Boabdil

Mientras sobre las almenas de la torre Bermeja se alzaba la cruz que aún hoy se conserva en la catedral de Toledo, y flotaba al aire el estandarte de Aragón y Castilla junto al pendón de guerra del gran cardenal Mendoza, el último rey moro de Granada entregaba a los Reyes Católicos, en señal de sumisión, las llaves de la ciudad morisca y la espada que no había servido para contrarrestar el valor castellano a aquel a quien su madre dio con gráficas palabras que ha conservado la tradición: ¡Lloro como mujer lo que no has sabido defender como hombre!

¿Qué página de historia más elocuente podría escribirse que aproximar, como lo hacemos hoy en las columnas de nuestro periódico, esos dos trofeos de la gloria de nuestros padres?

El arte completa en ambos la idea histórica y hace más comprensible la muda lección que ofrecen. Por la espada se hizo el árabe dueño de nuestro país: la espada de filigrana labor representa a aquel pueblo en el contraste que ofrecemos. La idea venció a la fuerza; la idea de unidad simbolizada en la religión, que llevaba sus consecuencias unitarias a la autoridad, a las leyes, al territorio. Su emblema es un jirón de tela con un signo misterioso: el signo de redención y vida bordado en él, con la figura de la cruz.

Todos los países, pero el nuestro más que ningún otro, ofrecen al artista y al pensador tesoros de formas y fecundos manantiales de ideas en esos objetos que completan la enseñanza de la historia. Buscarlos, reunirlos y ofrecer con su reproducción ancho campo a la fantasía y al estudio, es la misión de las publicaciones ilustradas.

El pendón azul con la cruz de Santa Elena que precedió al gran cardenal de España don Pedro González de Mendoza en la conquista del reino granadino, último baluarte de la dominación sarracena, se encontraba hasta hace poco en el magnífico hospital de Santa Cruz de Toledo, fundación del citado personaje, y hoy se ve pendiente de la hermosa reja, de preciada labor plateresca, que cierra la capilla mayor del templo de San Pedro Mártir, de la misma ciudad.

La espada de Boabdil, vinculada en la casa del señor marqués de Villaseca, en memoria de la activa parte que tomaron sus antecesores en la conquista de Granada, se conserva con la debida estimación, en su armería.

Nuestros lectores creemos que verán con gusto el afán con que procuramos cumplir la tarea propia de una Ilustración española, dando a luz objetos nunca bastante conocidos y doblemente apreciables por su mérito artístico y su importancia histórica.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

